

REVISTA NACIONAL
DE
EDUCACION

NUMERO

67

AÑO VI
SEGUNDA EPOCA

1946



REVISTA NACIONAL
DE
EDUCACION

Director: PEDRO ROCAMORA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL

ALCALÁ, 34

TELÉFONO 21 96 08

MADRID

VI AÑO
SEGUNDA EPOCA
1948

IMPRESA
ENCUADERNACION
Samarán
MALLORCA, 4
TELÉFONO 1988
MADRID



SUMARIO



EDITORIAL

Víctor Espinós: LA IMAGEN DE FALLA EN EL RECUERDO
DOLORIDO

Luis Araujo-Costa: PERFIL LITERARIO DE LA CIUDAD

Sergio Castellanos: LOS ESTUDIOS ARABES EN ESPAÑA

William C. Atkinson: EL HISPANISMO EN GRAN BRETAÑA

LA OBRA DEL ESPIRITU

EL DR. CAEIRO DA MATTA, EMBAJADOR
DE LA CULTURA PORTUGUESA

LIBROS DE ESPAÑA EN LISBOA. EL EXITO
DE UNA EXPOSICION

HECHOS

NUEVOS INSTITUTOS DE ENSEÑANZA MEDIA

ESTEBAN TERRADAS, EN LA ACADEMIA ESPAÑOLA

AUGE Y TAREA DE LAS ESCUELAS INDUSTRIALES

VENTANA AL MUNDO

LA UNIVERSIDAD DE SUECIA Y EL IDIOMA ESPAÑOL

LA ENSEÑANZA EN EL CANADA

NOTAS DE LIBROS

Naturaleza y fin de la educación universitaria, por el Cardenal Newman.

Motivos de la España eterna, por José Cortés Graus.

El mundo político de Carlos V, por Peter Rasow.

Eugenio de Saboya, por Alejandro Tassoni Estese.

Grandeza y desventura de don Gaspar Melchor de Jovellanos, por Joaquín A. Bonet.

Una luz en la sombra, por Rafael Narbona.

DOCUMENTACION LEGISLATIVA

SUMARIO DEL AÑO 1946

EDITORIAL

LA Dirección General de Bellas Artes, del Ministerio de Educación Nacional, acaba de editar el volumen VI de las Memorias de los Museos Arqueológicos provinciales. En sus páginas se resume la labor museográfica desarrollada durante el año 1945, que si bien ha de causar satisfacción a los funcionarios del Cuerpo y despertar el aplauso de quienes se preocupan por nuestro rico acervo arqueológico, no puede, sin embargo, como se afirma en la misma Memoria, ser definitiva "mientras no se logre que todos los Museos se desenvuelvan con el mínimo de trabajo indispensable para que el resultado total no sea el esfuerzo extraordinario de unos pocos, sino el normal de todos".

De la Memoria se desprende la gigantesca tarea desplegada por los funcionarios técnicos del Cuerpo de Arqueólogos, que con noble afán y extraordinario celo se han impuesto la excelsa misión de presentar al erudito y al profano nuestra riqueza museográfica con decoro y dignidad. Porque, afortunadamente, van acabándose en nuestra Patria aquellos viejos caserones, destartados y sórdidos, donde se agrupaban, mal colocados y peor catalogados, los vivos testimonios de nuestra grandeza histórica, de las colonizaciones y civilizaciones que tuvieron por escenario nuestro país.

Mas, sin embargo, con ser mucha la tarea desarrollada, mucho

es el camino que aún queda por recorrer. Y son los propios funcionarios del Cuerpo los que así lo entienden, cuando en la Memoria de referencia afirman sin ambages que "no miramos los adelantos logrados, siendo muchos y notables, sino cuanto queda por hacer con urgencia y con necesidad apremiante. Mas continuamos trabajando con la confianza puesta en nuestras autoridades superiores, que tanto nos alientan y ayudan facilitando cuantos medios están a su alcance".

Una breve ojeada sobre las páginas de la Memoria permite reseñar, siquiera sea a la ligera, los detalles más interesantes de la labor. Las adquisiciones alcanzaron un coeficiente normal. No así los depósitos, que arrojaron una cifra extraordinaria y excepcional: 4.697 objetos. La cifra más alta en los años anteriores fué de 729, correspondiente al año 1941. Los depósitos de 1945 se distribuyen casi por completo entre los Museos de Palencia, con 2.636, y de Sevilla, con 1.973. El nutrido depósito del Museo de Palencia está constituido por el interesantísimo lote de monedas ibéricas y romanas que constituyen el tesoro de Palenzuela, y el de Sevilla representa el comienzo de la entrega de la riquísima colección municipal.

A 170.844 ascienden los objetos conservados en los Museos arqueológicos en 31 de diciembre de 1945. Notable es el esfuerzo aportado a la redacción de índices, en la que se mantuvo la misma cifra que el año anterior, y a la formación del catálogo sistemático, así como al fomento de las bibliotecas, que ven aumentar progresivamente su riqueza bibliográfica. Siguen asimismo una marcha ascendente las restauraciones de objetos, entre las que descuellan los del Museo de Sevilla, trasladado al bellissimo palacio renacentista de la plaza de América, donado generosamente por el Municipio hispalense al Ministerio de Educación Nacional.

Continúa en alza la estadística de la función docente, y ello sí que es interesante señalarlo con la mayor complacencia, porque esta actividad depende en su mayor parte de la iniciativa de los conservadores, y es precisamente una de las que mejor justifican la existencia del Museo.

Hay también otro detalle que prueba el interés enorme desper-

tado en el público por nuestros Museos Arqueológicos. Nos referimos al aumento creciente de investigadores, lectores en las bibliotecas y visitantes. Sobre todo en estos últimos, tanto nacionales como extranjeros, que registran un coeficiente elevadísimo.

Queda, por último, la mejora lograda en las instalaciones. Tiene ya casi terminado el edificio del Museo Arqueológico de Burgos, instalado en la famosa Casa de Miranda; acondicionado el de Córdoba, que tiene por sede la Casa de Jerónimo Páez; aprobado un crédito para la construcción de un cuerpo anejo al Museo de Ampurias; terminada la instalación del de la Alhambra; en ejecución las obras de reforma de las salas de Arte Griego y Etrusco en el de Barcelona; terminadas las ocho primeras salas del de Sevilla; comenzada la reparación de pavimentos en el Numantino de Soria.

Este ligero ojeo sobre la Memoria de 1945 evidencia, no ya sólo el resurgir de nuestros Museos Arqueológicos, sino la prueba palmaria de que el interés y el celo de nuestras autoridades docentes se extienden a todos los sectores de la cultura patria, secundando las consignas de nuestro Caudillo invicto, propulsor máximo de nuestro resurgimiento espiritual y artístico.

LA IMAGEN DE FALLA

EN EL RECUERDO DOLORIDO

Por VÍCTOR ESPINÓS

De la Real Academia de Bellas Artes.

Y A es posible, por desgracia, la biografía del músico genial que acaba de entrar, de puntillas, como lo hizo casi todo, en la inmortalidad. Las pretendidas biografías de seres vivos ni son útiles ni necesarias. Les falta el acto más trascendente de la vida, que es el morir, tras del cual ya no hay vacilaciones, encrucijadas, contradecirse, crear o no crear. Cuando todo es definitivo, entonces, puede, casi siempre, referirse a las generaciones con todo detalle en cuanto a los hechos y, lo que es mejor, con libertad de juicio... a veces.

No se tema, sin embargo, que vayamos aquí a reiterar lo que por biografía suele entenderse, desflorado entre las coronas literarias y los reportajes periodísticos, cuyos perfumes, más o menos finos y penetrantes, han incensado el nombre glorioso con ocasión de su tránsito a la región luciente, por cuya conquista pugnó Falla, incorporándose día a día, gesto a gesto, a la pléyade insigne de los artistas que aman a Dios, creen en Dios y cantan con todos sus sentidos y potencias, es decir, con su obra genial, la divina conmisericordia.

Todos han aprendido ya que Falla era gaditano; su edad casi

profecta, la relativamente breve lista de sus producciones, cuyo alto mérito, sobre todo su magna significación en la música española, nos fueron—¡cuántas veces, Señor!—sugeridos desde fuera; su formación y sus maestros en el inicio o en el pulimento de su arte; sus viajes, peregrino con tierra nativa en sus sandalias para toda andanza; sus amistades—muchas ahora descubiertas y ondeadas—; su modestia ejemplar, y aun sus «singularidades», que le pusieron, y ponen, en libertad de las lagunas, agresiones mundanas, agua-fuertes que infestan o, al menos, ensombrecen tantas biografías de altos espíritus que se escudaron, y se escudan, sin saberlo acaso, en su sobrehumana condición para agitarse en una especie de extra-humana jurisdicción exenta...

¿No es curioso el espectáculo, curioso y consolador, de un hombre en el que conviven estas dos categorías: el artista eminente adscrito a la gloria, con lo que ella perturba a las almas, sobre todo en su persecución y en su busca anhelante y ruidosa, y el cenobita que fabrica su propio yermo?...

Será inútil que los futuros biógrafos de Falla pretendan separar en su exégesis, o en su mero relato del anecdótico fallesco, estas dos mitades de su vida, sólo comprensible para quien abarque con buena voluntad y mejor comprensión ese vastísimo panorama intelectual y cordial. Será inútil, porque trazar la silueta moral y artística de este hombre de excepción como la de un músico egregio, autor de páginas—ya inmortales—, y «además», o «a pesar de eso», o «no obstante eso», sacudido por poco explicables, extrañas ráfagas de un misticismo más o menos morboso, será, si alguien lo osara, una verdadera, una total superchería. Y menos mal si involuntaria. Porque no es difícil recordar que en los períodos de lucha por la eminencia, hasta conquistar siquiera el dictado de «joven maestro», Falla contaba con cierto prejuicio hostil, nada raro en las historias artísticas del mundo, de los que no conceden sino a regañadientes. —Sí, claro, sin duda; pero...— Y en esas señales del regateo solía palpitar la alusión venenosilla...

Todo acabó. Falla, en posesión legítima de su calidad de primer músico de España, de primer músico español de España, y ondean-

do la enseña de la jefatura de una escuela, cuyos jalones, en la doctrina o en la creación, se llaman Barbieri, Pedrell, Albéniz..., ha conquistado también, con su muerte, el derecho a la agradecida veneración de todos y ha abierto la invitación a los capaces... ¿Quiénes son los capaces? No todos los que lo imaginan, claro; pero nombres ilustres podrían aquí ser estampados. No muchos. Entre ellos estará, y está, el que cancele dichosamente el problema, nos consuele del dolor, si queréis, que a la música española plantea la desaparición de Manuel de Falla.

Nos guardaremos de ceder a la tentación. Las cumbres las intenta el que sabe llegar a su cima para orientar o universalizar. Para esto no hay designación, decreto ni intriguilla. Ni siquiera, aunque con fundado optimismo, acerca del futuro, hemos de subrayar con demasiado ahinco el hecho visible de un deslizamiento de la capitalidad musical de España, que las Andalucías venían, por designio de Apolo, acaparando, y a que aspiran el claro Oriente mediterráneo, desde Cádiz, viudo para siempre de la musa que habló a la Noche en los pensiles de España, y cuyo dolor consuelan arrulladoras sinfonías del Betis, hasta los levantinos puertos, novios de Grecia e Italia, y el brumoso y violento Cantábrico, que besa la más vieja civilización de Iberia.

Los capaces, ¿quiénes son los capaces? Los que no se conformen con poner frente al Sol un espejo que devuelva su imagen luminosa, exacta, perfecta, innegable, sí, pero fría, sino el que recoja y concentre sus lumbres en el foco cordial de su corazón, que hará del haz disperso mágica hoguera, en torno de la cual canten y dancen las generaciones de España, cuyos anhelos, amores, venganzas, trabajos, alegrías y dulces tradiciones, sublimadas sean en el chisporroteo jocundo de la sagrada pira, fuego de la raza.

Falla fué así.

* * *

Hace ya muchos años, un viejo escritor, de aquellos a quienes se llamaba entonces, esta vez con razón, maestro de periodistas, nos dijo: «Oiga usted. Me recomienda un amigo desde París a un

muchacho músico que desea darse a conocer en su tierra: es español, creo que andaluz, y toca el piano. Según mi amigo el de París, muy bien. Dará mañana un concierto en el Ateneo. Ya sabe usted que a mí la música no me... ¿Querrá usted ir? Se lo agradeceré, y aún más si mañana le «hace» usted una cosita en *El Universo*... Y con eso todos quedaremos satisfechos: el que me lo recomienda, yo, que cumpliré con él..., y usted, que quedará bien conmigo... Por cierto—añadió—que aunque no le he podido recibir, le atibé desde mi despacho cuando vino a casa a traerme la carta. Y no sé, no sé. Tiene una fachusca, el pobre...»

Asistimos al concierto. El pobre de la fachusca era Manuel de Falla, y aquél, nuestro primer contacto con tan extraordinaria criatura. Su concierto fué un éxito cordial. La memoria, que no nos hace aún demasiadas trastadas, nos niega hoy el traer aquí el programa de la fiesta. Únicamente recordamos que hubo, junto a obras de aquel mozo, de sorprendente color y sabor hispanos, algo de Schumann, en cuya traducción puso el pianista de la fachusca tal calidad y emoción tan profunda, que, de esto sí nos acordamos bien, se humedecieron nuestros ojos. Eran los días románticos y nobles de la mocedad...

¿Para qué vamos a decir que nos pareció aquel joven, físicamente insignificante, un músico genial? Ya lo ha «dicho» él.

Y hace poco, al cabo de cuarenta años, Manuel de Falla ha vuelto a suscitar en nuestros ojos, cansados ya, lágrimas nuevas...

PERFIL LITERARIO DE LA CIUDAD

Por LUIS ARAUJO-COSTA

Mi condición de madrileño, que jamás abandonó su tierra natal, me impone para la exaltación de España un tema propio de Madrid. ¿Por qué haber escogido el barrio, los alrededores, la vecindad del Palacio de Oriente? Porque ese es el núcleo, el protoplasma de Madrid.

A la Villa y antes Corte del Manzanares la hicieron los hombres, no la geografía. Por voluntad de Felipe II, ratificando aficiones y proyectos de otros Soberanos, sus antecesores en el trono de Castilla, el pretendido *Miacum* del *Itinerario de Antonino*, el *Magerit* de los árabes, el poblado vecino de Toledo que tomó Alfonso VI a la morisma antes de llevar a su corona la ciudad imperial que el Tajo circunda, se convierte en capital de España. Se halla situado casi en el centro de la Península. No es el caso de París, ni de Londres, ni de la misma Roma, inclinada en los mapas hacia Occidente. La Geometría sustituye aquí a la Geografía. Madrid, centro de España, preside a España entera en majestad y amor a las demás regiones. La Historia ayuda a la Geometría; es decir, que Madrid es un grupo geográfico humano, una villa que no pudieron determinar ni la proximidad a un gran río camino que anda, ni un centro o confluencia de vías o senderos, ni una posición estra-

tégica, ni un suelo fértil, ni cualquiera de las vicisitudes y circunstancias que van marcando la razón suficiente y el apogeo de las grandes ciudades. Madrid ha nacido y vive del hombre, por el hombre y para el hombre. La religión influye mucho más en Madrid que los componentes de su tierra. Hubo habitantes nada menos que en el prechelense, lo más antiguo y profundo del paleolítico inferior, y después se pierde toda huella humana en Madrid hasta los tiempos de Ramiro II, pues ni Miacum ni Mantua correspondieron al lugar que hoy nos alberga.

Madrid da idea de sedentarismo, nunca de nomadismo. Comienza siendo un abadengo benedictino; cosa muy natural en los años de Alfonso VI, que ha casado a sus dos hijas con dos Príncipes de Borgoña, y trae a sus Estados el espíritu de Cluny. La Villa, conforme a un fenómeno muy natural de la geografía humana —la ciencia fundada por Jean Brunhes— ha crecido en la dirección de sus vientos dominantes, esto es, hacia el Este y hacia el Sur. Si Felipe II no hubiera establecido aquí la Corte de las Españas toda esta población moderna que nos encanta no existiría. El antiguo abadengo benedictino, bajo la dependencia de Alcalá de Henares y de Toledo, tuviera importancia menor a Soria y las ciudades que la administración pública estima de tercer orden. Los Reyes y la Corte han hecho a esta villa capital del Estado y centro de civilización que no desmerece de Londres, Roma, o París. Nos falta el Támesis, el Tíber y el Sena, pero nuestro Manzanares, ya canalizado, no hace mal papel junto a Palacio, a pesar de las burlas de Quevedo. Los lienzos y los tapices de Goya le han dado el señorío, la majestad histórica y artística que parecía quitarle lo escaso de su caudal.

Palacio no es el centro geográfico de Madrid, pero sí su centro espiritual, su cabeza, su acrópolis. Lo demás es la Corte que va creciendo, el cuerpo del poblado que se va ensanchando, el imperio que dilata su acción por el horizonte, el suelo que se amolda a las necesidades de los hombres en la extensión y el empaque de una gran ciudad.

Si fuéramos a trazar una antología de edificios notables españoles, los cien mejores monumentos, como existen las cien mejores

poesías, es probable que Madrid no aportara sino el Palacio que fué de nuestros Reyes y es hoy museo riquísimo de densas manifestaciones artísticas y expresión de majestad.

No voy a escribir una historia de Madrid análoga a los cuatro tomazos monumentales de D. José Amador de los Ríos y de D. Juan de Dios de la Rada y Delgado. No he de dar un resumen del famoso *Diccionario* de Madoz, que redactó Eguren en lo referente a la capital de España. No voy a entrar en saco en la magnífica *Guía* de Fernández de los Ríos, ni en los libros de Mesonero Romanos que al pasado madrileño se refieren. Me faltan dotes y preparación para seguir el ejemplo de D. Elías Tormo, que es el moderno historiador de Madrid. Mi pluma carece de los colores y del brillo que en los menesteres de madrileñismo pusieron el pincel de Goya, la chispa de D. Ramón de la Cruz, el donaire de D. Ricardo de la Vega, el brío de López Silva y Antonio Casero, la elegancia erudita de Pedro de Répide... Yo no puedo servir a nadie de cicerone «del Rastro a Maravillas», pero mi amor a la Villa del Oso y del Madroño, que fué mi cuna y espero, con la ayuda de Dios, que sea mi sepulcro, me permiten, eso sí, un paseo por sus calles no del todo infructuoso para el lector, y como Palacio es el centro espiritual, el signo de la antigua Corte, el yelmo de la Villa, la unidad que va componiendo en el vocablo y la esencia la vida histórica y geográfica de una población con un solo nombre, un solo Municipio, una sola provincia y una sola diócesis, he aquí la oportunidad de situarse junto a Palacio en la Plaza de Oriente e ir mirando con ojos de madrileño amante de su villa algunas iglesias, edificios, calles y plazas de alrededor.

UNA PARADOJA: EL PALACIO Y LA PLAZA DE ORIENTE

Palacio está situado en la parte occidental de Madrid. El casco urbano termina en Palacio. Más allá del río, a la orilla derecha del Manzanares, solo hay la Casa de Campo y los Cementerios de las Sacramentales. Sin embargo, el Palacio, y la plaza en que se halla

enclavado, se llama de Oriente. Es que con respecto a Palacio, no al conjunto de Madrid, se han establecido las denominaciones. La plaza corresponde a la fachada oriental del edificio. En realidad es Plaza del límite de Oriente. El pueblo, en su tendencia a la brevedad, la concisión, el extracto, la elipsis, ha suprimido con la expresión la idea de límite, marca, frontera y fachada y ha dicho tan sólo Oriente. Después, como el Palacio está en la Plaza a la que se ha dado el mismo nombre, ha surgido la paradoja, que en el fondo no deja de tener gracia. ¿Quién ha de quitarle hoy su denominación a la Plaza de Oriente? Sería prueba de tan mal sentido y de tan mal gusto como el de elevar la Villa en el orden del derecho administrativo a la jerarquía de ciudad. No. De tenernos Dios de su mano, Madrid será siempre Villa y el Palacio y la Plaza de Oriente se llamarán así, aunque determinen la parte más occidental de la urbe. Hay una paradoja que llena su oficio, pues todos saben que los retóricos, en sus tratados de Preceptiva, estudian esta figura de pensamiento como una manera de dar al lenguaje y a los medios de expresión elegancia y brío.

Allí está la mole del Palacio de Oriente. Es moderno, aunque no tanto como la Plaza. Sabido es que el viejo Alcázar de los Reyes se quemó un día de Nochebuena, el 24 de diciembre de 1734. El primer Borbón, Felipe V, reina en España desde 1700 y ya definitivamente y conforme a un tratado internacional desde 1713. Se firma entonces en Utrecht la paz, que pone término a la Guerra de Sucesión. Felipe V es nieto de Luis XIV, pero el estilo de arte con el nombre del abuelo fué ya sustituido por la Regencia y en el ambiente de Versalles y de la Corte se incuban las gracias y elegancias del Luis XV. Vauvenargues ha dicho: para caracterizar el nuevo estilo «en moral, como en arte, se ha dejado la regla por la comodidad». En España hay una Reina italiana: Isabel de Farnesio. Todas estas circunstancias se reflejan en el Real Palacio. De Italia viene la grandiosidad majestuosa. La plaza y la iglesia de San Pedro de Roma están presentes en la imaginación de todos los arquitectos. Pasan los años y allí dentro se introducen las suntuosidades del Luis XV, sin olvidar que los tapices flamencos de los

Austrias, como los Gobelinos del Rey Sol, requieren salones inmensos. Transcurren los años y los reinados y todo ello se coordina con las porcelanas de Meissen, de Capo di Monti y del Retiro; con las eses de Tiépolo; con las escenas populares y choriceras de don Francisco de Goya; con los cristales de La Granja...

Pero no hemos de entrar en el Palacio. Lo han descrito prolijamente muy autorizadas plumas y en esas *Guías* y libros especiales se encuentra cuanto el estudioso puede desear. Me propongo, a título de madrileño, dar un paseo por el barrio de Palacio. Nos quedamos fuera, en la Plaza de Oriente, como el buen pueblo de Madrid que desde allí presenciaba o adivinaba desde el exterior las solemnidades de Corte, los uniformes brillantes, los trajes suntuosos, las largas colas de las damas, los sombreros de pluma de los dignatarios, el ir y venir de carrozas con la flor de la grandeza y la diplomacia...

La Plaza de Oriente es más moderna todavía que el Real Palacio. Data del reinado de Fernando VII. En el centro se eleva la estatua ecuestre de Felipe IV de Tacca. El caballo se mantiene encabritado, con los remos delanteros en el aire, merced a un procedimiento de equilibrio que ideó Galileo. Hoy la Plaza se ha echado a perder. Se le ha suprimido lo que no debe faltar nunca en una glorieta española: árboles, verdes praderas, macizos de flores, fuentes, senderos, arroyos serpenteantes, jardines... La estatua fontana de Felipe IV estaba rodeada de una verja y dentro gozábase la umbría de un ameno jardín. La piedra da hoy a la Plaza la aridez de un desierto. Rodeando el jardinillo central había antes las estatuas de los Reyes españoles, desde los godos hasta la misma Casa de Borbón. Se hicieron muchas con destino a la techumbre del Alcázar. Pesaban demasiado. Se desistió de colocarlas en el lugar para que habían sido modeladas y fueron repartiéndose por diversos parajes de Madrid y provincias. Las hay en el Retiro, en la Glorieta de las Pirámides, junto al Puente de Toledo y estas de la Plaza de Oriente, que ahora se han variado de sitio y se han ajustado a un orden cronológico que antes no tenían. Son monumentos de piedra

tosca, pero muy característicos, muy en la retina y muy en el alma de varias generaciones madrileñas.

Era la Plaza de Oriente con sus bancos, sus jardinillos y su arboleda un escenario ideal para los juegos infantiles. Hartzenbusch, en una de sus *Fábulas*, quiere contarles a los niños cómo los pájaros encuentran la muerte cuando se introducen volando por la bronceína boca del corcel de Felipe IV. Les dice así :

*Niños que, de seis a once,
Jugáis en torno a la fuente
Del gran caballo de bronce
Que hay en la Plaza de Oriente.*

.....

¿Quién no recuerda aquellos cochecillos que tirados por un asno daban vueltas al jardín central? Sólo podían acomodarse en ellos niños de corta edad, desde luego menores de diez años. Iban tirando de unos cordones que hacían sonar unas campanillas y en sus rostros se reflejaba de continuo la satisfacción. Era divertido tirar del cordón como el alirón de las canciones.

Aquí y allí las niñas juegan al corro. Entonan el romance de la esposa muerta aplicado a la primera mujer de Alfonso XII, Doña María de las Mercedes de Orleáns. La cantinela —a lo menos en su intención, en su letra, en su quejido— la incorporó Guillén de Castro a *La tragedia por los celos*, que se refiere a doña María de Hajar, amada de Alfonso V de Aragón, y luego el ecijano Luis Vélez de Guevara la trae a *Reinar después de morir*, cuando lloran sus versos el trágico destino de aquella Nise doliente que ha de convertirse en Nise laureada. La fábula de Hartzenbusch sobre la Plaza de Oriente y el caballo de bronce, sepulcro de alegres pajarillos, nos lleva, por asociación de imágenes, a una comedia de Lope : *El acero de Madrid*. Hoy, por fortuna, no madrugamos tanto. Nos extraña que unos niños jueguen en la Plaza de Oriente de seis a once. Es el verano. Gustan las horas matinales. Las fuentes de Madrid son ricas en hierro que fortalece el organismo. Quedan todavía de estos

manantiales salutíferos en la Casa de Campo y en algunos otros rincones madrileños. En la primera mitad del XVII se puso de moda el acudir los amaneceres estivales a «tomar un vaso de acero», como entonces se decía. Era una ocasión de ver y ser visto, de entablar amores, de poner rivalidad con un caballero por los ojos y los anteojos de una dama. Algunas bellas damiselas van «al acero» pensando que en el paseo matinal puede hallarse un marido o un amante rico. Quevedo satiriza esta ilusión femenina en sus conocidos y poco inteligibles versos, si no estamos al tanto de esta costumbre :

*La morena que yo adoro,
Y al par de mi vida quiero,
Sale a tomar el acero,
Por ver de tomar el oro.*

En los tiempos de Quevedo y de Lope no existe todavía la Plaza de Oriente. Pero en los años de Hartzenbusch la costumbre de madrugar continúa siendo la misma. No es ya el chichisveo de las jóvenes casaderas y de las que toman malos ejemplos en la Francia de Ninon de Lenclos. Ahora son niños inocentes los que se levantan con la aurora para tonificar sus pulmones en el ambiente salu- tífero del barrio de Palacio.

Por bajo los arcos de la regia botica se penetra en la Plaza de la Armería. Pudiera llamarse Plaza del Sur, porque a la fachada meridional del Palacio corresponde. En el aspecto arquitectónico del edificio es ésta la fachada y la parte principal. Los arquitectos no pudieron sospechar las razones urbanísticas que han llevado al saliente la vista y el cuerpo más acusados de la espléndida mole. La Plaza de la Armería viene a ser en pequeño la Plaza de San Pedro del Vaticano. Claro que hace falta mucha imaginación. Pero aquello, en rigor, no es una plaza : es un soberbio patio palatino. Las mujerucas van allí los días de invierno a tomar el sol. Llevan consigo banquetas plegables, labor de calceta, el tesoro de pasados recuerdos sobre costumbres y tipos antañones. Las mujerucas de la Plaza de la Armería son viejas. Algunas han conocido a Don Al-

fonso XII. Le han visto pasar en carretela descubierta camino de Palacio. Una cuenta que alguna vez estuvo de incógnito en la famosa taberna de la calle de la Cruzada, allí donde una noche un caballero principal jugó una casa que poseía en la vecina calle de Luzón.

Al caer la tarde las mujerucas suben las empinadas cuestas fronterizas hacia la calle de Lepanto. La fachada del Teatro Real, muy en estilo, no encierra en el interior sino escombros y ruina. ¿Cómo no hablar del Real en un paseo por el barrio de Palacio?

EL TEATRO REAL

Ha desaparecido no sabemos por qué. La ópera, espectáculo de Corte y expresión europea del siglo XIX, murió para Madrid antes de caer la Monarquía, aquel aciago 14 de abril de 1931.

Durante diez años de mi vida yo tuve el oficio de abonado al Teatro Real. No hay localidad que yo no ocupase en la regia sala, con excepción, claro es, de los palcos de la Real Familia y de los oficiales. A la altura del paraíso y a los dos lados del proscenio, dominando los últimos anfiteatros laterales, había unas ventanucas que llamaban las leñeras. Eran unos palcos para familias de luto o que no querían exhibirse. Más que palcos eran habitaciones con amplia ventana sobre la sala y el escenario. Localidad gratuita. Repartía las leñeras el Ministerio que primero fué de Fomento, después de Instrucción Pública y ahora se denomina de Educación Nacional.

El Real, como todo el barrio de Palacio, es moderno. Se inauguró en 1854, con *La Favorita*. Su historia es la misma historia del género musical allí cultivado y del Madrid elegante de Isabel II y la Monarquía de Sagunto. En el interior había dos salas con el nombre de Redondilla. Una de ellas, en el escenario, se destinaba al cuerpo de baile. ¡Cuántas veces he recordado allí los lienzos de Degas! Eran las mismas bailarinas del flin-flan y el tonelete.

El edificio del Teatro Real, donde estuvo instalado el Conservatorio de Música y Declamación, da vueltas por las calles de Feli-

pe V, Arrieta, Plaza de Isabel II, Carlos III hasta volver a la Plaza de Oriente. Por la Plaza de Isabel II se entraba al foro del inmenso escenario. De allí salían en las representaciones solemnes las trompetas de la marcha de *Aida*. Desde la sala se percibía el sonido lejano en una perspectiva de ágora. Toda el alma del Egipto legendario vive en la partitura de Verdi. Pero los trompeteros faraónicos no salen a la calle. El privilegio sólo ha de caberle a Lohengrin, el Caballero del Cisne. Luego veremos de qué modo.

El edificio tiene puertas a todos los parajes públicos mencionados, con excepción de la calle de Arrieta, que antes se llamaba de la Biblioteca, por haber estado nuestro tesoro nacional de libros en un viejo caserón que dejó su solar a la Academia de Medicina.

Frente al antiguo Conservatorio había un rincón digno de una novela de Dickens. Si dábamos con una día nublado y lloviendo hubiérase dicho que nos encontrábamos en Londres y no en Madrid. Era la tienda de un constructor de violines. Llevaba la muestra en francés *Luthier*... En castellano se dice violero, y aunque es Cremona con sus Amatti y sus Stradivarius la metrópoli de esta noble, de esta bella industria, no sé por qué el violero de la calle de Felipe V daba a su despacho un matiz londinense, europeo, de país del Norte. Es que nada hay tan europeo como la ópera, producto del siglo XIX, donde se unen en un punto de arte, de literatura, de teatro y de emoción las varias capitales de nuestro continente europeo, en la longitud geográfica de San Petersburgo a Lisboa.

La Plaza de Isabel II, donde inician los trompeteros egipcios la marcha de *Aida*, tiene en el centro del jardinillo una estatua pequeña. Es el retrato escultórico de Doña Isabel. Erigió el monumento a sus expensas el Comisario de Cruzada D. Manuel López de Santaella, el cual, sin haber llegado a obispo, fué, por la ostentación de su persona, de sus maneras y del ambiente que le rodeaba, un cardenal fastuoso del Renacimiento italiano. Una vez hubo de predicar un sermón de cuaresma y, ataviado con primoroso roquete de encajes venecianos, subió al púlpito en compañía de un monaguillo portador de una bandeja con muchos pañuelos de nipsis y punto de

Escocia. A medida que el orador se exaltaba en una elocuencia fogosa se iba limpiando la frente con uno de aquellos pañuelos, y luego lo arrojaba al auditorio y el que lo recogía se quedaba con él; era un regalo del predicador. La gente, de continuo maliciosa, colocó un pasquín en el pedestal de la estatua :

Santaella de Isabel

Costeó la imagen bella:

Y del vulgo el eco fiel

Dice que no es santo él,

Ni tampoco santa ella.

Saliendo de la Plaza de Isabel II, al subir por la de Carlos III y en el ángulo agudo que forma con la de Vergara había un café famoso, ya desaparecido: el Español. Los periodistas le llamaban el café de las crisis, porque quienes hacían información en Palacio telefoneaban desde allí a sus respectivos periódicos sobre la marcha de las consultas y las declaraciones de los jefes de partido. Las crisis eran a la sazón el pan nuestro de cada día. También eran clientes del café Español las coristas y músicos del Real. El establecimiento acabó su historia con el hallazgo de un cuadro famoso. ¿Goya, Velázquez, Murillo?... No sé en qué quedaría el asunto, muy tratado entonces por los periódicos, o si se llegaría o no a declarar el lienzo como del autor de las *Meninas*. Importa poco.

LOHENGRIN, EN LA CALLE

Las capas blancas, como de una Orden Militar, daban a los alabarderos aires de Lohengrines. Para ver a Lohengrin en la calle era menester acudir al barrio de Palacio.

Tenían nuestros Reyes para su guarda personal tres cuerpos armados, gala de las milicias palatinas: la Escolta Real, vistoso escuadrón de Caballería que galopaba detrás del coche regio en calles y paseos cuando las personas reales se dirigían a ceremonias

solemnes; los Alabarderos, que decoraban con su presencia y su estupendo uniforme las galerías y las escaleras de Palacio, y, por último, los Monteros de Espinosa, que velaban en la antecámara el sueño de los Soberanos en aquellas horas de prima, de modorra y de alba que clasifica y apunta Salazar de Mendoza, el biógrafo del gran Cardenal de España y del Cardenal Tavera, fundador en Toledo del Hospital de Santa Cruz, a quien el Greco retrató vivo y Berruguete en estatua sepulcral. Recordemos un momento el *Sancho García*, de Zorrilla. Allí está poéticamente relatado el origen de los Monteros de Espinosa. Pensemos en Carlos V de Francia, que creó los Guardias de Corps en 1375. Los arqueros de Corps o arqueros de la cuchilla, que tuvieron su origen en Alemania, en 1496, fueron traídos a España en 1502 por Don Felipe y Doña Juana. La Guardia española la creó Fernando el Católico, en 1504, después de muerta Doña Isabel. Fué su primer capitán el cronista D. Gonzalo de Ayora. Felipe V la transformó por R. O. de 6 de mayo de 1707 en lo que fué llamado con los otros Real Cuerpo de Alabarderos. La Guardia Alemana fué creada por Carlos V, en 1519, y suprimida por Felipe V en 27 de octubre de 1702. El Cuerpo de Guardias de Corps se organizó por R. D. de 12 de junio de 1704, con cuatro compañías: dos españolas, una flamenca y una italiana. En 1716 se reduce a dos compañías: una española y otra italiana. En 1720 se reorganiza con tres compañías: española, italiana y flamenca. Llevaban como distintivo una bandolera galoneada de plata formando cuadretes, cuyo fondo era de color encarnado, para la compañía española; amarillo, para la flamenca, y verde, para la italiana. De aquí, la Guardia Amarilla y la zarzuela de Arniches y Celso Lucio, música del maestro Jerónimo Jiménez.

Los Alabarderos defendieron heroicamente las escaleras de Palacio en octubre de 1841, cuando la revuelta acaudillada por don Diego de León, primer conde de Belascoain, la primera lanza del reino, y también por otros generales. Pretendían, con nobles propósitos, apoderarse de la Reina niña Isabel II y de su hermana Luisa Fernanda. Acaudillaba a los Alabarderos D. Domingo Dulce. Los defensores del regio Alcázar acudieron a la estratagema de volcar

unos cuantos sacos de garbanzos en la escalera principal. Los asaltantes resbalaban en ellos y no podían subir. Don Diego de León pagó con la vida su empeño.

El Real Cuerpo de Alabarderos poseía una banda de música. En los banquetes palatinos de gala interpretaba conciertos muy lucidos. Otras veces salía a la calle, tocando públicamente en los entierros con honores de mando en jefe, y era de notar la pericia y perfección en los instrumentos de viento y en los tambores.

El alabardero sale de servicio, rompe filas y anda, nuevo Lohengrin, por las callejas del barrio de Palacio. Envueltos en sus capas blancas, con su perilla de poetas románticos, su estatura de gigantes y lo noble de su prestancia, los alabarderos van a su cuartel de la calle del Factor y ambulan por Lepanto, Ramales, Santiago, Cruzada, Señores de Luzón, San Nicolás... El barrio se siente muy acompañado por la presencia de los alabarderos. Nada es de temer. Ni robos, ni crímenes, ni malas acciones. Hay en el dédalo de todas aquellas rúas, esquinas, plazoletas y encrucijadas una tranquilidad, una serenidad, una confianza de que no disfrutaban otros parajes de Madrid. El pueblo ve a los alabarderos, Lohengrines que andan por la calle, con respeto y cariño... y es un buen pueblo el del barrio de Palacio.

LA ALMUDENA

La plaza Sur del regio Alcázar, allí donde van las buenas abuelitas a tamar el sol en invierno y los niños se entregan a juegos tranquilos, vigilados por sus madres o sus niñeras, estaba antes cerrada hacia el Mediodía por un arco muy reproducido en estampas y grabados antiguos. Era el arco de la Armería. Se derribó en los primeros años de la última Regencia española, y al presente una verja separa las dos plazas. Un poco más al Sur se encuentra la Almudena, adonde iba a ser trasladada la catedral de Madrid. La cabeza de España se ha quedado sin catedral. La diócesis se creó muy tarde, en el Concordato de 1851, y transcurrieron bas-

tantes años antes de que hubiese obispo. El primero, D. Narciso Martínez Izquierdo, fué asesinado por el cura Cayetano Galeote, el domingo de Ramos de 1886, cuando entraba solemnemente en San Isidro, de la calle de Toledo, a celebrar la misa y bendición de palmas. La antigua iglesia de los jesuitas fué convertida en catedral. Pero se pensó que la importancia de Madrid, el incremento que la población tomaba, el mayor brillo de la Corte y de la diócesis, bien merecían un templo catedralicio semejante a los que se han hecho famosos en el mundo, sin exceptuar a nuestra nación. ¿No admiran todos las catedrales de León, Toledo, Burgos, Sevilla, Oviedo y hasta Valladolid, comenzada por Herrera, el arquitecto de El Escorial? ¿Por qué Madrid no iba a tener un monumento análogo, gloria del tiempo en que fuera construído y envidia de las generaciones venideras? Sí. Madrid debía tener una catedral. Elijióse el sitio junto a Palacio, allí donde se veneraba la imagen de la Almudena, y todo se dispuso para que en un transcurso de años relativamente corto contase Madrid una catedral digna de su nombre, de su capitalidad, del tono artístico que empezó a tener al ser aquí trasladada la Corte por Felipe II, y que a no dudar continuaría aumentando conforme a la ley del progreso indefinido, a la sazón muy cacareada por los liberales. El arquitecto encargado de la obra fué el marqués de Cubas. Preocupaban entonces las ideas de Francia, y si en el país vecino triunfaba o habría triunfado el sistema arquitectónico de Viollet-le-Duc, teníamos en España a un representante de la arquitectura gótica. El arte catedralicio de la Edad Media cayó en desfavor durante los reinados, más o menos clásicos de los tres Luises, aproximadamente desde 1650 hasta el año fatídico de 1789. Los descendientes de San Luis eran coronados y consagrados desde antiguo en la catedral de Reims, maravilla del gótico, como lo es en España León. Pero como el estilo estaba en decadencia y se consideraba bárbaro, al ser coronado Luis XVI fueron cubiertas las paredes y la disposición de columnas y ojivas con una decoración de madera de estilo clásico. El romanticismo y *Nuestra Señora de París*, de Víctor Hugo, vuelven del revés las ideas y los gustos. La Edad Media, con su feudalismo y sus burgra-

ves, triunfaba de nuevo en la literatura y en las bellas artes. Es necesario volver al gótico, incluso para edificios no religiosos. De ello se encarga Viollet-le-Duc. Arquitecto, arqueólogo y escritor, tiene en su activo literario un famoso *Diccionario de la Arquitectura*, donde se olvidó de poner la palabra fachada. Consigna el hecho Menéndez y Pelayo en la *Historia de las ideas estéticas*. El marqués de Cubas fué un seguidor entusiasta de Viollet-le-Duc, y al serle encargada la catedral de la Almudena imaginó fabricarla en el más puro estilo gótico del siglo XIII. Cada época tiene su estilo, según las circunstancias y condiciones de vida de uno y otro período y según las modas a que se van ajustando los materiales y la mano de obra. Una catedral gótica en el siglo XIX, sobre ser un *pastiche* y una cosa inadecuada por completo a los tiempos en que se levantaba, exigía gastos considerables. La imitación, la copia, no llevan el genio de la época. Y Madrid se ha quedado, hasta el presente, sin catedral, por haber sido muy vastas y costosas las ambiciones del arquitecto director. Por la bajada de la cuesta de la Vega hay un gran monumento inacabado. La Basílica de Covadonga, en Asturias, de estilo románico, concebida y llevada a efecto feliz con las mismas normas y procedimientos imitativos de la Almudena, podría significar una prueba contraria a cuanto digo. El argumento acaso resulte demasiado general; pero el hecho es que Madrid tiene que acogerse todavía, para las solemnidades religiosas y litúrgicas pontificales, al templo jesuíta de la calle de Toledo, medio derruido en la revolución roja de 1936, y que, con reparaciones de obras urgentes, sigue llenando su cometido de dar a la diócesis de Madrid-Alcalá la catedral que no tiene.

Se denominan aquellos lugares y la iglesia que los preside La Almudena. La Virgen así llamada compartió desde muy antiguo, con la de Atocha y San Isidro Labrador, la devoción de los madrileños. Pero ni Atocha viene de atochar ni Almudena de almud o medida de trigo. Peñasco y Cambroner, en sus *Calles de Madrid*, libro muy influido en sus datos y juicios por otros autores, muy especialmente por Capmani, consagran algunas líneas a este propósito. La autoridad invocada de López de Hoyos y Vera y Tar-

sis no ha servido para que algunos filólogos muy competentes en lengua árabe hayan dicho, con razón, que así como la palabra Medina quiere decir ciudad, Almudena vale tanto como ciudadela. Y aquí queda confirmado lo que al principio hube de apuntar: que el barrio de Palacio es cabeza y núcleo de Madrid.

Fronterizos a la catedral hay unos pocos palacios. Uno de ellos perteneció al Infante Don Fernando de Baviera, y antes al marqués de Castro Serna, que reunió entre sus muros una magnífica y valiosa colección de arte con cuadros, porcelanas y tapices, algunos de ellos incluso superiores a los mismos de Palacio, como los góticos de *El Padre Eterno* y de *Santa Ursula*.

Los jardines de la cuesta de la Vega, con su aspecto melancólico, debieran ser convertidos en jardines a la inglesa, análogos a los que decoran en sus estampas las novelas de Bacculard d'Arnaud Loaysel de Treogatte. Se presta el sitio, la situación, los declives, las praderas, los diferentes pisos que causa el desnivel. Incluso alguna glorieta pudiera darnos pensamientos de finitud y eternidad, como los que animan a *Los pastores de Arcadia* en el lienzo tan escultórico de Nicolás Poussin.

Volvamos a la entrada, o, por mejor decir, a la salida de la calle Mayor. Ante los ojos aparece el edificio de los Consejos.

LOS CONSEJOS

Don Cristóbal de Sandoval y Rojas era hijo del primer duque de Lerma, D. Francisco, valido de Felipe III, que caído en desgracia obtuvo del Papa Paulo V el capelo de cardenal, para no morir ahorcado, según la pública conseja. El mismo Uceda, en unión del padre Aliaga, maquinó la ruina política de su padre el de Lerma, que le había introducido en Palacio y le había llenado de honores.

Ante el Palacio de los Consejos nos invade el ánimo todo un capítulo de la historia de España. Sin conocerla es muy difícil andar por calles y paseos españoles, pues falta el espíritu de los mo-

numentos y de los lugares que se ofrecen a nuestra vista. La conjuración contra Lerma ha de tener lectura preferente en el tomo segundo de la *Continuación a la historia de España del P. Mariana*, que compusieron D. Antonio Cánovas del Castillo y D. Joaquín Maldonado Macanaz. Entraron en ella, además de Uceda y el padre Aliaga, el conde de Olivares, D. Gaspar de Guzmán, que fué después el Conde-Duque; el franciscano Juan de Santa María, autor de la *República y política cristiana*, libro que obtuvo en su época mucho favor; el jesuíta padre Florencio, bastantes otros... Entre los defensores de Lerma, sin contar a D. Rodrigo Calderón, nombrado en 1614 marqués de Sieteiglesias, debe ser citado D. García de Pareja, autor de unas curiosas *Memorias* que sirvieron a Lesage para componer su *Gil Blas de Santillana*, luego traducido a nuestro idioma por el padre Isla. Después de haber fracasado sus intentos de continuar en el Poder, Lerma y su yerno el conde de Lemos, el famoso protector de Cervantes, abandonaron la Corte y se retiraron a la vida privada en sus Estados. El duque salió de Palacio el 4 de octubre de 1618. La dignidad con que subió a su carroza y abandonó los públicos negocios, que tan gratos y fructíferos le habían sido, es tema moral sobre el que han formulado historiadores y moralistas juicios de la mucha enjundia y ejemplaridad. Uceda gobernó a España desde entonces hasta la muerte del Rey Felipe III, acaecida el 31 de marzo de 1621. Con Felipe IV se inicia en seguida el valimiento de Olivares y la muerte de D. Rodrigo Calderón con el orgullo en la horca del conocido proverbio. A Uceda se le formó proceso y se le desterró a la villa que da nombre a su ducado, en la provincia de Guadalajara, en lo que es hoy partido judicial de Cogolludo. Interrumpido el proceso fué nombrado virrey de Cataluña, y reanudada contra él la causa sufrió prisión en Alcalá de Henares, donde murió el 31 de mayo de 1624, un año después que su padre, el duque de Lerma.

El Palacio de los Consejos es el palacio de Uceda. Tuvo por arquitecto a Juan Gómez de la Mora y se construyó conforme a unos propósitos de lujo y suntuosidad no llevados luego a la magnificencia correspondiente. La desgracia de Uceda influyó mucho en las vi-

cisitudes del palacio. Más que edificio notable, en el orden de la arquitectura y la belleza ornamental, los Consejos forman un caserón. Allí murió Doña Mariana de Austria, la segunda mujer de Felipe IV, madre de Carlos II, el 16 de mayo de 1696. Desde 1717 se destinó la casa a los Reales Consejos. De aquí la denominación con que se la distingue.

EL SACRAMENTO

El Duque de Uceda, D. Cristóbal de Sandoval y Rojas, fundó, junto a su palacio, un convento de religiosas que orasen por él, por el bien de España y por la familia del fundador. La desgracia de Uceda trajo pleitos largos y costosos entre el antiguo convento y la casa ducal. Se comienzan las obras ya reinando Carlos II, ajustándose al dictamen de una junta de arquitectos, en la que intervinieron el jesuíta Hermano Francisco Bautista, fallecido en 1679; Manuel del Olmo y Bartolomé Hurtado. La construcción de la iglesia se comenzó en 1671. No terminó, a lo que parece, hasta 1744, ya muy adelante el no corto reinado del primer Borbón. Es una iglesia grande, un poco escondida en aquella plazoleta sin nombre a la que desemboca la calle del Sacramento, la cual de la iglesia y del monasterio de Bernardas ha tomado denominación. En el templo hay pinturas de los hermanos Luis y Alejandro González de Velázquez. El espíritu de San Benito, con la reforma de San Bernardo, se muestra en la iconografía de imágenes, retablos, pechinas, altares... No pocos santos y santas de los frescos superiores se encuentran sin identificar de una manera segura, aunque es presumible que se trate de Santa Isabel Abadesa, Santa Catalina de Suecia, Santa Gertrudis la Magna, Santa Umberina, Santa Escolástica... De las riquezas que encierra en la clausura el monasterio ha tratado don Elías Tormo en el *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*. El monasterio sufrió ruina total en las devastaciones del tiempo rojo (1936-39), y ha sido reconstruido por Regiones Devastadas. Después de la liberación encontró entre los lienzos de las

Bernardas don Roque Pidal y Bernaldo de Quirós nada menos que un *Cristo* de Velázquez firmado que no es el famoso de San Plácido, hoy en nuestro Museo Nacional, al que dedicó un poema don Miguel de Unamuno. Velázquez no solía firmar sus pinturas. Jamás puso su nombre en sus lienzos inmortales. Beruete señala tres excepciones: el *Inocencio X*, un *Felipe IV* que hay en Londres y la famosa *Mano*, que perteneció a la Reina Regente Doña María Cristina de Austria, segunda mujer de Alfonso XII. El paseíto por estos alrededores palatinos no tolera inmiscuirse en las discusiones que el cuadro ha promovido. Los argumentos de don Roque Pidal parecen estar defendidos con el documentadísimo folleto de don Francisco Javier Sánchez Cantón *Cómo vivía Velázquez*.

En el Sacramento han solido reunirse los capítulos de algunas Ordenes Militares. Hoy es asiento de los Sanjuanistas, es decir, de la Orden de San Juan de Jerusalén o de Malta, de 1048, a la cual va todo el empaque y distintivo político de las Cruzadas. No es únicamente española, como la de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa; es universal. En sus estatutos, a las naciones se les llama lenguas. El siglo XIX dió a la Orden unos caballeros de gracia que con el tiempo han desaparecido. Fué un brote democrático. Claro que nada tienen de análogo estos caballeros de gracia con el centenario monedés Jacobo de Gratis, fundador de la iglesia de su nombre, ya lejos del barrio de Palacio, y protector en sus casas de la calle del Clavel de los Clérigos Menores de San Francisco Caracciolo y Juan Antonio Adorno, que tuvieron el convento e iglesia del Espíritu Santo en el solar que hoy ocupan las Cortes Españolas, antiguo Congreso de los Diputados.

El Sacramento, en la amplitud de su nave, es una iglesia recoleta. Gusta acogerse a su soledad cuando cae la tarde y suena el Angelus vespertino en los campanarios, ya en el propio, ya en el de los templos vecinos, como la Almudena y los Redentoristas de San Justo, junto al Palacio Episcopal madrileño, construído según los planos y estilo de Bonavia, por el Cardenal-Infante Don Luis de Borbón, hijo de Felipe V y de su segunda esposa, Isabel de Farnesio. La luz, ya escasa, tamizada en lo alto y mezclada con la de

algunas lámparas eléctricas y bujías, en el interior de la nave, pone allí un ambiente de melancólico romanticismo, muy a propósito para que la oración se adorne de sueños. Es la hora de la conciencia tranquila, tras una jornada de labor. Es el alma que se eleva a lo alto, confiada en que ha de vencer a la conjuración de los malvados y las asechanzas de los hombres que practican la iniquidad, como dice el salmista. Es el repliegue del espíritu sobre sí mismo, semejante al de la hora de la muerte, al que no nos acompañan nuestros deudos y allegados. Es la soledad del mundo en la compañía de Dios. ¿Quién no ha tenido esta dulce sensación en el Sacramento y en los Ligorianos, casi fronterizos, siguiendo la calle hacia su entrada oficial y municipal? Pasa a nuestro lado una viejuca de las que charlan en la Plaza de la Armería. Ha visto ponerse el sol por los arcos del Campo del Moro y antes de retirarse a su hogar del barrio de Palacio quiere rezar su rosario en el Sacramento y rememorar, con las últimas luces del crepúsculo, que «el Angel del Señor anunció a María y concibió del Espíritu Santo».

En la plaza sin nombre echamos de menos el monumento que recordaba las víctimas de la bomba de Morral, cuando casó Alfonso XIII, el 31 de mayo de 1906. Atravesamos la calle Mayor. Nos aguarda uno de los lugares más pintorescos de Madrid: los recordos y callejas del Biombo.

LAS CALLEJUELAS DEL BIOMBO

Hay plaza del Biombo y plaza de San Nicolás. ¿Cuál de las dos es más bonita? Forman una y otra como los núcleos centrales de unas enrucijadas muy pintorescas, de mucho carácter en la historia del urbanismo y aun en la historia de las costumbres que los lugares públicos reflejan. Del Biombo hay calle, plaza, callejón y travesía. San Nicolás da nombre a una calle y a una plaza. Señores de Luzón, Factor, Juan de Herrera, Calderón de la Barca forman a dos pasos de este dédalo algo así como las fibras terminales de un te-

jido de neuronas. Los libretistas de la popular zarzuela *Luisa Fernanda*, Guillermo Fernando Shaw y Federico Romero, han colocado la acción del primer acto en otro rincón de ensueño, ya más próximo a la calle de Segovia, a mano derecha conforme se bajan los escalones de la calle del Conde hacia la fuente de la Cruz Verde. Es la plaza de San Javier. Resulta todavía más colorista y más bonita esta serie de rincones de zig-zags y de callejas cortas y retorcidas a que dan remanso las plazas del Biombo y San Nicolás. La primera de estas denominaciones viene de las líneas que fueron a disponer todas estas vías. Parece que nos encontramos en los tiempos de los Felipes III y IV. Junto a una verja del piso bajo, casa a la malicia, hay un capitán de los Tercios de Flandes que deja ver, levantando un poco la capa, una tizona de cazoleta, la cual muchas veces puso en fuga a bravucones varios, descendientes del *miles gloriosus* plautino. Allí, en una revuelta, vigila sus pasos y actitudes otro galán, o desdeñado o víctima también de los jugueteos con que una linda damisela pone sus corazones a testimonio de rendido amor. Riñen por los bellos ojos de la dama los dos amadores. Uno de ellos cae herido, muerto quizá. Hay celos y hay puntillos de honra como en las piezas teatrales de Calderón, que da nombre a una calle vecina. Hay discreteos a lo Moreto, profundidades del alma mujeril análogos a los que dieron a Tirso de Molina fama de psicólogo avisado y forjador de caracteres. Hay chispa en los recursos de paradoja y retruécano, cual si fueran pensados y puestos en acción por la *Discreta enamorada*, de Lope. ¿No puede encontrarse aquí la casa de la sangría del *Médico de su honra*? ¿En qué ha de envidiar esta serie de encrucijadas al barrio de Santa Cruz de Sevilla?

Allí se guarda el monumento más antiguo de Madrid: la torre mudéjar de San Nicolás, verdadero minarete moro, que atestigua linaje vetusto. San Nicolás, con sus perceptibles superposiciones de estilos y métodos arquitectónicos, es una iglesia digna del lugar en que se halla. Las monjas de Constantinopla han dejado el perfume de su poesía. Rendían culto a un San Nicolás bizantino del siglo v,

a quien honró Justiniano dedicándole un templo en la ciudad del hijo de Santa Elena, a orillas del Bósforo. San Nicolás fué una de las primeras parroquias de Madrid. El templo, de enorme interés, aunque muy olvidado y bastante desconocido de los madrileños, pertenece a la Orden tercera de los Servitas. Del siglo VI justiniano pasamos al XIII, de San Francisco de Asís y Santo Domingo de Guzmán. La alta Edad Media conocía los monjes: los negros de San Benito o de Cluny; los blancos de San Bernardo o del Cister. La Etnarquía Cristiana de Inocencio III produce los frailes y, entre ellos, los Servitas, fundados por siete nobles florentinos que han obtenido hace poco los honores de la santidad y que llevan unos nombres bastante complicados y difíciles de retener en la memoria. Constan en pocas publicaciones. Son los siguientes: Bonifilius Monaldi, Bonagiunti Manetti, Manettus del Anttela, Amideus Amidei, Uguccio Uguccioni, Sostenius de Sostegni y Alexis Falconieri. Como en todas las comunidades del siglo XIII, hay en los Servitas frailes, monjas de la Orden Tercera. Nunca hubo en España frailes servitas. Monjas, sí. Tuvieron su convento en la calle de San Leonardo, frente a la Parroquia de San Marcos, fábrica de Ventura Rodríguez. Hoy están instaladas en Quiñones, entre el monasterio de Monserrat, de los Padres Benedictinos, y el vasto caserón de las Comendadoras de Santiago. Lo que sí tomó asiento en la iglesia de San Nicolás fué la Orden Tercera de los Servitas. El templo, bien estudiado, desde su torre mudéjar y su traza musulmana, probablemente anteriores de la conquista de Madrid por Alfonso VI, hasta las imágenes y arreglos del XVIII y el XIX, puede ser ejemplo curioso de historia de la arquitectura y de cómo las nuevas tendencias de construcción y estilo se van adaptando a las antiguas, sin anularlas jamás. El San Nicolás de los Servitas es un palimpsesto de varias escrituras, cuádruple o quíntuple.

EL BARRIO DE SANTIAGO
Y EL MONASTERIO DE LA ENCARNACION

La calle de los Señores de Luzón nos conduce a la plaza de Santiago. La casa de los Lodeñas, donde estuvieron las oficinas de la Diputación Provincial, edificio hoy derribado y convertido en una casa de vecindad de porte moderno, nos trae a la memoria el *Viaje del Parnaso*, de Cervantes. El manco sano no es aquí profeta al decir que en el ingenio del joven Fernando de Lodeña «Apolo deposita sus glorias para el tiempo venidero». ¿Quién conoce hoy a Fernando de Lodeña? La casa que se nombra con su apellido volvía a la calle de la Cruzada, en uno de cuyos caserones vivió y murió Núñez de Arce.

La iglesia y parroquia de Santiago, construída entre 1810 y 1820, obra arquitectónica de Juan Antonio Corvo, tiene escaso interés en su neoclasicismo particular. El *Santiago Matamoros* del altar mayor es una pintura de Francisco Rizi. En el templo se rinde culto a la mercedaria madrileña Beata Mariana de Jesús (hay otra en Quito, en el Ecuador), que perteneció por bautismo y vecindad a la feligresía y desde 1562 a 1624 alcanzó los reinados de los tres Felipes, II, III y IV.

Santiago —hoy denominada de Santiago y San Juan— es una de las seis parroquias que había en Madrid en el siglo XII, todas ellas apiñadas cerca del Regio Alcázar. Eran estas seis parroquias: Santiago, San Juan (hoy unida a Santiago), San Miguel de la Sagra, San Nicolás, Santa María y el Salvador.

En aquellos contornos, sin excluir la calle de Santa Clara, donde una inscripción recuerda el suicidio de Larra, el martes de Carnaval, 13 de febrero de 1837, ha solido tener ambiente y escenario la verbena del Santo Patrón en los últimos días de julio. Era una nota colorista en el barrio. En noches de calor, cuando ya las clases elevadas de la sociedad inician su veraneo, cuando las imperiosas vacaciones, como dijo Silvela, dejan reducido Madrid a una provincia de poca importancia, el buen pueblo del barrio de Palacio se congregaba por aquellas aceras y plazoletas, incluso la plaza de

Oriente, para dar el ánimo a la expansión popular y artística que con el nombre de verbena se conoce. Daban símbolo a la fiesta aquellos versos de Valle Inclán :

*Y la tabernera,
Sentada en la acera,
Abre el pericón,
Como la suprema
Cifra del problema
De la ostentación.*

La calle de San Quintín nos conduce al Monasterio de la Encarnación. En él vive la imagen, el recuerdo, el hábito de la Reina Doña Margarita de Austria, mujer de Felipe III. Congréganse bajo sus muros monjas agustinas, lo mismo que en Santa Isabel, otra fundación de la Reina Doña Margarita. Con su atrio, a manera de un compás sevillano, que encuadra las paredes laterales, el pórtico y una verja; con la majestad de las tribunas, que recuerda las Descalzas Reales; con los mármoles y bronces, que dan al templo regia suntuosidad, la Encarnación, casi próxima a Palacio, es un edificio y un rincón madrileño pletórico de arte. Si alguien pudiera negar alguna vez que Madrid había sido Corte y Corte de austeridades y piedad, signo de verdadera elegancia, el Monasterio de la Encarnación daría el mentís rotundo a todo el que quisiera ver y contemplar calles y monumentos.

Sobre la muerte de Doña Margarita de Austria, en 1611, abundan las consejas. Quevedo dice que «murió de malos y no de males». En el proceso de D. Rodrigo Calderón hay atisbos y noticias curiosas acerca del suceso.

Nació Doña Margarita un día de Navidad, el 25 de diciembre de 1584. Se desposó, teniendo sólo catorce años, con Felipe III en 1598 y abandonó este mundo, en la fecha indicada, a los veintisiete de su edad. Murió a los pocos días de haberse colocado la primera piedra de la Encarnación. El Monasterio y la iglesia son ricos en obras de arte, en devociones y hasta en milagros, como el de la

sangre de San Pantaleón, que se licua todos los años el 27 de julio, lo mismo que la de San Jenaro, en Nápoles. El espíritu de Doña Margarita de Austria vive en la Encarnación y, asimismo, en las otras Agustinas de Santa Isabel y quién sabe si en el Palacio de la Nunciatura Apostólica, que construyó para su morada D.^a Inés de Vargas y Trejo, Marquesa de Siete Iglesias, mujer de D. Rodrigo Calderón.

Unos pasos hacia al Norte y hallaremos el Palacio que fué del Senado, sin relación alguna, pese al decir del vulgo, con D.^a María de Molina, la mujer de Sancho IV, que incorporó Fray Gabriel Téllez a la escena hispánica. También el palacio de Godoy, hasta hace relativamente poco tiempo Ministerio de Marina, derribado en la parte que daba frente a las Reales Caballerizas, es éste un edificio muy mazacote y muy característico de la época de Carlos III, desaparecido a raíz del advenimiento de la República. Guardábase allí el tesoro de las carrozas de gala, un verdadero museo del coche, y el amplio guadarnés, extendido a todo el límite norte por el paseo o cuesta de San Vicente, hoy de Onésimo Redondo. Conservaba el guadarnés uniformes y arneses de interés extraordinario.

El solar de Caballerizas se ha destinado a jardines. Junto a su verja, y mirando a Occidente, se ve la puesta del sol. La fantasía, el recuerdo, la historia concretan, unifican, ordenan en una serie de capítulos armónicos, la emoción del barrio de Palacio. Arriba, cercanas a las techumbres, la garita del diablo y la punta del diamante dicen de noches gélidas, soportadas por la guardia con estoico heroísmo. La primavera trae olor a las lilas de la Casa de Campo. Suena la campana de San Nicolás de los Servitas desde su torre mudéjar. Entréganse a los rigores de la reforma las Agustinas de la Encarnación. Suben las mujerucas da la plaza de la Armería las empinadas cuestas de la calle de Lepanto. Buscan los arqueólogos en la plaza de Ramales la sepultura de Velázquez. Atacan los roedores la espléndida caja de madera, inmenso violín, que fué sala del Real con sus jamás igualadas condiciones acústicas. Refléjase el sol matutino en los balcones del Alcázar de la Plaza de Oriente.

Todo es paz y equilibrio en el ambiente templado de un anochecer primaveral. Y acaso, como un eco, viejas cadencias, como una prolongación a las niñas actuales de lo que cantaban sus bisabuelas cuando murió la Reina Mercedes, brota de improviso la elegía de la esposa muerta :

*Los faroles de Palacio
Ya no quieren alumbrar;
Porque se ha muerto Mercedes
Y la llevan a enterrar.*

LOS ESTUDIOS ARABES EN ESPAÑA

Por *SERGIO CASTELLANO*

SE ha dicho, por quienes lo han podido hacer, que una historia de los estudios árabes en España sería de extraordinario interés, no tan sólo por su valor científico, sino por lo emotiva, anecdótica y ejemplar que resultaría.

Estos estudios han dado a España, desde el siglo pasado, uno de los más esplendorosos timbres de gloria de la ciencia universal. Aunque sólo hubiesen existido sus dos últimas figuras más representativas, don Julián Ribera y don Miguel Asín Palacios, la escuela de los arabistas españoles hubiera ocupado un lugar de honor elevado en el amplio campo de esta especialidad.

Desde su fundación ha tenido una trayectoria científica limpia y determinada, que ha producido unos frutos de innegable valor. Su historia es familiar e íntima. Los maestros crearon discípulos, que, nuevos maestros, siguieron el ejemplo de sus predecesores con los mismos anhelos, ilusiones y desinterés admirables. Pocas veces podrá hablarse en la historia de la ciencia de un grupo, como éste, de tan inmaculada moral intelectual y de componentes unidos por tan estrechos vínculos de amistad y colaboración.

Estas páginas, en las que no he podido evitar un matiz emotivo, sólo quieren esbozar, a flor de agua, lo que con mucha mayor extensión pudiera ser la completa historia de estos estudios.

I.—ANTECEDENTES.

Los árabes han servido en bandeja los hechos, los inventos y las teorías más extraordinarias, que los europeos se han encargado de recoger y realizar, como si aquéllos hubiesen tenido la tara psicológica de no poder hacer más que apuntarlos, impotentes para llevarlos a fin de término. Y ha sido de todo: de Filosofía, Medicina, Astronomía; de grandes y universales periplos, de Química, Literatura... Ellos descubrieron sus inicios, y una nueva energía, la europea, supo terminarlos, a base de tiempo y de grandes decisiones.

Toda la Edad Media, y aun el Renacimiento, no hacen más que aprovechar lo almacenado por ese pueblo oriental, que puso una decisiva e irradiante cabeza de puente en al-Andalus —España— como una síntesis reflectora de Oriente y de Occidente.

Científicamente, tuvieron una importancia paralela a la que en nuestros días pudiera ser la ciencia alemana. Y así vemos cómo, en la Salamanca del Renacimiento, los médicos solicitaban una cátedra de Lengua árabe para facilitar los estudios de Medicina y explicar el *Canon* de Avicena.

Pero con el aletargamiento político y la paralización de la fuerza intelectual árabe, los europeos sobrepasaron sus conocimientos, y los manuscritos que encerraba la ciencia, la literatura, la historia arábica, antaño con valor vigente, en los siglos XVI, XVII, van quedando rezagados en las bibliotecas como elementos de historia y de investigación. Y así se les comienza a estudiar.

En España quedó un depósito magnífico de ellos: la Biblioteca del Real Monasterio de El Escorial. Carlos III, ya comenzado el tipo de investigación, que hoy está alcanzando su cima, manda venir a España a monjes maromitas, con el fin de catalo-

gar y estudiar estos manuscritos. Desde entonces aparecen los primeros gérmenes de lo que en el siglo XIX sería la escuela de los arabistas españoles.

De aquellos maromitas destacó el famoso Casiri, autor de un catálogo de libros arábigoandaluces, con traducciones parciales de algunos de ellos, y que, aunque ya anticuado, se sigue utilizando con aprovechamiento.

II.—GAYANGOS Y CODERA.

Algunos españoles comienzan a estudiar la lengua. Entre ellos Conde, Gayangos, Simonet... Se funda la cátedra de Lengua árabe en la Universidad de Madrid; cuyo primer propietario fué don Pascual Gayangos, que se rodea de discípulos. Ha dejado una interesante obra, escrita en inglés, *History of the Mohammedan Dinastye in Spain*, fundamentalmente, traducción del *Naft al-Tib*, de al-Maqqari, pero con infinidad de notas, en las que vierte a aquella lengua fragmentos de otros manuscritos.

Paralelo temporalmente a estos arabistas españoles, fué el holandés Dozy, verdadero prodigio de los estudios árabes, cuyos libros, en francés y latín, trataron, en su inmensa mayoría, de Historia y Literaturas españolas. Su fuerte personalidad científica expandía un cacicato intelectual entre los arabistas de Europa, encontrando impedimentos en la meticulosidad y precisión científica del aragonés don Francisco Codera, discípulo y sucesor en la cátedra de Gayangos, y de quien, concertadamente, surge delimitada la escuela de nuestros arabistas.

Cuando se hace historia de ella, no se puede prescindir de la biografía de sus componentes, ya que son la savia que le da calor y vida, y por eso no deberá extrañar que me detenga algo en ello.

Codera era profesor de Griego en Zaragoza, y comienza a estudiar árabe ya entrado en años, hacia los cuarenta. Sin embargo, por su trabajo y vocación decidida, fija el espíritu y el carácter

científicos de los arabistas, que se calificarían familiarmente a sí mismos de *banu* Codera, considerándolo fundador de esta tribu que forma la pléyade de sus discípulos.

Sus estudios son de historia, y sobresale en todos ellos su meticulosidad y precisión investigadora. Tenía un gran espíritu proselitista, y su preocupación primordial y esencial fué lo árabe.

Dejó una ciclópea labor al realizar la edición de la famosa *Bibliotheca Arabico Hispana*, en la que publica diez tomos con manuscritos árabes de El Escorial, y que son una base indispensable en cualquier clase de estudios arábigo-hispanos.

Nótese la grandeza y voluntad de espíritu que poseía. No existían imprentas árabes ni organismo patrocinador para la edición proyectada. ¿Qué hacer en tales circunstancias? El gran Codera no se para en barras ni cortapisas, y él, por su cuenta, compra una imprenta de caracteres árabes, que instala en su casa. Pero la cosa no queda ahí, y para solventar la falta de operarios especializados en las letras orientales, se dedica a enseñarlas a varios estudiantes, quienes, pagados por él de su modesto sueldo de catedrático, durante unas horas diarias, van enlazando, letra tras letra, hasta editar los dos primeros volúmenes de la famosa *Bibliotheca*. A partir del tercero se le asocia su más destacado discípulo, D. Julián Ribera, que, todo entusiasmo, cargaría con la mayor parte del peso de los restantes volúmenes como otros tantos trabajos de un nuevo Hércules español. La *Bibliotheca Arabico Hispana* tiene algunos errores —¡cómo no!—, pero es la fuente que surte inagotable a todos los estudios árabe-españoles.

III.—DON JULIÁN RIBERA.

A Codera le sustituye este discípulo, que le ayudó a realizar gran parte de su labor. Siempre me he imaginado a Ribera como la personificación de la rectitud y energía humanas. Fué el hombre de las grandes intuiciones, cuyas tesis aún mantienen en movimiento la investigación mundial. Su estilo pedagógico era, ade-

más, un perfecto complemento de su gran personalidad. Ribera fué catedrático de Zaragoza, donde produce un verdadero revuelo intelectual. Los catedráticos de la Universidad, impulsados por él, salen a la caza y captura de manuscritos árabes, y hasta el propio Decano de Filosofía y Letras se dedica a aprender su lengua.

Ribera, aparte de su labor erudita, tocó el campo del periodismo, tomando parte activa en las discusiones acerca de la Universidad, o en los trances angustiosos de la política de fin de siglo, firmando con el anagrama *Brayer*, en un apartado periodístico titulado la *Clínica del Dr. Brayer*.

Su cátedra de Zaragoza quedó suspendida por reforma universitaria, y ocupa por oposición brillante, ya que no aceptó el nombramiento oficial sin hacerla, la cátedra de Historia de los judíos y musulmanes de la Facultad de Madrid.

Su fama mundial fué consecuencia de dos grandes trabajos de investigación: uno, el discurso de ingreso en la Academia de la Lengua, con el que demuestra que la poesía lírica europea tiene su nacimiento, no directa y espontáneamente de la provenzal, sino de la árabigoandaluza, a través de aquélla; inspirada, principalmente, en la composición poética llamada *zéjel*. Largos años de discusiones y controversias han terminado por reconocer esta teoría. Y, de un modo simbólico y representativo, así lo ha hecho el maestro de los romanistas españoles, don Ramón Menéndez Pidal.

Su otro trabajo fué acerca de la influencia de la música arábigo-española en la europea, labor de doce años, que aún sigue manteniendo continuas polémicas.

IV.—DON MIGUEL ASÍN Y SUS DISCÍPULOS.

En Zaragoza, don Julián Ribera tiene un alumno, que, pasado el tiempo, daría a los estudios árabes sus más grandes días de gloria: don Miguel Asín.

Desde los primeros momentos de la fundación de este grupo existe un carácter peculiar en las relaciones entre maestros y discípu-

los. A medida que un discípulo va destacando en sus estudios y es atraído por ellos, no sólo por el interés que siente hacia un panorama, hasta cierto punto exótico y llamativo, sino, sin excepción, por la personalidad del maestro y la admiración sentida hacia él, se establece un lazo de relaciones mutuas. El alumno considera como honor y galardón poder aportar, aunque sea humilde, una ayuda al maestro, en quien ve, con convencimiento, el hombre capaz de realizar grandes hazañas intelectuales. El maestro ha sido, entre los arabistas españoles, un gran capitán, a quien los discípulos se entregan intelectualmente, alentados, además, por la ayuda continua y desinteresada que reciben de él. ¡Cuántas muestras y anécdotas entre maestros y discípulos que se han sucedido en un ambiente familiar! Entre don Julián Ribera y Asín Palacios hay anécdotas de una emotividad extraordinaria. Esta, por ejemplo: Asín padeció una temporada de insomnios y trastornos nerviosos, que impedía la perfecta marcha de sus trabajos. Ribera, entonces, lo llevó a su finca de Valencia, y se pasaba el tiempo velando el sueño de su discípulo, o, armado de un tirapiedras, ahuyentando perros y gatos, cuyos ruidos pudieran interrumpir el sueño logrado. Imaginemos a don Julián, figura excelsa de la cultura española, con su negra barba, y ya bien entrado en años, con un instrumento infantil amparando la tranquilidad de su discípulo. ¿No es esto un poema viviente, y que casi se sale de los límites humanos, en honor de la ciencia? También Asín, más tarde, no podría contener las lágrimas de emoción cuando leía la respuesta al discurso de recepción en la Academia de la Historia de su discípulo predilecto, don Emilio García Gómez.

Asín Palacios era sacerdote, apuesto y elegante. García Gómez, que conoció al detalle su vida, lo describe así en el momento de explicar una clase: «(El árabe) era ciencia, y ciencia apasionante —; nosotros, en la calle Ancha, asomándonos a las letras orientales!—; pero era, a la vez, resolver charadas o buscar palabras en cruz. Y, sobre todo, aquello tenía un ritmo. Se podía enunciar varias hipótesis e irlas desechando; se permitía un prudente titubeo; pero si éste se prolongaba, los dedos largos y aristocráticos de

Asín tamborileaban impacientes sobre la mesa. Un «¡Guapo!», muy aragonés, coronaba, en cambio, la victoria. Cuando el bedel daba la hora parecía sacarnos a tirón de un ensueño. Alguna vez he comparado la enseñanza de Asín con la ascensión, que luego hice, a la Gran Pirámide. Cada día, izados por su talento, subíamos en vilo tremebundos escalones.»

Hace tres años que Asín falleció, y aún en estos momentos nos llegan de todas partes del mundo biografías y síntesis de sus obras como un homenaje luctuoso a este sobresaliente y venerado maestro.

Su campo de acción fué la Filosofía y la Mística. Y sus libros son soportes inamovibles, donde ha rebotado cualquier pretendida refutación. ¿Quién no conoce el valor de *La Escatología Musulmana en la Divina Comedia*, considerada como el mejor libro de crítica del siglo xx? Pronto hará treinta años de su publicación, y, a pesar del revuelo internacional que causó, no se ha podido poner en duda la más modesta de sus partes. *El Islam cristianizado*, *Abenházam de Córdoba*, *Abenmasarra*, por citar tan sólo los más destacados, son pruebas que juzgan con claridad el valor insuperable de este hombre, a quien se le ha llamado «la flor y el fruto» de los arabistas españoles.

Los libros de Asín Palacios unen a una extraordinaria sencillez y sistematización un estilo limpio y seguro; y en sus traducciones, aun las de los más complicados textos de Filosofía o Mística, son de una rigurosidad tan excelente, que no se ha podido encontrar en ellas ni el más leve fallo. Precisamente es ésta una de las características que los arabistas europeos le han reconocido unánimemente con admiración.

V.—LA ESCUELA DE ESTUDIOS ARABES.

La inmensa labor de Ribera y de Asín exigía la necesidad de agrupar a sus discípulos en un trabajo dirigido, aunando sabiamente sus esfuerzos particulares. Así, en el año 1910, se forma un núcleo, pre-

cedente de lo que más tarde sería la oficial Escuela de Estudios Arabes, que, bajo la dirección de estos dos sabios, «inicia su colaboración en el naciente Centro de Estudios Históricos, instalado, primero, en un piso de la plaza de Bilbao, número 4, y más tarde, en los bajos del Palacio de Bibliotecas y Museos». Estos discípulos fueron don Angel González Palencia, don Maximiliano Alarcón, don Pedro Longás, don José Augusto Sánchez Pérez, entre otros. Todos ellos son de sobra conocidos. Con Sánchez Pérez aparecen, además, los estudios de las matemáticas árabes. Entre ellos sobresale González Palencia por su extraordinaria labor: sucesor en la cátedra de don Julián Ribera, es, sin duda, el erudito español más prolífico de nuestros días. Sus libros se suceden ininterrumpidamente, abarcando todos los temas de las culturas árabes y españolas. Su *Historia de la España Musulmana y Literatura árabe-española*; la traducción de Ibn Tufayl, su monumental obra *Los mozárabes de Toledo*, labor de diecisiete años, en cuanto a lo árabe; su *Historia de la Literatura española*, en colaboración con don Juan Hurtado; sus innumerables ediciones de clásicos, estudios históricos y literarios comparativos, en lo español, certifican el renombre de profundo y erudito investigador con que se le reconoce mundialmente.

Pero la creación oficial e independiente de la Escuela de Estudios Arabes se hizo en el año de 1933 con sendos centros en Madrid y Granada, de los que son directores, respectivamente, don Miguel Asín y don Emilio García Gómez, a la sazón recién catedrático de Lengua árabe de la Universidad granadina.

La Escuela de Madrid continuó residiendo en la misma casa de la calle de San Vicente, en donde se habían desarrollado los estudios árabes desde Codera, y en uno de cuyos pisos vivía don Miguel Asín, con biblioteca y su mesa de billar, que, durante mucho tiempo, le sirvió de modesto solar de trabajo, y en la que, simbólicamente, puede representarse la pobreza de estos estudios. Pobreza que hizo decir al mismo don Miguel: «Los estudios orientales son, por cierto, una de las órdenes investigadoras de más

estrecha observación, y en la que con mayor rigurosidad se cumple el voto de pobreza.»

La Escuela de Granada fué creada y vitalizada por el impulso juvenil de su primer director, García Gómez, y tuvo como sede la aristocrática casa de Chapiz.

Se crea, también entonces, una revista, dependiente de estas Escuelas, y de la que son codirectores Asín Palacios y García Gómez, con quienes forma trío González Palencia, secretario de la misma. Es la revista *Al-Andalus*, en la que han aparecido desde entonces los trabajos más interesantes de esta especialidad, tanto españoles como extranjeros.

VI.—GARCÍA GÓMEZ.

A la cátedra de Arabe de Madrid se asocia algo más tarde don Emilio García Gómez, que comparte el trabajo de don Miguel Asín, y que, en la jubilación de éste, ocupa su cátedra.

He de llamar la atención respecto de que cada generación de arabistas ha tenido una figura señera y representativa: Gayangos, Ribera, Asín Palacios, González Palencia. A sus alrededores ha habido siempre discípulos que han hecho una meritísima labor, y de los que no nos ocupamos ahora por el carácter sintético de estas líneas: Lafuente, Simonet, Gaspar Ramiro, García de Linares... son excelentes muestras de ellos.

Por otra parte, cada catedrático ha tenido un campo determinado de trabajo, en el que clavaron bandera de soberanía. Codera, la Historia; Ribera, la Literatura y la Música; Asín, la Filosofía y la Mística; Sánchez Pérez, las Matemáticas. (Sólo González Palencia ha realizado una labor enciclopédica.)

Un nuevo panorama se ha abierto ahora con el actual catedrático de Arabe de Madrid, con García Gómez, del que he hecho una semblanza biográfica en *Cisneros*, núm. 10. Sus trabajos y traducciones han desflorado el campo de la poesía, hasta él «cenicienta de los estudios árabes».

Sus *Poemas arábigoandaluces* han recreado en lengua castellana para todo el mundo las finuras y delicadezas de la poesía arábigo en unas traducciones, simbiosis de meticulosidad científica y refinado espíritu poético. Fueron un extracto de su importante obra *El libro de las Banderas de los Campeones*, edición, traducción y estudio de uno de los libros de Said al-Magribi, y que es un centón de la más selecta poesía arábigoandaluza, piedra de toque imprescindible para conocer estos nuevos temas que ha sacado a relucir García Gómez. Con *Abu Ishaq de Elvira*, donde estudia un nuevo tipo de poesía: el ascético; y con sus restantes obras ha logrado ya alcanzar uno de los más destacados puestos en el arabismo europeo.

* * *

A raíz de morir don Miguel Asín, sus discípulos, incorporada la Escuela de Estudios Arabes al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, como rendido homenaje de veneración al maestro, pusieron su nombre al Instituto de los Estudios Arabes: *Instituto Miguel Asín*, que quedó bajo la dirección de don Angel González Palencia.

Y así continúa esta destacada Escuela: con el mismo entusiasmo e ilusión con que se creó. Y cada nuevo éxito logrado en sus obras no es sólo galardón para sus autores, sino reconocimiento de gratitud y ofrenda rendida para quienes supieron ir formándola al consagrarle sus vidas y desvelos.

EL HISPANISMO *en* GRAN BRETAÑA

Por WILLIAM C. ATKINSON

EL hecho de que las Naciones Unidas estén integradas hasta una tercera parte por los pueblos de la América Latina, subraya como nunca la importancia de los estudios hispánicos. La Gran Bretaña, que recuerda con orgullo el papel que desempeñó en la independencia de esos pueblos, ha seguido desde entonces acá cultivando las más estrechas relaciones políticas y económicas. Las relaciones culturales, como actividad organizada en el nivel de los estudios superiores, son fenómeno relativamente nuevo, pero de muy buen agüero. Como síntomas podemos indicar la publicación en 1941, por el prestigioso Real Instituto de Asuntos Internacionales de Londres, de una «Bibliografía de Latino-América», añadiendo el detalle de que, al caer ésta en manos del bibliotecario de cierta Universidad escocesa, encargó en seguida la totalidad de las obras allí incluidas; pedido, sin duda, el mayor que registran los quinientos años de vida de dicha biblioteca. Esto en lo menor; y en lo mayor, señalemos la fundación, dos años más tarde, del Consejo Hispánico con su gemelo el Consejo Luso-Brasileño, dedicados los dos a fomentar la mutua comprensión, y que desde su sede londinense, Canning House, son llamados a impulsar poderosamente el conocimiento,

primero, y la investigación después, en un campo que ya se impone en nuestro horizonte cultural.

La historia del hispanismo en la Gran Bretaña, sobra decirlo, no es cosa de ayer. Solución de continuidad sí ha habido desde los tiempos del profesorado en Oxford del gran valenciano Juan Luis Vives; pero una alcurnia que remonta hasta 1828, fecha del discurso inaugural de Antonio Alcalá Galiano como profesor de español en la Universidad de Londres, no es nada despreciable. Y siempre hay que tener en cuenta, al lado de las actividades propiamente académicas, la vena, tan rica en la historia cultural de Inglaterra, de la erudición extrauniversitaria. Los ingleses de todos los tiempos, no sólo han sido incansables como viajeros y exploradores; sus viajeros y exploradores han sido a menudo maestros también en el manejo de la pluma, cultivadores incansables e insignes de las letras. De donde deriva una doble contribución al hispanismo en su sentido más amplio: las grandes narraciones de viajes, de tanto valor para la historia social y política (díganlo las cartas de los hermanos Robertson, de hace un siglo, que acaban de publicarse, traducidas al español, en Buenos Aires, o los documentos personales dejados por los voluntarios británicos en la lucha por la independencia, cuya publicación se está proyectando actualmente en Bogotá), y la labor admirable de tanto aficionado que, viéndose en un país extranjero, se ha convertido en verdadero embajador cultural. De éstos son todo el linaje, desde Fanshawe hasta Burton, que tanto han hecho por los estudios camonianos, y es tradición que persiste hasta hoy en pleno vigor. Baste citar los nombres de Aubrey Bell, para Portugal, y para el Nuevo Mundo, del inolvidable Cunninghame Graham o de Walter Owen. En lo histórico, las obras de un Martin Hume siempre impondrán respeto. Todo esto es hispanismo, y de pura cepa.

Pero volvamos a las Universidades. De las cátedras de español hoy existentes, la primogénita es la de Liverpool, dotada en 1909 por un valiente capitán de barco cuyas «luengas peregrinaciones» le habían permitido apreciar la importancia actual y en potencialidad, para Inglaterra y para el mundo, de los pueblos hispánicos. (Y aquí

intercalemos una palabra aclaratoria. «Cátedra», en inglés, significa muy otra cosa que un curso o cursillo dado por un profesor, que puede tener otras múltiples actividades y hasta otras muchas cátedras: es un Instituto, un departamento de los varios que integran una Facultad universitaria, y cuya dirección monopoliza el tiempo y atención del «catedrático». Sólo es catedrático el que tiene a su cargo tal Instituto.) Y esta primogenitura de Liverpool se ha revestido con el tiempo de un prestigio indisolublemente asociado con dos nombres conocidos por el mundo hispánico. La *Historia de la Literatura española*, de Fitzmaurice-Kelly, hizo fama hasta en las Universidades españolas. Allison Peers, no sólo es autor de obras de gran peso sobre el misticismo y el romanticismo español: fundó, y a través de veintitrés años ha venido dirigiendo, el *Bulletin of Spanish Studies*, nuestra única revista, dedicada exclusivamente a los estudios hispánicos. A Liverpool siguió Londres, con la creación, en 1916, en plena guerra mundial, de la cátedra «Cervantes», a la que fué trasladado luego Fitzmaurice-Kelly, y en 1917, con apoyo del Gobierno portugués, de la cátedra «Camoens», de estudios portugueses, que vino a dirigir el eminente lusófilo e historiador Edgar Prestage.

Fué, en efecto, la primera guerra mundial la directamente responsable del vigoroso empuje que poco después cobraron los estudios hispánicos en la Gran Bretaña. Entró, en parte, el colapso de la posición privilegiada, gozada hasta entonces por el alemán, al que siguió otro parcial colapso, debido no menos al curso de la guerra, de los estudios rusos, que habían venido a llenar el hueco. Pero entró para mucho más el reconocimiento, que el más lerdo ya no podía esquivar, de que, con este sexto continente de la América latina era preciso estrechar los vínculos, en nombre no sólo del comercio, sino de la reconstrucción económica de un mundo lacerado por la guerra, en nombre de la paz, en nombre, por fin, de la solidaridad humana. Y para esto se imponía, en primer lugar, intensificar el estudio de las lenguas llaves del Nuevo Mundo: el español y el portugués. Consecuencia fué la creación de nuevas cátedras de español, en Glasgow primero, luego en Oxford y Cam-

bridge, y de lectorados en las demás Universidades; así que ya no son sino dos o tres, de las dieciséis del país, las que no abarquen lo español en su programa de estudios. Y reflejo no menos de este nuevo interés es el auge constante que viene experimentando el español en las escuelas secundarias; en muchas es el primer idioma extranjero que estudian los escolares. No deja de ser sugestivo y rico en posibilidades este hecho de una nueva generación que, al abrirse a la contemplación del gran mundo que les rodea, encuentra su primer punto de referencia en lo hispánico.

El lector se habrá fijado en que estas nuevas cátedras y departamentos son cátedras y departamentos, en un principio, de español. Ahora bien: haciendo la comparación con los demás idiomas modernos, se ve que no existe verdadero paralelismo. Una cátedra de francés se ocupa de Francia, de la lengua y literatura francesas. El catedrático de alemán limita su enseñanza al alemán y a Alemania. Con el español no es viable este criterio. Dentro de España son tres, hasta cuatro, las lenguas: el castellano, el catalán, el vascuence y el gallego, y dos, por lo menos, las literaturas. Y todo estudiante de España habrá hecho la comprobación de que, tarde o temprano, se impone el ensanchar el campo de observación hasta abarcar también a Portugal. Y, llegado a esto, resulta un contradictorio pensar en estudiar la actuación histórica, la contribución civilizadora de la Península, excluyendo su obra máxima, o sea la prolongación de dicha civilización a todo un continente allende el mar. Así tenemos que, no habiendo todavía sino una sola cátedra de portugués en la Gran Bretaña, la ya aludida de Londres y ni siquiera una de estudios hispanoamericanos, se ha iniciado tiempos atrás una fuerte tendencia a ampliar, y hasta a veces a rebautizar, las cátedras de español, haciendo de ellas Institutos de Estudios Hispánicos, cuyo interés se extiende por igual a todo el mundo hispánico. Así, en el Instituto de Estudios Hispánicos de la Universidad de Glasgow, en donde, desde su fundación, se han venido dictando cursos de catalán y de portugués para los alumnos avanzados, acaba de crearse un lectorado de estudios hispanoamericanos. Las cátedras de portugués y de estudios hispanoamericanos vendrán con

el tiempo. Entre tanto, y pese a las dificultades de dotar a los departamentos existentes de un personal docente adecuado a un cometido sin igual, la etapa actual representa, con todo, un desarrollo lógico, y tiene la gran ventaja de acentuar, no lo diferencial, lo discordante, sino lo unitario de una civilización común.

Sirve, además, para enfocar un problema. En toda actividad cultural de esta naturaleza existe una finalidad, aunque no se formule más que como esperanza de reciprocidad. La contrapartida de una cátedra de francés en Inglaterra es una cátedra de inglés en Francia. Sólo así pasa la labor de enseñanza y de erudición a ser labor también de civilización y de paz. Por eso hemos dicho que por la fuerza han de crearse, y pronto, cátedras de estudios hispanoamericanos en las Universidades británicas. Lo que más difícil parece, dada la actual organización de éstas, es que llegue a haber cátedras ligadas a la historia y cultura de determinados países latinoamericanos. No existiendo el concepto de «cátedra libre», toda nueva asignatura debe justificarse con referencia, en parte, a la demanda que exista por ella; en parte, a su riqueza intrínseca como materia de estudios superiores, que debe soportar la comparación con otras asignaturas, a las cuales figurará como alternativa una vez admitida en la prescripción que se le exige al estudiante. Y visto que en las cátedras de lenguas modernas, en toda Universidad británica, se carga mucho la lingüística histórica y la literatura medieval, parece indicado que en la nueva disciplina que estamos discutiendo la solución a ambos reparos se busque en el sentido de una compensación especial a lo que falta en lo temporal. De todos modos, la segunda etapa, si no la última, habrá de consistir, como ya dijimos, en la creación de cátedras de estudiantes hispanoamericanos.

Y ya que tocamos en la organización de las Universidades británicas, apuntemos un aspecto, no siempre bien comprendido en el extranjero. Las lenguas modernas tardaron bastante en abrirse camino en ellas. La legendaria insularidad del inglés, que le indisponía para el estudio de otros idiomas, respaldada por una supuesta incapacidad para dominarlos, hizo que dichos estudios quedasen en un principio en manos de extranjeros; y, en efecto, es incalculable

la parte a ellos debida del estado floreciente que hoy día revelan. Pero por dos razones fácilmente apreciables, esta tradición se ha revisado ya de raíz. De un lado, la estructura y funcionamiento de la Universidad inglesa difieren profundamente de los de otros países, sobre todo de los países latinos —ya tocamos en ellos al definir la palabra «cátedra»—, y la asimilación al nuevo ambiente del profesor de formación extranjera ha resultado, por lo general, empresa difícil. Del otro, ninguna disciplina universitaria puede atraer a los mejores intelectos si empieza negándoles la satisfacción de su más legítima ambición: la de alcanzar un día una carrera dentro de la misma. Así, que, una vez deshecha la especie aludida de que el inglés no servía para lenguas, estas disciplinas han venido justificándose en razón precisamente —una razón entre varias— de los alumnos que ha formado, y cuya erudición les ha llevado, con el tiempo, a la dirección de las mismas; y es, en consecuencia, caso insólito hoy el ver nombrado a un extranjero para tal cargo. Debajo del catedrático, en la categoría de lectores y ayudantes, la cosa es distinta, y lo corriente es que haya uno, por lo menos, de la nacionalidad respectiva encargado, cuando menos, de los trabajos prácticos del idioma. Tales cargos suelen ser de duración limitada.

El laboratorio del estudiante de otra cultura es la biblioteca. Desde este punto de vista, la distancia en el tiempo dificulta menos que la distancia en el espacio. Para el estudiante de la civilización griega, su materia prima son textos que han venido editando y reeditándose a través de los siglos hasta estar ya al alcance de cualquiera. Para el estudiante de la civilización latinoamericana, los materiales son los libros que salen, día tras día, los más de ellos por vez primera, de las editoriales de veinte países. Entre el publicarse tal libro y el darse uno cuenta en Europa de que ha salido median meses; entre el darse cuenta y el conseguirlo median más meses. Este problema, en la dirección Inglaterra-Latino-América, ya puede decirse más que medio solucionado gracias al servicio de libros ingleses montado por el Consejo Británico a través de los muchos institutos culturales con él afiliados que existen en los distintos

países. En el sentido Latino-América-Inglaterra, poco o nada se ha hecho hasta la fecha. Es un campo en que la iniciativa oficial, llevándose a la acción mediante, tal vez, el agregado cultural de la Embajada o Legación londinense, arrojaría dividendos del todo desproporcionados al gasto y estimularía grandemente los estudios universitarios.

Y quizá influya aún más el espacio cuando pasamos del laboratorio a las labores de exploración «un situ». El conocer directamente a España y a Portugal siempre ha sido relativamente fácil para alumnos y profesores ingleses. No existe con dichos países el sistema mediante el que el alumno de francés de una Universidad británica suele, mediada la carrera, pasar un año en un liceo francés como profesor de inglés; pero ya antes de la guerra civil en España existían otras posibilidades. Entre las Universidades escocesas y las españolas existen unas becas de intercambio, dotadas por el malogrado ex canciller de la Universidad de Glasgow, fundador de la cátedra de español en ésta y grande entusiasta por todo lo hispánico, Sir Daniel Stevenson, gracias a las cuales se mantenía un constante flujo y reflujo entre los dos países; es actividad ésta que sólo espera la vuelta a la normalidad para reavivarse. En Portugal, el Instituto para Alta Cultura ofrece becas análogas para estudiantes británicos, y otro tanto está haciendo, desde el año en curso, a base de reciprocidad, la Junta de Relaciones Culturales de Madrid. Y cuando no bastaran estos recursos, todavía resultaba posible para muchos el costear por cuenta propia los gastos de viaje y manutención.

Con la América Latina, el problema cambia enormemente de cariz. La travesía del Atlántico, las tremendas distancias internas una vez llegado a suelo americano, lo subido del costo de la vida, todo esto imposibilita, lo mismo al profesor que al estudiante británico, el conocer al Nuevo Mundo por iniciativa particular. Cuando el que esto escribe era estudiante, veinte años ha, pudo pasar un año académico en la Universidad de Madrid y viajar ampliamente por toda España por un gasto total, incluido el viaje de ida y vuelta a España, bastante inferior a lo que cuesta actualmente

el billete de ida solamente, por vía aérea, de Londres a Río de Janeiro. Gracias otra vez al Consejo Británico, un número cada vez mayor de alumnos e intelectuales españoles, portugueses e hispanoamericanos, vienen ahora a pasar, éstos unos meses, aquéllos uno o dos años, de estudio e investigación en las Universidades británicas, corriendo sus gastos enteros a cuenta del erario inglés. Y cuando todavía no existía el Consejo Británico, así Oxford como Glasgow ya ofrecía becas para estudiantes argentinos. Aquí también sería muy de desear la reciprocidad, y parece que aquí también, para surtir efecto en la escala que se precisa, debía ser oficial. El verano pasado, debido a la generosa iniciativa de la Sociedad Anglo-Brasileira, de Londres, apoyada por la Casa do Estudante, de Río de Janeiro, y por líneas aéreas y marítimas de ambos países, fueron convidados tres estudiantes ingleses a pasar tres meses en el Brasil. Dificultades de último momento hicieron fracasar el proyecto, que es de esperar no se encarpete. Pero se presta, con todo, a una observación que creemos sugestiva. El estudiante europeo que no puede pasar todo un año académico en otro país suele visitarlo durante las vacaciones, pudiendo, a lo mejor, asistir a un curso de vacaciones, organizado precisamente para extranjeros. Ahora bien: aprovechando el accidente de que las grandes vacaciones universitarias en el hemisferio Norte caen, por regla general, dentro del año lectivo en el hemisferio Sur, al estudiante inglés se le abre la posibilidad, sin interrumpir el curso normal de sus estudios, de asistir, durante tres o cuatro meses del año lectivo, en una Universidad latinoamericana, al lado no de otros extranjeros, sino de los propios estudiantes del país, con ventajas que no hace falta encarecer.

Como habrá visto el lector, hemos preferido cargar en esta breve reseña lo que aún está por hacer, más bien que lo ya hecho o lo que se está haciendo. Con referencia a una parte solamente del mundo hispánico, podrá aquilatar el lector curioso, en una pequeña monografía escrita por el autor de estas líneas y publicada últimamente por el Consejo Británico, bajo el título de *British Contributions to Portuguese and Brazilian Studies*, las credenciales

de la erudición británica en estas materias. Los años de la guerra se han visto nublados, en las Universidades de toda Europa, por preocupaciones nada propicias al cultivo desinteresado de las letras. Ahora, vueltos de las filas, así alumnos como profesores, se está pensando, no en recobrar, sino en superar el ritmo de antaño, y para los hispanistas británicos, el desafío en esto implícito se ve reforzado por la determinación arriba expuesta de dar plena cabida, en su hispanismo, a todo lo hispánico. Sirvan de muestra, en este terreno más extenso, dos obras de un precursor reciente, que ya hacen autoridad, la *Historia de la República Argentina y Los conquistadores españoles*, de Kirkpatrick, de la Universidad de Cambridge, y de aliciente el número latinoamericano del *Bulletin of Spanish Studies*, que se anuncia para un próximo porvenir.

EL DR. GABRIEL DA MATA
EMBAJADOR DE LA CULTURA PORTUGUESA

LA OBRA
DEL
ESPIRITU

EL DR. CAEIRO DA MATTA, EMBAJADOR *de la* CULTURA PORTUGUESA

En la Universidad Central recibió la
investidura de doctor «Honoris Causa»

EL Ministro de Educación de Portugal, D. José Caeiro da Matta, catedrático de la Universidad de Lisboa, ha recibido la investidura de doctor «honoris causa» de la Universidad Central. El acto se celebró en el paraninfo de nuestro primer centro docente, exornado con profusión de macetas y reposteros. En el estrado presidencial tomó asiento el Ministro de Educación Nacional de España, Sr. Ibáñez Martín, quien tenía a su derecha al Ministro portugués, al Obispo de Madrid-Alcalá, Dr. Eijo, como presidente del Instituto de España, y a su izquierda, al Rector de la Universidad, D. Pío Zabala. Ocuparon asiento también en la presidencia los Decanos de las siete Facultades universitarias.

En los bancos de las tribunas se acomodaron los Ministros de Asuntos Exteriores, Gobernación, Justicia y Obras Públicas, el Embajador de Portugal, miembros del Cuerpo diplomático, Subsecretarios y Directores generales de diversos Departamentos ministeriales, miembros de las Reales Academias y el claustro universitario de las distintas Facultades y personalidades culturales. También asistió la Misión cultural portuguesa, presidida por el

doctor Leite Pinto, Vicepresidente del Instituto para Alta Cultura de Portugal.

El Decano de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, doctor Castiella, pronunció breves palabras, en las que elogió la personalidad del nuevo graduado por la Central.

El Rector, D. Pío Zavala, hizo a continuación uso de la palabra, y puestos en pie todos los asistentes, confirió solemnemente el título gradual de doctor «honoris causa» en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas al Ministro portugués de Educación, a quien, entre los aplausos de la concurrencia, hizo entrega del birrete, la medalla, el libro, el anillo y los guantes, atributos del grado que se le confería.

DISCURSO DEL MINISTRO PORTUGUES DE EDUCACION

A continuación, el Dr. Caeiro da Matta pronunció en portugués el siguiente discurso :

«Lamento no poder expresarme en vuestra clara, enérgica y sonora lengua, y lamento también no poder imitar al príncipe de los poetas hispánicos —intérprete de la civilización peninsular ante el mundo— cuando decía : «Escuchad qué bien suena el habla castellana.»

Véome obligado a hablar, señoras y señores, en mi suave y dulce lengua portuguesa —la misma en que Alfonso X el Sabio escribía hace siete siglos sus inmortales *Cantigas*.

Quiero, en primer lugar, presentar mi más caluroso homenaje a España y a las excelsas virtudes de su Jefe, símbolo de la continuación histórica de la gran nación ibérica, de la que es imagen y síntesis viva, y en cuyas manos firmes se hallan, en estas horas de incertidumbre que el mundo vive, los destinos de su Patria.

Y me es grato asociar en un mismo y afectuoso homenaje los nombres de dos eminentes diplomáticos, los Embajadores D. Nicolás Franco y el catedrático Sr. Carneiro Pacheco, artífices de obra

tan meritoria y patriótica como es la de hacer invisibles, en el campo espiritual, las fronteras de los dos países hermanos.

Saludo cordialmente al insigne Ministro de Educación Nacional, don José Ibáñez Martín, brillante hombre de Estado y figura de verdadera magnificencia intelectual. «Tiene vucencia, señor Ministro, sobre sus hombros el peso de toda la gloriosa herencia intelectual de España; bien sabemos todos que nunca la defensa de esa herencia y la misión de modelar las almas fué confiada a un espíritu más alto, más noble y más culto.

Al preclaro Rector de la Univrsidad de Madrid, personalidad culminante en las más diversas esferas de la ciencia, y a los ilustres catedráticos aquí presentes deseo expresarles, al mismo tiempo que mi admiración, los sentimientos de fraternal solidaridad científica de las Universidades portuguesas.

Para todos mis nuevos colegas —colegas, por una ficción debida a vuestra generosidad—, entre los que me permito destacar el nombre del catedrático D. Fernando Castiella, prestigioso Decano de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas y consagrado como hombre de ciencia y escritor; para todos ellos, digo, va especialmente la expresión de mi gratitud por tan grande amabilidad para conmigo, al admitirme en este solar de la ciencia hispánica. Hay un título que yo invoco por encima de cualquier otro: el título de universitario. Por eso, vuestra iniciativa me conmovió tan profundamente.

AFINIDADES MENTALES E INTERESES ECONÓMICOS

Al agradecer, con efusivo reconocimiento, el insigne honor que me ha sido concedido, que no cabe en mi persona, y que sólo mi país puede recibir dignamente —por lo cual íntegramente se lo transmito—, no dudo confesar que me veo invadido por la más viva emoción al encontrarme en estos momentos delante de tan ilustres personalidades. Y no intento disimular este sentimiento; él me domina siempre que piso esta tierra sagrada de España, en donde

algunos de mi sangre reposan hace mucho tiempo y para siempre —sombras que desfilan amorosamente ante mi espíritu—; esta tierra de heroísmo, de tan bella fisonomía histórica y de tan sugestiva fisonomía social y humana; tierra de líneas nobles y fuertes, como ya he dicho en otra ocasión, que, por su civismo varonil y por la solidez de su alma colectiva, tantas veces magníficamente afirmada, por el complejo de sus valores espirituales y por sus virtudes profundas, supo constituir una personalidad inconfundible, vigorosa y fecunda; aquella personalidad que asegura a los pueblos la libertad, porque los hace idóneos para ejercerla y merecedores de poseerla. La libertad, «el bien mayor de la espaciosa tierra», como expresivamente decía vuestro Lope de Vega.

Puedo asegurar que mi sentimiento es también el de todos mis compatriotas. ¿Cómo podría dejar de ser así, cuando nos ligan afinidades mentales e intereses económicos, el ideal cristiano de la vida y el sentimiento del honor nacional, el espíritu de sacrificio y la fe patriótica, que resiste a todas las tentativas de disolución y a todas las sugerencias derrotistas, y, hasta muchas veces, las mismas divergencias y las mismas rivalidades, que, tanto entre españoles como entre portugueses, no es raro que perturben la opinión y falseen los principios y los hechos? Puede ser diverso el idioma en que nos expresamos; el denominador común de las ideas es siempre el mismo. La tabla de valores morales es la misma; son los mismos el anhelo universalista, el amor profundo de las doctrinas, de las creaciones y de las obras de los dos pueblos.

Cuando, en un momento de la Historia, nuevas concepciones destruyeron el antiguo concepto del mundo, españoles y portugueses fueron muchas veces intérpretes de aquéllas y, a veces, sus creadores. La idea de «misión» en la moral política, que, según el genial Eugenio d'Ors, fué una de las invenciones que España aportó a la cultura, estuvo también presente en el espíritu de los portugueses del Renacimiento. «Hispani omnes sumus», como decía, hace cuatro siglos, el insigne humanista lusitano André de Rezende. Nuestro itinerario moral es el mismo; idéntica nuestra patria psíquica.

Vengo ante vosotros, en esta hora crepuscular y dolorosa, «terminus» de toda época histórica, en que una gran incógnita se ofrece a la ansiedad del mundo, en que una crisis como la Historia jamás conoció, conmueve los fundamentos de la civilización moderna, precisamente en el momento en que ella podría enorgullecerse, por sus descubrimientos científicos, de haber mudado el aspecto del mundo, transformado la vida de los hombres y conquistado el dominio de la Naturaleza.

Una ola de fuerzas oscuras se extiende por el mundo moderno, haciendo posible todos los equívocos y también todas las mixtificaciones. Se diría que el hombre de hoy piensa más en perturbar que en conocer, en combatir más que en construir. Es casi general la enfermedad de las doctrinas y de los sentimientos exagerados. El esfuerzo de más de veinte siglos realizado por el mundo occidental para edificar un alto humanismo político parece comprometido, y si en el nuevo orden de cosas que, emergiendo del suelo desolado de la guerra, entre los escombros de estructuras políticosociales envejecidas, no se injerta una filosofía moral profunda que promueva el sacrificio en aras del bien común, nuestra civilización seguirá la suerte de aquellas que, desprovistas de sólidos fundamentos morales, se encuentran en el fardo muerto de la Historia.

Existe actualmente un mal mucho más serio que todos los conflictos diplomáticos, por graves que éstos puedan ser: es el espíritu de la guerra, que, después de haber hecho florecer el valor bajo las más bellas formas, continúa fascinando al mundo. Estamos en medio de una tregua, cuando sería necesario que nos encontráramos en un estado pacífico, de abundantes y provechosos frutos.

Hay, sin duda, un evidente antagonismo de intereses entre muchos Estados, pero que no alcanzaría el carácter agudo actual si las almas no se hubieran precipitado en el vacío inmenso que la guerra dejó. Socialmente, políticamente, espiritualmente, hay un abismo entre algunos de los Estados vencedores de la guerra, si es que fuera posible decir que hay naciones vencedoras cuando se ganan victorias sacrificando ciertos principios.

Pasados pocos meses desde el fin de la mayor de todas las guerras —la primera que existió en el mundo bajo el signo del aniquilamiento—, no es difícil ver el fin de la gran ilusión de la paz.

LA GUERRA, CONSTANTE HISTORICA

Tendremos acaso que contentarnos con la idea de que la guerra es constante histórica (¿no nos dice Aristófanes, el primer gran pacifista doctrinario que el mundo conoció, que en la tragedia humana la paz no fué nunca sino un entreacto?). Sería de lamentar que tuviésemos que renunciar a la organización mundial de la paz, regresando al sistema clásico de las alianzas fundadas en círculos estrechos de intereses. La seguridad colectiva, frágil barrera opuesta a la codicia de los Estados, erigida en concepto abstracto, diluída en vagas generalizaciones, reducida entonces a muy poco, se derrumbó en 1938 en Munich. La Conferencia de París de hace algunas semanas mostró claramente la dificultad de restaurarla.

Hombres y Estados supervivientes de la guerra, muchos de ellos incapaces de forjar por sí su propio destino, procuran encontrar vanamente en las ruinas alguna cosa que les sirva de esperanza. Una infelicidad sin ejemplo cae sobre el genio del hombre. Quebróse una cadena, perdióse el equilibrio. ¿En dónde está aquella sociedad de los espíritus de que hablaba Paul Valéry? Y, sin embargo, nunca las naciones tuvieron mayor receptividad para los ideales de justicia social y de perfeccionamiento técnico que en estos días, de tan acentuada debilidad. A pesar de que lo que se presenta ante nuestra vista es profundamente inquietante, no queremos posponer el derecho al interés, sobreponer ideologías peligrosas o prejuicios anticuados a irrefragables principios de humana justicia, ni hacer del ideal de la civilización objeto de transacción entre los Estados. No se quiera destruir, en el fondo de las almas, ni en el género de vida de los pueblos, aquellos principios insustituibles, sin los cuales el hombre pierde aquella parte de la divina sustan-

cia que le fué comunicada y las naciones se abisman en la desolación y en la ruina.

Tenemos ante nosotros un problema vital: del acuerdo de las grandes potencias depende la resolución de este problema y la paz. Es decir, la vida del mundo.

España y Portugal, países a los cuales milagrosamente no llegó la cólera de los dioses, guiados por dos Jefes, verdaderos creyentes de la Patria, que supieron encarnar con maestría inigualable las aspiraciones de sus pueblos, continúan firmemente su camino. Naciones conscientes de sus destinos, nacidas para vivir con la cabeza erguida ante el sol de la Historia, no fué dentro de sus fronteras donde los juristas idearan teorías para identificar la fuerza con el derecho, para exaltar el espíritu de raza o para justificar la expansión de un pueblo.

Nosotros no fuimos nunca los servidores de un poder deificado; no confundimos nunca la ley impuesta por la justicia con el orden dimanado del poder, ni hemos pretendido en ningún instante hacer de la violencia la manifestación legítima de la fuerza política. Por el contrario, hemos caminado durante siglos con la misión de divulgar por el mundo las reglas sagradas y eternas de la solidaridad humana.

En esta Península —tan pródiga en espíritus superiores, que supo ver siempre que los límites geográficos de los Estados no pueden ser los límites del espíritu— viene de antiguo la cruzada de confraternización científica. Viene de la época, ya lejana, en que profesores portugueses explicaban en las cátedras de Salamanca, y profesores españoles enseñaban en las cátedras del antiguo «Estado General», de Coimbra; en que poetas y prosistas se expresaban con la misma facilidad en portugués que en castellano. Es fácil comprobarlo al recorrer la galería de los grandes nombres hispánicos —cito aquí sólo tres o cuatro de ellos—, desde el más amado de los santos portugueses —San Antonio de Lisboa—, que se consideraba hispánico, hasta el Papa portugués Juan XXI, el famoso «*Petrus Hispanus*», como él propio se apellidaba, pasando por Amatus Lusitano, notable figura del Renacimiento en el campo de las cien-

cias médicas, que también se titulaba hispano; por Fray Luis de Granada, clásico en las dos lenguas; por aquel gigante del espíritu que fué el Padre Luis de Molina, profesor de Teología en la Universidad portuguesa de Evora; por Francisco Suárez, el gran escolástico de España y uno de los fundadores del Derecho internacional, cuyas lecciones fueron seguidas ávidamente durante largo tiempo en el Colegio das Artes, de Coimbra. ¡Y quedan sin nombrar la enorme y brillante legión de sabios y artistas, de teólogos, de médicos y de jurisconsultos que la Península nos ofrece desde la época del 500, tantos nombres que pertenecen a la historia del pensamiento humano! ¡Cuántas veces, en su larga, tumultuosa y ardiente historia, se hermanan y se confunden las tendencias literarias y científicas de españoles y portugueses! ¿Cuántas obras eternas brotaron del genio peninsular y encontraron en la vena de oro de las lenguas castellana y portuguesa su expresión inmortal?

Mucho influyó en Portugal el espíritu de España, que tan liberal fué para con nosotros, enseñándonos y, tantas veces, cantando los héroes y las bellezas de nuestra tierra; mas también será justo decir que a España pagamos nuestro tributo de hombres y de glorias. Sería hasta un acto de inteligente patriotismo demostrar hasta qué punto se ha hecho mutuamente sentir la influencia civilizadora de las dos nacionalidades peninsulares, mostrando la parte con que cada una ha contribuído para afirmar la exuberancia vital de la raza ibérica.

COMUNION ESPIRITUAL DE LA PENINSULA

Reavivemos la gloriosa tradición de la comunión espiritual de la Península. Aquel sentimiento de continuidad, que forma el lazo espiritual de las generaciones (y que, de uno a otro polo, parece haber sido arrasado por la tempestad que devastó el universo), no se perdió entre nosotros los peninsulares.

Y ahora, en esta nuestra Europa, disminuída en sus valores po-

líticos y herida en su prestigio cuando tantos peligros amenazan la autonomía de la vida del espíritu; ahora que, en la agonía de un mundo, la nueva generación vive desamparada y como emigrada en el tiempo, la juventud tiene necesidad de aprender, en centros científicos como éste, las lecciones de prudencia, de equilibrio, de orden, de disciplina y de continuidad de esfuerzo, que parecen haber sido enteramente olvidadas.

Es a las Universidades —cuya función fué tan admirablemente definida por ese príncipe de las letras, el glorioso Ortega y Gasset— (donde mejor se puede aprender el espíritu completo y siempre vivo de la ciencia) a quienes incumbe la alta misión de definir las rutas ideales de cada época, determinando los principios que, puestos en práctica, llegan a producir los tipos progresivos de cultura y de vida del hombre civilizado. Más que nunca en esta época, que sufre la sombría dolencia de todas las incertidumbres morales, es en la cultura a donde hay que ir a buscar refugio y apoyo.

¿Debemos acaso perder la esperanza de una «internacional del espíritu», tal como la conoció la Edad Media, cuando un alemán como Alberto el Grande estudiaba en Bolonia y era profesor en París? ¿O cuando Martín de Azpilcueta, que estudió Artes y Filosofía en Alcalá de Henares y Cánones y Derecho en Toulouse, después de haber sido catedrático de prima en Salamanca fué famoso profesor de Teología en Coimbra, y más tarde pasó a Roma? ¿O cuando un portugués como Aires Barbosa, discípulo en Florencia del célebre humanista Policiano, enseñaba en Salamanca e introducía el helenismo en España? ¿O cuando los portugueses Gouveias, dinastía de sabios, después de haber sido maestros de Ignacio de Loyola y de Francisco Xavier, astros de la hagiología española, iban a enseñar en la Universidad de Toulouse o en el Colegio de Santa Bárbara, en París, en donde uno de ellos fué maestro de Rabelais y de Montaigne? ¡Y tantos y tantos otros!

Es verdad que el espectáculo actual del mundo —miseria, dolor, sacrificios, odios, sobre todos odios— perturba de tal manera la conciencia colectiva, que se diría inevitable la preterición de los intereses puramente intelectuales. No es menos cierto que en los

momentos de crisis nacional o internacional no se encuentra ambiente propicio para ciertas formas de la vida del espíritu. ¡Hay que luchar! ¿No decía vuestro Calderón que solamente el espíritu es el que da forma a las cosas y valor a la vida? ¿Y no dijeron también dos extraordinarias figuras —Nietzsche, un filósofo historiador, y Renán, un historiador que fué también filósofo— que en los períodos de tempestad, bastante más que en las horas de calma, debemos procurar afirmar las fuerzas del espíritu?

A esta gloriosa Universidad de Madrid, centro admirable de cultura y de irradiación, de donde salieron muchas de las altas figuras que en el mundo intelectual y político tanto contribuyeron para formar la grandeza de España, a mi nueva Facultad, esta prestigiosa y floreciente Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, magnífica ciudad obrera de la ciencia, a todas las instituciones como ésta les está reservada la misión de contribuir a la reconstrucción de todo un patrimonio de valores espirituales, esforzándose para que, por el culto de la ciencia, sea atenuado el conflicto de las generaciones, que es una de las más acusadas características de nuestro tiempo.

Sólo la ciencia podrá contribuir a la disminución del sufrimiento humano, a compensar nuestra ingénita debilidad, a elevar el nivel de vida, dolorosamente bajo, de la inmensa mayoría de los humanos, haciendo que éstos puedan luchar contra las fuerzas de la Naturaleza, en lugar de luchar contra la Humanidad; ella solamente tendrá la suficiente fuerza para conseguir la síntesis del corazón y de la razón en ese adolescente que es todavía el hombre de hoy. Solamente ella podrá realizar la obra de renovación moral, de aproximación pacífica y de solidaridad de los pueblos, obra ésta que los espíritus más nobles sienten, hoy más que nunca, como una necesidad suprema.

Quiero terminar, como comencé, saludando a España, saludando la tierra española, su genio, su carácter, su arte, su heroísmo, su fe; esta España, que recibió del Creador tres almas que, al entrenchocarse, se compenetran, fundiéndose en el crisol de la Historia: un alma de soldado, un alma de pensador, un alma de cre-

yente. Y así se produjo esta materia —al mismo tiempo fuerte y dúctil—, este plasma generoso, cristiano y heroico, con el que el pueblo español esculpió sus gloriosos destinos.»

Al terminar su bellissimo discurso, el doctor Caeiro da Matta escuchó nutridos y prolongados aplausos.

DISCURSO DEL MINISTRO DE EDUCACION NACIONAL

A continuación el Ministro de Educación Nacional, D. José Ibáñez Martín, pronunció el siguiente discurso :

«En el viejo marco de este paraninfo, durante largos años de su historia, se ha asomado en reiteradas ocasiones una muestra de nuestra vida universitaria o un símbolo importante de nuestro mundo intelectual. Mas nunca, como ahora, se ha dado aquí la coincidencia felicísima de que la voz de estos dos pueblos peninsulares, cargados de tradición gloriosa, que son Portugal y España, resonase en este recinto, despertando en él los ecos de sus mejores glorias, como dándonos a entender que estas palabras de hoy nos están diciendo una sabia lección, cantada por los siglos, por la que, una vez más en la historia del mundo, Portugal y España, países soberanos, señores de su propio destino, se saben, como depositarios de una cultura occidental, actores decisivos de esta hora difícil que vive angustiadamente el mundo.

Portugal y España confluyen hoy aquí, en el paraninfo de una Universidad, coincidentes en una misma inquietud, dispuestos a conquistar la grandeza y la gloria de sus propios pueblos con las únicas armas a las que el transcurso del tiempo da, en vez de herumbre, el brío y esplendor de la gloria; las armas invencibles del espíritu, por las que, ciertamente, no se conquistan imperios territoriales por la violencia, pero por las que se logran imperios a la inteligencia y a la cultura por el ejercicio generoso y cristiano de la abnegación y del amor.

Con profética y admirable inspiración dijo hace no mucho tiem-

po el Jefe del Estado español, Generalísimo Franco, que hora era ya de que los pueblos pensasen más que en su propio desarme material en el rearme de sus propios valores espirituales. Por eso, Portugal y España están aquí presentando ante el mundo las armas de su pensamiento y de su cultura, en el occidente de esta Europa dolorida, como vigías incansables de una espiritualidad que no puede, que no queremos nosotros que pueda nunca perecer.

Como depositarios de esa civilización milenaria, nuestros dos pueblos peninsulares se han instituido, con su vida ejemplar, en debeladores de aquel viejo mito de la decadencia de Occidente. Con el ejemplo de nuestra abnegada y difícil neutralidad, Portugal y España han cumplido el arriesgado papel histórico de erigirse en defensores de aquellos valores permanentes de la sociedad cristiana, que la guerra mundial ponía, con su inevitable crisis, en trance de derrumbamiento. Entre el paisaje desolador de la ruina física y espiritual de los pueblos, esta Península Ibérica, bastión de Occidente, columna milenaria de la civilización europea y trinchera de la Virgen, como la definió con frase poética un ilustre escritor contemporáneo, supo dar frente al confusionismo universal el ejemplo sereno de su vinculación a la norma clásica, incommovible y salvadora de la doctrina y de la moral católicas. Que no sólo se salvan los pueblos por su entrega denodada, y a veces heroica, a la empresa de la cultura. Sino que es preciso que ese pensamiento científico que se elabora y se recrea como una levadura espiritual, constantemente renovada, tenga hacia arriba la justificación de un orden trascendente y metafísico con quien enlazar en último término el eslabón superior de la interminable cadena de los conocimientos humanos, y hacia abajo, la realización de ese sentido de vida cristiana, que es, en fin de cuentas, lo que justifica de manera sobrenatural las amarguras, las alegrías, los afanes y las ilusiones que llenan el anónimo quehacer cotidiano de los pueblos y de los hombres.

El Estado se concibe así como misión, como empresa de orden trascendente, que necesita de los supuestos indispensables del orden y la paz para realizar la auténtica política de raíz verdaderamente

crisiana. Sólo así el trabajo de la inteligencia se justifica en una doble dimensión: buscando para ella una última razón teológica superior y dándola a la vez una final consecuencia de orden práctico en la realidad del comercio humano y civil entre los hombres. De este modo el profundo sentir espiritual que espolea la obra del pensamiento llega después a todos los ámbitos de la vida y puede alcanzar, en el orden total de la actividad del Estado, esa línea de constante cultural que, por la merced de Dios, es característica propia de la vida y la historia de estos dos pueblos peninsulares hermanos.

Venturosamente para nosotros, estos años de lucha y dificultades del mundo han tenido la virtud de que Portugal y España, en el camino del servicio a la cultura, cubran etapas de idéntico fervor en el transcurso de sendas rutas soberanas e independientes, pero gozosamente paralelas. Sólo así el principio eterno de solidaridad entre los pueblos deja de ser tópico de invocación acomodaticia, cuando a su amparo intentan cometerse ultrajes incalificables a la dignidad e independencia de las naciones. Por eso, en esta paz peninsular, que tanto duele a algunos, el acto de hoy representa, simbólicamente, cómo la Universidad portuguesa, a través de tres nombres de evocador abolengo universitario, Coimbra, Oporto y Lisboa, se encuentra con la vieja Universidad española, representada por la Cisneriana de Alcalá de Henares en esta Universidad de Madrid, que hoy recibe de Portugal al más ilustre de sus embajadores culturales, al insigne doctor Caeiro da Matta, rector admirable del pensamiento científico de su país, fiel intérprete y colaborador de la política del nuevo Estado portugués que encarnan de manera ejemplar la venerable figura del General Carmona en la Presidencia de la República y ese símbolo de sabia prudencia política que es el profesor Salazar al frente de las tareas del Gobierno. Por eso hoy importa señalar aquí que este acto, de trascendencia extraordinaria en este momento histórico del mundo, marca el camino ascendente de las relaciones hispanoportuguesas en una línea cuyo punto cenital, aún no alcanzado, se está muy próximo de lograr. Es cierto que quedó sellada aquella forma de colabora-

ción eficaz enlazando el Instituto de Alta Cultura Portugués con nuestro Consejo Superior de Investigaciones Científicas, cuya ley fundamental cumplió ayer precisamente el séptimo aniversario de su proclamación por el Jefe del Estado español.

De este auténtico entendimiento y sereno espíritu de colaboración entre nuestros dos pueblos podemos, sin ningún esfuerzo, encontrar ejemplos palpitantes y concretos en la zona de las diversas ramas de la investigación o de la enseñanza, manifestados recientemente por la presencia de ilustres rectores de las Universidades portuguesas en el último y más trascendental certamen de la ciencia española, así como en el campo vastísimo de las bellas artes o en el de la política del libro, culminada ésta en la Exposición del Libro Español celebrada en Lisboa, en la que toda nuestra obra bibliográfica de más de un lustro fué enviada a la capital portuguesa como mensaje sincero y cordial de nuestro espíritu de paz. Mas si ello fuera poco, viene el acto de hoy a culminar en esta solemne conmemoración universitaria la serie de afirmaciones reiteradas que Portugal y España vienen proclamando a través del tiempo de su sentido de colaboración peninsular. Una vez más hoy España y Portugal, que como astros de luz propia recorren órbitas singulares en el espacio sideral de la Historia, coinciden plenamente, igual que siempre coincidieron en los momentos más trascendentales de su vida política, como en aquellos tiempos en que en España reinaba Carlos V y en Portugal Manuel *el Afortunado* o Don Juan III, y ambos pueblos, fuertes y seguros, se contemplaban sin recelo y cooperaban a la empresa de un mismo ideal peninsular; los tiempos admirables en que en la Corte de Lisboa resonaban los versos en lengua castellana de Gil Vicente y Luis de Camoens y en la Corte de Madrid se recitaban con dulce acento portugués las estrofas inmortales del autor de *Os Lusíadas*.

Sólo cuando España y Portugal se han contemplado con esta noble mirada de comprensión recíproca hacia sus singulares fisonomías históricas es cuando, por encima de las diferencias y características que distinguen a todos los pueblos, surge siempre una razón superior de entendimiento, una voluntad leal y auténtica de cola-

boración. No en balde pudo nuestro Lope de Vega poner en boca de uno de sus personajes, en *La Dorotea*, estas palabras, que simbolizan para mí la estimación española de la limpia e hidalga sencillez de nuestro pueblo fraterno. Porque cuando Lope decía: «Tengo los ojos niños y el alma portuguesa», daba a entender que esa cualidad admirable de la ternura, expresión de la delicadeza del alma, puede ser atributo incomparable por el que entre todos los del mundo pueda ser distinguido galanamente un pueblo de tanta finura espiritual como el pueblo portugués.

En estos tiempos, donde el sentido humano de la vida está a punto de perderse y la era del maquinismo parece traducirse en una triste y desdichada mecanización para la vida del hombre, es grato al ánimo volver los ojos y descubrir por encima de las fronteras que hay junto al nuestro un pueblo como Portugal, que aún sabe dar al mundo lecciones de delicada cortesanía y de hidalga y noble caballerosidad.

Si nuestros libros fueron en Lisboa, hace poco, mensajeros de paz, la presencia aquí del doctor Caeiro da Matta, Ministro de Educación de Portugal, es símbolo de la altura intelectual de un país y del espíritu de orden y de trabajo con que la Península vive estas horas de inquietud internacional. Con razón se ha dicho que es el sosiego motivo principal para el florecimiento científico de los pueblos. Portugal y España, celosos del sosiego de sus laboratorios, de la paz de sus seminarios, del orden de sus aulas, del silencio fecundo de sus bibliotecas, trabajan sin descanso, tenazmente, en todos los órdenes de la actividad de la inteligencia, desde la más pura creación literaria o artística hasta las cumbres de la investigación experimental; y todo ello con la voluntad puesta fervorosa y esperanzadamente en la noble aspiración de progreso y de mejora nacionales al servicio de sus respectivos destinos históricos.

Más allá de este ordenado baluarte de la cultura, los hombres y los pueblos, abierta aún la llaga terrible de la guerra, buscan con delirante vanidad de demiurgos el resorte prodigioso que les descubra el camino de la felicidad. Al margen de esa fe ridícula en

imposibles panaceas internacionales, aquí, en un rincón occidental de Europa, dos pueblos de vieja historia ecuménica e imperial, sin otra ambición que la de afirmar pacíficamente, por los caminos de la inteligencia, los postulados de su soberanía y de su integridad, dan al mundo, con el ejemplo de su fe en la cultura, la gran lección de que el bienestar de los pueblos no puede buscarse por los caminos de la soberbia o del poderío, sino por las rutas de la paz, que es por donde el hombre se acerca más a Dios.»

LIBROS DE ESPAÑA EN LISBOA

ESPÍRITU Y ÉXITO DE UNA EXPOSICIÓN

HABLÓ un día Joaquín Costa de que cada español habría de defender a su patria con un libro en la mano. Asignó así al libro un nuevo valor; puso en él, junto a la cualidad literaria, una cualidad combativa.

Muchas decisivas horas del mundo han salido de los libros. Estos han movido revoluciones, guerras, sueños. Sus páginas fueron alimentando esperanzas, consolando dolores. En esta hora del mundo, el libro de España lleva, tierras adelante, la verdad de paz y de amor que en nuestro espíritu y en nuestro esfuerzo alienta. Mientras el mundo se desgarrar en una trágica zarabanda de odios, nuestro país afirma sus eternas raíces espirituales, de las que el libro trata de ser un exponente fiel y fervoroso.

Entre los orgullos y las alegrías que 1946, al marcharse, deja a España, figura el éxito de la Exposición del Libro Español en Lisboa. Nuestros volúmenes no iban a la tierra hermana a defender valores allí perfectamente comprendidos y estimados. No iban a ganar voluntades adversas, desconocedoras de la verdad española. Venturosamente, en esta incierta hora del mundo, Portugal y España se saben unidas con apretados lazos de la frente y del corazón. Y así, nuestros libros no iban a Lisboa con polémico afán de convencimiento y defensa, sino en mensaje de amor. Trataban de ser,

simplemente, un signo más del fervor con que los dos países se hermanan en una tarea común de paz y de espiritualidad.

A lo largo del tiempo, la vida literaria de ambos pueblos tiene frecuentes puntos de contacto. Hay un intercambio constante en las corrientes culturales de Portugal y España. Los hombres que las encarnan y representan viajan por los dos países, los conocen, los aman. En portugués y en español escribieron figuras de la talla de Luis de Camoens, Gil Vicente y Francisco Manuel de Melo. Hay proyecciones portuguesas en Cervantes, en Lope, en Tirso, en Calderón, en Luis Vélez de Guevara. Nuestro Suárez ve llegar en Lisboa sus últimos días. Fray Luis de Granada traza palabras de amor en Benfica. Modernamente, Eduardo Marquina traduce a Guerra Junqueiro, y Villaespesa, a Eugenio de Castro y Julio Dantas. Ya en nuestros días, esa relación literaria se afirma y robustece. Signo de ella es el hecho de que en nuestras anuales Ferias del Libro figuren ya las obras portuguesas. Como lo ha sido, ahora, la instalación de la Exposición del Libro Español en Lisboa.

Hermoso éxito el de la Exposición en la capital portuguesa. Revistió su inauguración la máxima solemnidad. El Jefe del Estado portugués presidió el acto. Junto a él, el Ministro de Educación Nacional en aquel país, nuestro Embajador, nuestro Director general de Propaganda. Durante unos días, en la vida intelectual de Lisboa la Exposición de nuestros libros fué motivo de actualidad, comentario y elogio. Conferencias de escritores, lecturas de poetas, subrayaron el sentido espiritual de los miles de volúmenes allí reunidos. Dificultades materiales conocidas de todos hacen que el ritmo de nuestra vida editorial no pueda ser el que en realidad queríamos. Y es, sin embargo, sorprendente la vitalidad con que nuestra actividad editorial se desenvuelve. La producción es intensa y sigue un ritmo ascendente. Se edita bellamente, con una perfección que no es sólo riqueza tipográfica y material, sino atención, buen gusto, finura en el color, en la forma y en el detalle. Arte, en fin; arte editorial, que alcanza hoy una cima de raras y espléndidas calidades.

Había tras de todo esto en la Exposición de Lisboa una dimen-

sión espiritual que completaba el valor y el significado de lo allí agrupado y expuesto. Aquellos miles de volúmenes respondían a una espiritualidad, a una actitud ante la vida y la historia. Eran nuestro pensamiento, nuestra fe, nuestra creación. Nuestro sentido espiritual, humano y humanista de las cosas. Por eso ha podido Eugenio d'Ors, en su conferencia de Lisboa, destacar este acento que crecientemente acompaña a la creación literaria y editorial: «Si hoy posamos los ojos en una obra bibliográfica cualquiera, o en un Catálogo como el que ha ilustrado la Exposición del Libro Español en Lisboa, advertiremos en su contenido el alza creciente, en cantidad y en calidad, de los libros que se inspiran en el espíritu de las Humanidades. La etapa de la especialización en compartimentos estancos va ya de vencida. Autores y lectores, para no hablar de sus intermediarios en la edición y en la librería, se han percatado, al fin, de que la Ciencia sin Humanidades es una pedería; la Historia sin Humanidades, menuda erudición; el Derecho sin Humanidades, leguleyería sospechosa; la Medicina sin Humanidades, empiria; la Técnica sin Humanidades, barbarie.»

Resplandece todo este sentido espiritual, humano y humanista, en los millares de volúmenes españoles que Lisboa vió durante unos cuantos días del otoño. Nuestros libros eran, además, el mensaje de amor—uno más en la estrecha amistad de los dos pueblos—que España enviaba a Portugal. Reflejos del pensamiento y del corazón de España se manifestaban allí, en la alegría multicolor de los volúmenes expuestos. Era en la ciudad del Tajo: el Tajo, que llegaba al Atlántico desde tierras españolas tras de haber besado a Toledo.

NUEVOS INSTITUTOS DE ENSEÑANZA MEDIA

Las reformas de enseñanza de los últimos años
en el Real Colegio de la Asunción de Madrid
según tradición de siglos

El de Ciencias cubren cuatro especialidades
de las y esta forma de todos los programas

HECHOS

En el Real Colegio de la Asunción de Madrid se han
realizado reformas de enseñanza de los últimos años
según tradición de siglos

Las reformas de enseñanza de los últimos años
en el Real Colegio de la Asunción de Madrid
según tradición de siglos

En el Real Colegio de la Asunción de Madrid se han
realizado reformas de enseñanza de los últimos años
según tradición de siglos

Las reformas de enseñanza de los últimos años
en el Real Colegio de la Asunción de Madrid
según tradición de siglos

En el Real Colegio de la Asunción de Madrid se han
realizado reformas de enseñanza de los últimos años
según tradición de siglos

HECHOS

NUEVOS INSTITUTOS DE ENSEÑANZA MEDIA

Con el de Córdoba se ha abierto también el Real Colegio de la Asunción, de gloriosísima tradición docente.

El de Cuenca cuenta catorce espléndidas aulas y está dotado de todos los servicios.

OTROS dos nuevos Institutos Nacionales de Enseñanza Media han sido inaugurados recientemente: el de Córdoba y el de Cuenca. Ambas aperturas marcan un esfuerzo más del Ministerio de Educación en el resurgir de la cultura patria.

Con el Instituto de Córdoba fué inaugurado también el Real Colegio de la Asunción, de tradición gloriosísima en la vida docente de Córdoba y transformado en Residencia-Internado.

En la sesión de apertura, el Director del Centro, don Perfecto García Conejero, pronunció un discurso, en el que hizo historia y detalló las obras desarrolladas en el Colegio de la Asunción.

En el Consejo de Ministros celebrado el 5 de septiembre de 1940 se aprobaron los tres primeros proyectos de obras de Instituto: el de San Isidro y el de Ramiro de Maeztu, los dos de Madrid, y el de Córdoba.

Las primicias de este último proyecto hay que buscarlas en la solera del internado cordobés, el más antiguo de España, el que ha

sobrevivido a través de las mayores vicisitudes del tiempo, fundado por un caballero castellano, médico de Su Majestad Imperial, que dedicó los últimos años de su vida y toda su fortuna a la formación de la juventud, y sobre todo, en el cariño y generosidad que habéis demostrado por el Instituto y por todo aquello que se relaciona con la cultura cordobesa.

El primer proyecto, de 750.000 pesetas, se construiría sobre los solares de Ordóñez y sobre el de la Casa de los Cantareros, comprados los primeros con cargo al proyecto primitivo, y el segundo, propiedad del Ministerio de Educación Nacional. Después se adquirió una casa contigua, con una superficie de 350 metros cuadrados, en 95.000 pesetas, pagadas con los ahorros del Colegio hechos durante los años 39 y 40. Era obligado que se ampliara la edificación a estos 350 metros cuadrados de la casa adquirida.

La reorganización del edificio supuso la construcción de un gran sector de nueva planta sobre un área de solar de 950,50 metros cuadrados, sector que en casi su totalidad consta de cuatro plantas, y la reforma interior, realizada muy a fondo, de varias zonas del antiguo Colegio, que miden en junto 2.100 metros cuadrados, repartidos en tres plantas.

En el sector de nueva edificación han quedado instaladas parte de las dependencias del Internado, como los dormitorios de alumnos y de celadores, estancias habilitadas en las dos plantas superiores; locales destinados a servicios, como la cocina, con sus correspondientes anejos de despensa, cámara frigorífica, comedor de servidumbre y carboneras; departamentos de servicios higiénicos y de aseo; estancias de lavado, repaso y planchado de ropas; clínicas médica y dental, con enfermería aneja, y, finalmente, dormitorio de servidumbre y dependencias de Mayordomía; locales destinados a regencia y administración del Colegio, a relación de éste con el público y a alojamiento de huéspedes a quienes por su jerarquía deba atender el establecimiento con trato de honor.

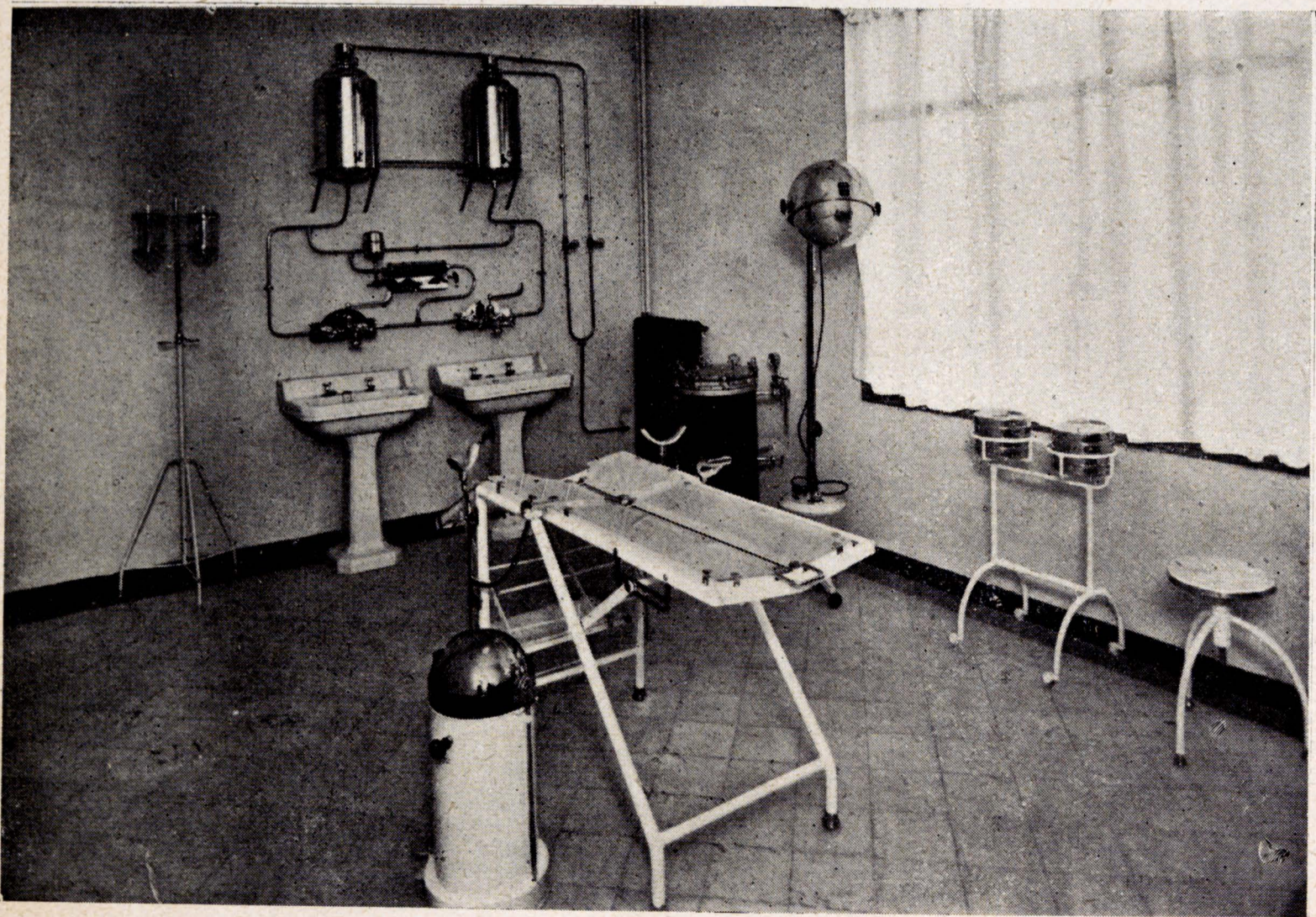
En las zonas reformadas han sido organizadas: parte de los dormitorios de colegiales, habilitada en planta superior; el comedor, con su «office» anejo; las salas de estancia del alumnado en sus



Altar mayor de la Capilla del Instituto de Córdoba, en el que se venera la bellísima Inmaculada de Duque Cornejo.



Fachada principal del Instituto de Enseñanza Media de Córdoba.



Sala de reconocimiento médico de los alumnos del Instituto de Córdoba.

asuetos, bajo techado; el salón de actos, con sus accesorios de escenario y cabina de proyección cinematográfica, y la sala de profesores.

Toda la construcción de nueva planta ha quedado organizada en torno a un gran patio, cuya ala sur ha sido edificada sólo, en altura de dos plantas, en beneficio de la luminosidad del mismo y de la amplitud de horizonte de las estancias, con vanos sobre el propio patio.

Se ha procurado que los nuevos locales guarden la debida armonía con los de la antigua organización que por su carácter sean merecedores de absoluto respeto. Como piezas destacadas, deben mencionarse separadamente, en el conjunto de ellas, el comedor, las salas de estar, de visitas y de profesores, las estancias residenciales de honor, el despacho de Dirección y el salón de actos.

El comedor, organizado entre dos jardines, constituye un espacioso local, con sus costados mayores diáfanos, casi en totalidad, y fraccionado en tres naves por dos andanadas de fustes; naves de las que la central es de gran anchura, y va techada con viguería fingida, de madera, con talla decorativa.

La sala de estar ha sido compuesta con aprovechamiento de la propia organización abovedada del antiguo edificio.

Quizás haya sido la obra más audaz, en el orden arquitectónico, que se ha construido en Córdoba en estos últimos tiempos la realizada en el comedor y en el cuarto de estar.

El salón de actos se ha organizado de modo que pueda ser utilizado como local de conferencias o como sala de espectáculos.

El Instituto cuenta con una instalación adecuada de todos los servicios: desde el de lavado, secado y planchado hasta el de cine con doble maquinaria.

Una instalación completa de servicios sanitarios, con los aparatos más modernos, funciona desde el primer día. Hay clínica dental, rayos X, lámpara de cuarzo y enfermería con todos sus servicios complementarios.

La capilla barroca, del siglo XVIII, la más artística de Córdoba, aparte de la Mezquita, monumento único, ha sufrido gran transfor-

mación, sobre todo en su instalación; se han puesto vidrieras artísticas con todos los misterios gozosos, más el glorioso de la Coronación de Nuestra Señora; sillería coral en los cruceros, bancos confesonarios; todo ello jugando con el púlpito, verdadera joya de carpintería; candelabros, sacras, copón, custodia, cáliz y todos los demás servicios de la iglesia han sido elaborados con metales preciosos.

El Instituto no tenía campo de deportes. Los jardines y Huerta del Alcázar han venido a satisfacer esta urgente necesidad. Su adquisición por el Ministerio de Educación Nacional no sólo librará a estos jardines de una indefectible y fatal destrucción, sino que los restituirá a su antiguo esplendor, para que los nacionales y extranjeros vuelvan a deleitarse con su belleza; en otro tiempo, deleite de gobernadores, de califas y de reyes. Además, en la inmensa huerta pueden instalarse toda clase de deportes, tan indispensables para el desarrollo corporal de la juventud: desde el tenis hasta la carrera hípica, pasando por el fútbol y baloncesto. Tienen una extensión superficial de 38.000 metros cuadrados, 2,38 pajas de agua, cuatro edificios, entre ellos uno magnífico, y más de 4.000 árboles de todas las clases: desde la higuera hasta el naranjo y el limonero. Tiene también derecho al aprovechamiento del agua del Guadalquivir y ha costado 760.575,90 pesetas.

DISCURSO DEL SR. IBAÑEZ MARTIN

En la inauguración del Instituto de Córdoba, el Ministro de Educación Nacional pronunció el siguiente discurso:

«Excmos. Sres.; señoras y señores: En los inciertos días, llenos a la vez de esperanzadoras ilusiones, del comienzo de nuestro Movimiento, el Caudillo de España y Generalísimo de los Ejércitos no sólo defendía la soberanía, la independencia y dignidad de la Patria para el exterior, sino que creó una consigna irrenunciable, que afectaba a todos los españoles de mente clara; había que reconcentrarse dentro de nuestras posibilidades y había que producir la vi-

gorización y entereza de los medios morales y materiales, para lograr el resurgimiento de una España mejor. Dos caminos señalaban claramente cómo se había de cumplir nuestro destino: uno, espiritual, que afectaba íntimamente a nuestras relaciones con Dios, y otro, camino material, que quería el aumento de nuestra riqueza y, como consecuencia lógica, repartir esta riqueza entre todos los españoles, dentro de las normas de justicia social cristiana, tan admirablemente propugnadas por la Iglesia en todo tiempo y singularmente en los luminosos escritos del Pontífice felizmente reinante.

Estamos en el primer camino, con la mente clara y con la firme seguridad y decisión de que estamos en la verdad. La cultura en España la hemos considerado como una gran empresa nacional que, por primera vez, ha conseguido ensamblarse con el sentido tradicional de nuestra labor científica. Esta empresa, para que haya podido tener realización, para que pueda tener un desenvolvimiento normal en el futuro, tiene que fundamentarse en tres criterios: honda raigambre católica, constante preocupación técnica y pedagógica y profundo sentido nacional. Nada puede hacerse fuera de aquel soporte de catolicidad, que ha dado a nuestra historia sus mejores y más gloriosas empresas: catolicidad profunda, pero con conocimiento; no sólo con fe, sino con el conocimiento seguro de la fe.

Por ello, el Ministerio de Educación Nacional camina desde el primer momento por esa senda clara, recogiendo las esencias más puras de la religión católica, y desde la primera enseñanza hasta el Consejo Superior de Investigaciones Científicas están iluminados por la fe.

Ya conocéis por la Prensa las terminantes afirmaciones hechas en el acto inaugural de los nuevos edificios del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, acto enaltecido y honrado por la presencia de nuestro invicto Caudillo, donde todas las primicias han sido ofrendadas a Dios Nuestro Señor en la magnífica capilla dedicada al Espíritu Santo, fuente purísima de inspiración en el campo de la cultura española. La enseñanza religiosa ilumina hoy la Universidad, la Enseñanza Media y la Escuela. La

Universidad, la Enseñanza Media profesional y la Primera Enseñanza se ocupan de conocer el alma. Por ello, desde el primer día, fué preocupación ardiente del Ministerio abrir los caminos pedagógicos, promulgando una legislación que dijera al mundo que en España se va por el mejor camino del saber. Un día aprobaron las Cortes la Ley de Enseñanza Universitaria, que constituye una verdadera revolución cultural y pedagógica; otro día es la Ley de Primera Enseñanza y otro la Ley de Protección Escolar, que ayudará a todos los españoles capaces de ir por el camino de los mejores, abriéndose paso con su talento, aun careciendo de medios económicos.

Sin este panorama religioso y técnico, toda esta gran tarea hubiera sido una labor deficiente y sin valor. Y hacía falta, además, que un sentido nacional caracterizase esta obra, que esta ambición se extendiera por todos los ámbitos de España. Así veis cómo un día fué Galicia, otro Asturias, otro Cataluña, Valencia y otras provincias de España las que van mereciendo la atención plena del Ministerio de Educación Nacional.

Y viniendo de lo general a lo particular, llegamos a Córdoba, donde nos encontramos hoy viviendo estas horas felices, de gozo, que tienen trascendencia local y nacional; trascendencia local, como ya ha explicado don José María Rey, que ha sabido hacer la historia de este Centro y de lo que ha sido y es esta casa. Tiene ya Córdoba un Centro de enseñanza comparable a los mejores de España y aun del extranjero. El Director del Instituto, Sr. García Conejero, os ha dicho en su discurso, palabra por palabra, cuanto se ha hecho en esta casa, en la transformación del Instituto, en la reforma y ampliación del Colegio de Nuestra Señora de la Asunción, y cómo se han recuperado los jardines y huertas del Alcázar para campo de deportes, y que este Ministerio sabrá restituir en su belleza artística.

Pero no es eso sólo, sino que la vida cultural de la nación se proyecta en Córdoba en hechos concretos, tales como la restauración del funcionamiento de la Escuela de Peritos Industriales, la adquisición de una casa para Conservatorio de Música, la restau-

ración de la casa adquirida para Museo Arqueológico, la ampliación y embellecimiento de los Museos de Pinturas y el de vuestro artista, Julio Romero de Torres. Además, Córdoba tendrá en breve Instituto y Normal femeninos; se mejorará la Facultad de Veterinaria, se incrementarán los recursos para la conservación del tesoro artístico que Córdoba encierra. Quiere decir esto que la vida española sigue nuevos caminos, que no hay inquietud que la ciudad de Córdoba sienta que no haya tenido repercusión en el Ministerio, no por la importancia de su Mezquita ni por la reliquia de sus ruinas de Medina Azahara, sino porque Córdoba es ya una ciudad maravillosa que merece los máximos esplendores.

No hay que pensar sólo en las dificultades que tenemos que afrontar después de una tremenda guerra; debemos de colaborar fervorosa y estrechamente con el Caudillo y con su Gobierno. Hay que pensar con la frente alta para vencer los obstáculos y lograr plenamente nuestra prosperidad interna y el prestigio exterior de esta España, que fué grande y que con nuestro esfuerzo volverá a serlo. ¡Arriba España! ¡Viva Franco!»

(Grandes aplausos acogieron las últimas palabras del Sr. Ibáñez Martín.)

EL NUEVO INSTITUTO DE CUENCA

El día 12 de noviembre, el Ministro de Educación Nacional inauguró otro nuevo Instituto Nacional de Enseñanza Media: el de Cuenca.

En cien años de vida docente no logró la enseñanza pública en Cuenca salir de un viejo caserón, que fué cedido por la fundación docente propietaria. En el nuevo edificio, verdaderamente original y adaptado al marco constructivo de las edificaciones de la capital, ha logrado el Arquitecto Sr. García Monsalve dar cabida a los servicios más completos que deben figurar en esta clase de centros.

Catorce espléndidas aulas, de sentido práctico a su numerosa

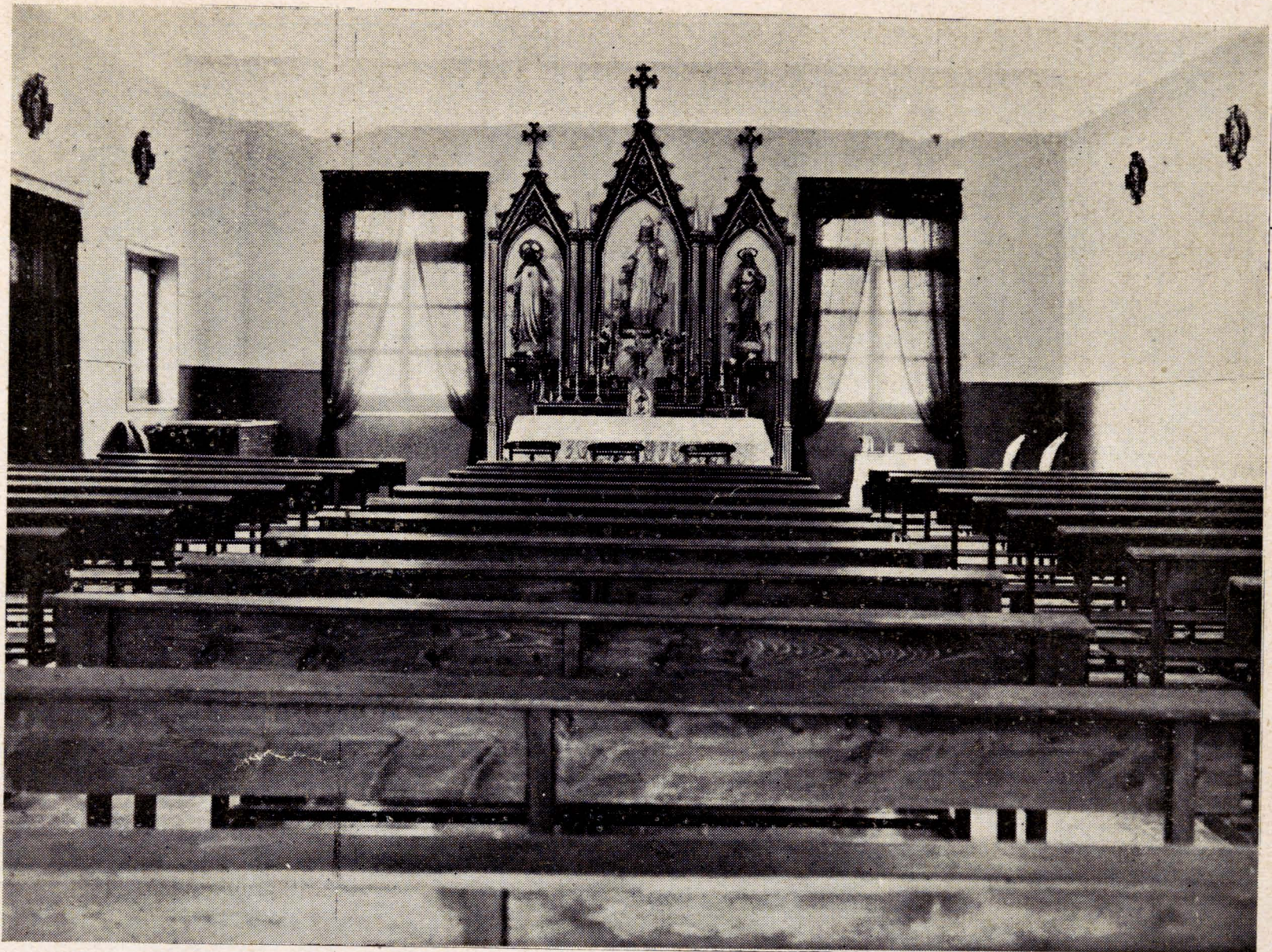
matrícula oficial, constituyen el servicio general docente. Complétase el Centro con los siguientes servicios especiales: un salón de estudio con cien mesas unipersonales, que, además de su labor específica, ha de tener la de Aula Magna, para exámenes libres y otros en que se precise un gran servicio en número de plazas, pues puede llegarse en él al acondicionamiento holgado de ciento cincuenta escolares en trabajo normal.

El Aula de Geografía e Historia dispone de todos los elementos docentes que requiere la moderna Metodología de esta enseñanza. Maperos y portátiles, aparato de proyecciones, incluso para cuerpos opacos; pantalla especial portátil y otros elementos verdaderamente originales. Sus amplias proporciones permiten dar en ella no sólo las clases normales, sino conferencias.

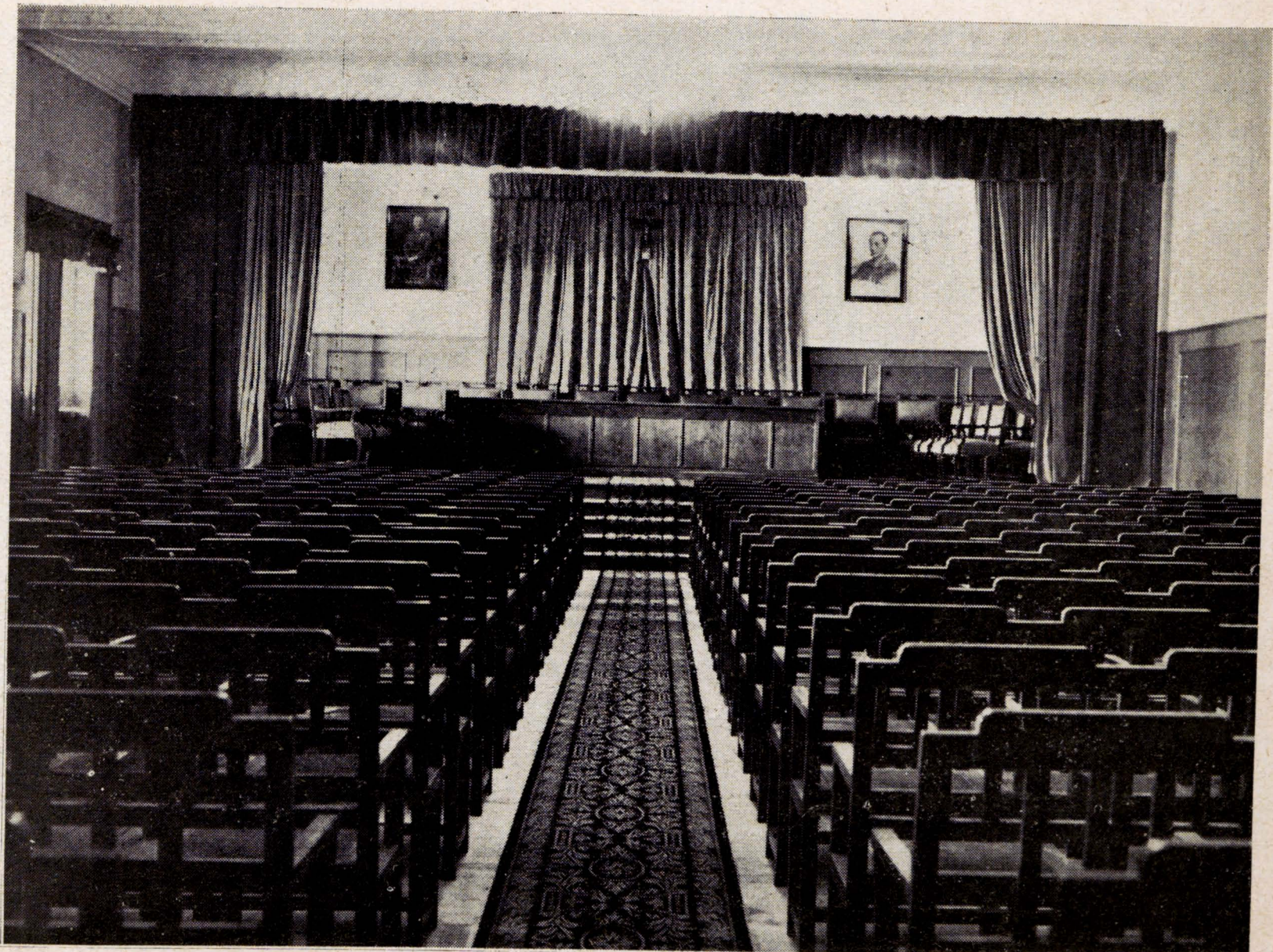
La instalación de la Sala de Dibujo se ha concebido como un verdadero estudio artístico, donde los modelos se hallan distribuídos sobre repisas y pies fácilmente transportables para su mejor situación.

La enseñanza de las Ciencias Naturales se halla servida con verdadera prodigalidad de elementos: Una clase amplia con pantalla central para proyecciones y cuatro pizarras cambiables a ambos lados. Aparato de proyecciones Scola; Gabinete de Historia Natural, que contiene dos mesas especiales, de cinco por dos, montadas en madera especial y mosaico blanco, en las que pueden trabajar juntamente cuarenta alumnos, con agua corriente, electricidad y aparatos productores de gas; doce metros de repisa, con silla americana, con cabida para treinta alumnos, en madera inatacable por ácidos, luz y corriente eléctrica individual y armarios y estanterías para reactivos e instrumental de disección, microscopios y elementos de observación en amplia escala; Gabinete de Historia Natural, de perfecta instalación, con vitrinas y armarios, en que aparecen completas colecciones de animales y minerales, poco comunes en esta clase de centros.

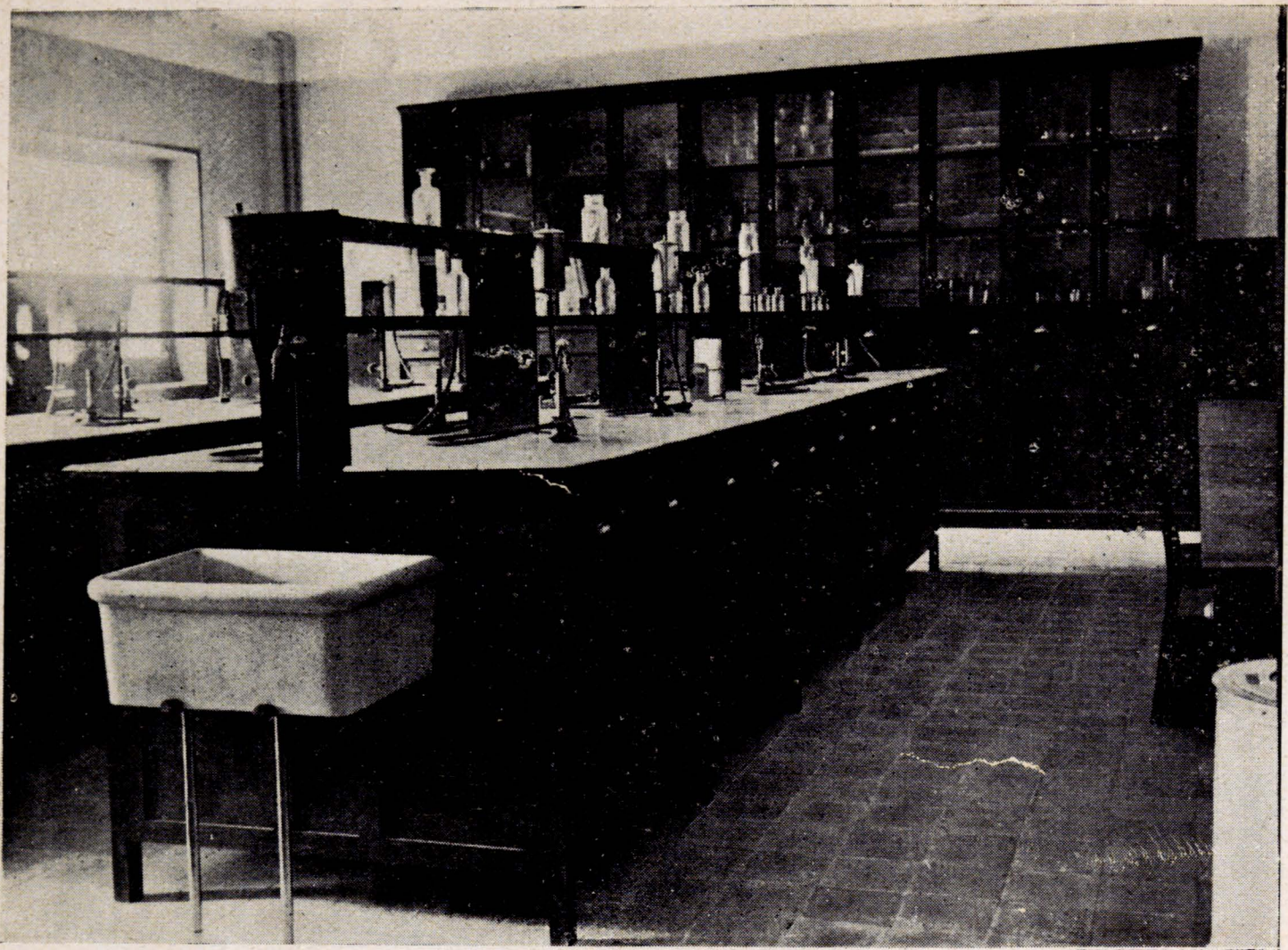
En igualdad de circunstancias se han de desenvolver las enseñanzas de la Física y la Química, pues sus servicios son análogos a los anteriores y especialmente instalados, sin que falten desde las



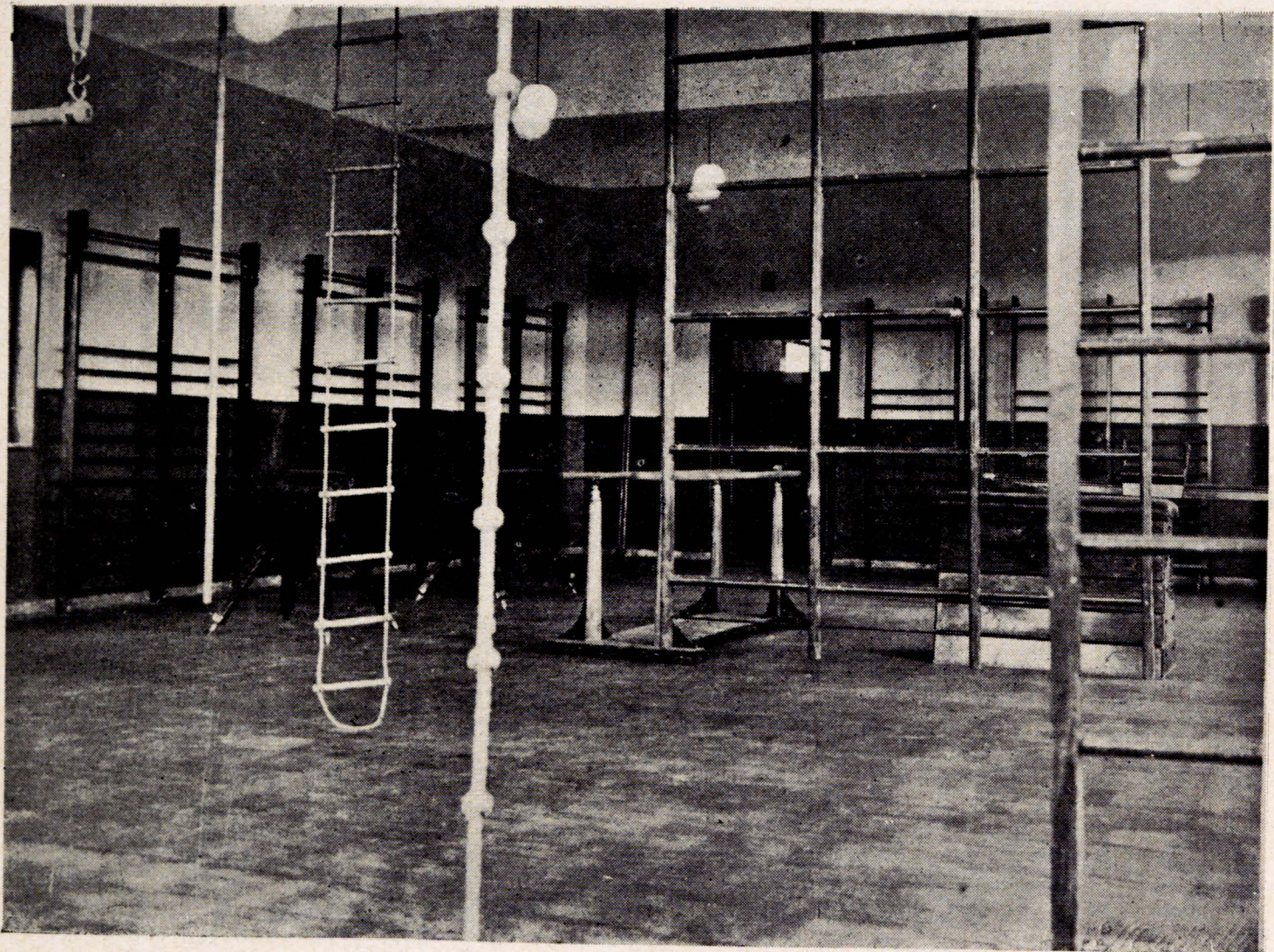
La Capilla del Instituto de Cuenca.



El salón de actos del Instituto de Cuenca.



El laboratorio de Ciencias Naturales del Instituto de Cuenca.



Vista del magnífico Gimnasio del Instituto de Cuenca.

balanzas de precisión y raros aparatos de medidas hasta la cámara de gases, aparato de proyecciones y gran cantidad de material.

Sala de juegos para premiar la aplicación del alumnado. Sala para las Enseñanzas del Hogar, con instalaciones a propósito a su cometido. Un gimnasio con suelo de corcho completo, de veinte metros de longitud por doce de anchura, en el que penden de su techo todos los elementos que figuran en las mejores salas de esta clase, y un gabinete médico, complementario para medidas y servicios de socorro. Una capilla, de análogas proporciones al anterior, con elementos ornamentales de estilo gótico y bancos suficientes para ciento veinte alumnos. Un salón de actos capaz para trescientos cincuenta alumnos, con sillones tapizados, escenario, cine sonoro y piano, perfectamente decorado.

El Internado-Residencia, capaz para cuarenta alumnos y ocho profesores; éstos, con habitaciones individuales y confortables, y aquéllas, para cuatro alumnos, con equipos individuales completos, servicios de cocina, comedor, baños, duchas y otros elementos y, por último, viviendas para el Director del Centro, Secretario y Conserje.

Un espléndido patio descubierto separa los servicios del Instituto de la Escuela de Trabajo, todavía sin instalar. El patio se halla circundado por un claustro encristalado y una hermosa terraza. Además, el Instituto cuenta con un campo anejo, en que serán instalados trinquete, campo de baloncesto, tenis y fútbol.

Se halla enclavado el Instituto en la zona escolar en que se halla la Escuela Normal del Magisterio, que se reconstruirá y que piensa inaugurarse el año próximo, con lo que quedará resuelto el problema escolar de la capital con todos los servicios que exigen las leyes vigentes de Enseñanza Primaria y Media, incluidas las residencias.

DISCURSO DEL MINISTRO

En el solemne acto de la inauguración, el Ministro de Educación Nacional pronunció el siguiente discurso :

«Excmo. y Rvdmo. Sr.; dignísimas Autoridades; señoras y señores :

Ha permitido la providencia de Dios que en el año 1942 se pusiera la primera piedra de este magno edificio, que se inaugura exactamente a los cuatro años de haber comenzado sus obras. El hecho en sí podría tener importancia, y quizás importancia trascendental, como muy acertadamente decía el Director del Centro, para la ciudad de Cuenca, pero este hecho es algo más : significa la continuidad de una obra que tiene para cada mes del año un afán y el cumplimiento de un servicio.

Quiero panorámicamente ante vosotros recordar tan sólo lo que el Ministerio de Educación Nacional, en lo que podríamos llamar grandes obras, ha realizado en el curso actual.

Hace pocos días, con igual solemnidad que en Cuenca, inauguraba yo la ampliación del Instituto de Córdoba y del Real Colegio de la Asunción; pocos días antes, con la presencia egregia del Jefe del Estado, dieciséis edificios del Consejo Superior de Investigaciones Científicas se incorporaban a esta ruta llena de luz, de esperanzada ilusión de una Patria mejor, en la cumbre de la ciencia española al mejor servicio de la investigación. No hacía mucho tiempo que en Santiago de Galicia, la ciudad más bella, la que conserva mejor el perfume de nuestras ciudades medievales y modernas, inauguraba también el Instituto de Estudios Gallegos, que era una de las más nobles aspiraciones de la cultura de aquella región. Pocos días después era Vigo, avanzada en el Atlántico, la que inauguraba un Instituto y consolidaba una Escuela de Comercio y una Escuela de Trabajo. Dos meses antes, la maravillosa ciudad del Betis abría sus puertas y llenaba su alma de lo mejor de su espíritu para celebrar las fiestas centenarias de uno de los artífices geniales de nuestra lengua, de Nebrija, y era en Sevilla donde se inauguraban

un Museo de Pintura, un Museo Arqueológico, un Instituto Anatómico y una Biblioteca universitaria, y en sus proximidades, en Lebrija, un Grupo escolar que es modelo de todas las escuelas de España. No hace mucho tiempo que análoga inauguración se celebraba, con la presencia del Caudillo, en el Instituto de Cartagena.

Y éste es, escasamente, en lo fundamental, el balance de un año.

¿Qué ha pasado en España? Ha pasado algo muy grande. Nuestra guerra, que fué el holocausto de los mejores para la salvación de la Patria, ha significado en nuestra historia una fecha trascendental: antes y después del 18 de julio de 1936. España resurge, en lo espiritual, primero, porque sin el soporte espiritual, todo lo demás es vano; en el orden material, después. Y después de que nuestro glorioso Ejército, constituido por España entera, nos da una victoria, pero una victoria que, en definitiva, nada hubiera sido, si no hubiera sido continuada por el esfuerzo callado, continuo, generoso, de todos los españoles en la brecha necesaria para seguir ganando cada día batallas reales, triunfos materiales y espirituales, que hagan a España cada vez una Patria mejor.

Y así, esta fecha gloriosa de 1936, y luego la terminación de la guerra, significa para los españoles una nueva etapa, una nueva etapa que dirige un Caudillo providencial, que traza, desde las alturas de su inteligencia prócer, las grandes líneas de la batalla de la paz, de esta batalla de la paz maravillosa, extraordinaria, en la que ningún español puede faltar, porque ha sido la movilización de todas las almas españolas, de todos los ciudadanos españoles. Y de ese gran plan, de esa gran empresa que va a transformar la Patria, una gran parte, quizá la esencial, la vital, y no porque a nosotros nos corresponda su conducción y guía, sino porque esencialmente así lo es, es la que afectaba al orden del espíritu, y después del esfuerzo extraordinario de la Iglesia, tiene que venir el esfuerzo extraordinario de la cultura.

Esta empresa total hubiera sido baldía sin ese supuesto necesario del desarrollo del espíritu, sin el fomento de nuestra espiritualidad, sin el soporte de una cultura que diera aliento al alma española. Pero también sería pretencioso y vano que quisiera el Mi-

nistro de Educación Nacional deciros que sólo la parte que a él corresponde fuera trascendental en esa gran tarea de hacer renacer a España en todos los aspectos. Somos un aspecto de la obra del Régimen, dirigida e inspirada por el Caudillo; obra que abarca la justicia social, que se refiere a la impulsión de la agricultura, a la mejora de nuestra industria, a hacer y rehacer cada día grandes obras públicas, a la mejora de nuestra defensa nacional, a la defensa cotidiana, casi por minutos y casi por segundos, de la dignidad y la soberanía de España.

Pero esto, en nuestro aspecto, necesitaba también el empuje decisivo de un alma entregada a esta misión, y esta alma entregada ha de ser la constituída por todos los educadores de España que sepan cumplir con sus rigurosos deberes.

Si yo tuviera que caracterizar con algunos distintivos esta gran empresa nacional, diría que toda ella, acaudillada por Franco, se caracteriza por su seriedad, por su firmeza, por su eficacia. Por su seriedad, porque España entera es acogida en el plan grandioso con que el Régimen trabaja todos los días por la transformación de España. No es, hablando concretamente en el aspecto que a mí me incumbe, una obra que afecte a una sola ciudad o a una sola enseñanza, en este caso la Enseñanza Media. Es una obra que afecta a todos los grados de la enseñanza y que acoge por completo a todas las ciudades españolas, como habéis visto por la enumeración que acabo de hacer. Seriedad, porque con decisión, este trabajo está inspirado en un sentido de servicio, porque no se regatea sacrificio ninguno para llegar a los últimos rincones de España, espolear el alma de los españoles, para unirlos y vincularlos en esta gran empresa que tiene que ser obra de todos, o sería baldío el esfuerzo de todos.

Pero, además, esta obra ejemplar se caracteriza por su firmeza, porque un día y otro día, sin temor a la crítica negativa del interior de los inconscientes que en pocos años quisieran ver transformada la España abandonada más de un siglo, sin temor tampoco a la difamación que, siguiendo la lamentable tradición, viene de

fuera, el Gobierno trabaja con firmeza, con la ilusión de que hace una obra para el porvenir, con la ilusión de que trabaja por las generaciones actuales y venideras.

Pero, además, sería torpe negarlo, con todas las equivocaciones que puede tener una obra de gobierno, se caracteriza esta gran empresa por su eficacia. Y ved cómo son un día las aguas que riegan superficies extensas de los terrenos abandonados de España, y ved esotro cómo surgen casas magníficas para instalar a las clases más necesitadas españolas, y ved esotro una justicia social que se extiende a todo el mundo laboral, y ved cómo la enseñanza llega a todos los rincones de España y no hay inquietud en los lugares de más de quinientos habitantes sin su servicio, sin los servicios necesarios para la transformación de España.

Todo esto, como os decía antes, está inspirado en aquellos tres grandes postulados que el Caudillo en un día del amanecer del Régimen dijo: «Espíritu de servicio, intensidad en el sacrificio y, sobre todo, un profundo sentido de hermandad.»

El Régimen no suprimió los partidos políticos por el capricho de dejar de ver a los españoles luchando en el campo de las ideas políticas, no. Sino porque el Régimen quiso que España constituyese una gran hermandad, una gran hermandad con raíz cristiana, una hermandad con vida cristiana, una gran hermandad con la ambición que todo cristiano tiene de salvar, primero, su alma y ser, después, ciudadano ejemplar al servicio de la Patria.

No penséis, señoras y señores, que esta inmensa tarea podía hacerla sólo un Gobierno, ni siquiera un Caudillo tan egregio y eficaz como el nuestro, porque para ella se precisa la entera colaboración de todos los españoles.

Y si mis palabras no os bastaran, bastarían los ecos de las radios internacionales, de donde viene la amenaza a nuestra integridad, a nuestra soberanía, a nuestra dignidad e independencia, de donde viene esa torpe preocupación porque en la Península hispánica haya un núcleo ardientemente católico, orgulloso de su fe y de su tradición, que quiere, ante todo, después de salvar a España, contribuir a la salvación de la Europa occidental y cristiana.

Y eso es bastante para que advirtáis la necesidad del esfuerzo común, de lo que pudiéramos llamar heroísmo cotidiano. No puede haber ningún español que no se sienta feliz y tranquilo en conciencia, de ejercitar dentro de la Patria aquel lugar que Dios le haya dado, y no hay actividad, por modesta que sea, que no sea noble y levantada. El conjunto de una nación es la suma del esfuerzo de todos sus ciudadanos. Y éste no es un heroísmo brillante como el del que ofrece su vida, que es lo más que puede ofrecer, sino un heroísmo callado, silencioso, pero imprescindible, si se quiere que un país sea vigoroso y fuerte.

Por eso, la enseñanza tiene altísima misión, como decía el Director del Centro con palabras elocuentísimas. Hay que llegar a las almas de todos los españoles, llenándolas cada vez más profundamente con un sentido emocionadamente cristiano y con un sentido del deber de carácter patriótico. Cuando lo logremos, los españoles, sin ponernos de acuerdo, lo estaremos; cuando pensemos en los grandes problemas, nuestras mentes estarán de acuerdo en sus soluciones; cuando pensemos en que un sacrificio ha de unir nuestras almas, nos encontraremos con que la realidad de la vida de España está alcanzada, y sentiremos el orgullo de haber iluminado nuestras almas a su vez con la doctrina y el ejemplo de los mejores.

Por eso, señoras y señores que me escucháis, yo os digo que en la meditación que cumple a esta hora de la inauguración solemne de este Instituto y Escuela de Trabajo, corresponde que nosotros saquemos la conclusión de que, para que España sea grande, ha de serlo por el esfuerzo de todos, y que el esfuerzo de todos conducirá realmente a que, lo mismo en el orden práctico que en el orden teórico, España haya encontrado su alma, y que su cuerpo sea digno del alma con que se viste en estos momentos solemnes y emocionantes.

Y cuantos más gritos oigáis desde fuera sobre lo que significa nuestra Patria, eso indicará el valor espiritual extraordinario de nuestro pueblo. A España no se la teme por el poder de sus armas, ni por su peligrosidad, ni por sus ansias de expansión, sino por su

vigor espiritual; porque es un pueblo insobornable en el orden espiritual y cumplirá inexorablemente los fines para que Dios lo creó: para darle a El mayor honor y gloria y después para que todos los españoles, unidos con un santo signo de hermandad, trabajemos cada día con más ahinco por la prosperidad de una España grande. ¡Arriba España! ¡Viva Franco!»

(Una gran ovación acogió las palabras finales del Ministro.)

ESTEBAN TERRADAS EN LA ACADEMIA ESPAÑOLA

PERFIL HUMANO Y CIENTÍFICO
DE UN ESPAÑOL EJEMPLAR

EL ingreso de Esteban Terradas en la Real Academia Española ha tenido importancia de acontecimiento doble : científico y literario. No tiene su figura un perfil único, ni su actividad se polariza en una sola dirección, ni la curiosidad de su pensamiento es limitada. «Nada humano me es ajeno», podría él decir, al modo clásico. Problemas distintos —cada uno de por sí consumiría el trabajo de otro hombre— son enfocados por él con el mismo ánimo resuelto, con el mismo espíritu de infatigable y alta curiosidad. Su cultura es humanística, como la de aquellos hombres del Renacimiento que se sentían llamados por todas las voces del gran árbol de la ciencia. La obra de Terradas está llena de jugos vitales, de apetencias humanas, de vigorosas palpitaciones. No es la ciencia yerta, ni el impasible trabajo de laboratorio, sino el esfuerzo, en íntima y apretada consonancia con el ritmo del mundo. «Como aquellos grandes humanistas antiguos —ha dicho Gregorio Marañón, en su respuesta al discurso del nuevo académico—, Terradas va y viene de una parte a otra, dondequiera que haya cosas que ver y que estudiar, y mientras viaja, como Erasmo, repasa en la mente la labor recién hecha y planea la futura; sólo que, en lu-

gar de caminar sobre una mula, salta de Europa a América en avión, y en lugar de platicar, en torno de un infolio, con dos amigos, planea, rodeado de delineantes, ferrocarriles y aeropuertos, dirige Sociedades, perfora cordilleras y da lecciones en cuanto encuentra a alguien que quiere aprender.»

La presencia de Esteban Terradas en la Academia Española equivale a la presencia de la técnica y su lenguaje. Frecuentemente, la Academia ha incorporado a sus tareas a hombres de ciencia, apartados de la labor puramente creadora. En el siglo XVIII son muchos, en este sentido, los nombres destacados que se unen en el seno académico al núcleo de poetas y escritores. Más tarde se apaga y amortigua, en cuanto a su lazo con la Academia, aquella noble pasión científica, que resurge ya en nuestro siglo, con los días en que don Antonio Maura rige la Corporación. Ahora, plenamente reanudada la vida académica, se insiste en esta línea de trabajo y en esta decisión de que en la labor del Centro cooperen figuras de distintos sectores de la ciencia y la técnica. Ciertamente el lenguaje, en su depuración y en su fijación, es obra principalmente de escritores. Pero se nutre de la misma vida, y en él influye todo: el mar, la ciencia, el deporte... Todo, con mayor o menor intensidad, contribuye al fortalecimiento del idioma, a su riqueza y su vitalidad. La ciencia camina hoy con paso presuroso, con vigor y amplitud nunca alcanzados antes, y desde este punto de vista es necesario que los técnicos se unan a los poetas, a los novelistas, a los comediógrafos, a los filólogos, a los críticos, en la gran obra común de limpiar, fijar y dar esplendor al lenguaje de España.

Nuestra nación trabaja hoy intensamente para la creación de una ciencia con acento propio. Cuando ésta se haya logrado se habrá logrado también, al mismo tiempo, una terminología científica propia. Hasta que este momento llegue hemos de servirnos de las palabras que del extranjero nos vengan unidas al progreso científico. El mismo Terradas lo ha dicho ahora, en su discurso de ingreso: «Mientras nuestra raza no se coloque a vanguardia, transformando las riquezas del suelo, trabajando obsesionalmente en laboratorios, fábricas, talleres, astilleros; inventando nuevos ele-

mentos de transporte, enunciando nuevas leyes físicas o descubriendo fenómenos nuevos, iremos necesariamente a la zaga, y nuestra tarea, en punto a tecnología, consistirá sensiblemente en adaptar del mejor modo las palabras extranjeras.»

Este es el sentido de la incorporación de Esteban Terradas a la Academia Española. En Terradas tiene la España contemporánea uno de sus nombres mejores y uno de sus más legítimos prestigios. Sorprenden la actividad y la curiosidad inagotables de su gran inteligencia. Doctor en Ciencias Exactas y Físicas, Ingeniero de Caminos, Ingeniero Industrial... Ha explicado distintas disciplinas científicas en aulas universitarias de Barcelona, de Zaragoza, de Buenos Aires, de la Plata, de Montevideo. Ha dado por todo el mundo cursos especiales sobre las más nuevas materias y los más recientes puntos de vista. Director de la Compañía Telefónica, director del Metropolitano barcelonés, director del Instituto de Electricidad y Mecánica Aplicadas... Su nombre se une a muchas grandes empresas de la industria nacional y a muchos de los planes que están renovando audazmente el horizonte de la vida española. Ahora, ante la Academia, Esteban Terradas ha dado una nueva muestra de su poderosa capacidad de trabajo. Su discurso—«Neologismos, arcaísmos y sinónimos en plática de ingenieros»—es todo un libro, una pieza magistral de aportación científica al lenguaje. La erudición de la obra, su abundancia de materiales, su claridad y su método expositivos, son sencillamente admirables.

Esteban Terradas es, a la vez que un excepcional hombre de ciencia, un español ejemplar. Su tarea abunda en capítulos del más noble empeño patriótico. Ahora, en este discurso suyo de la Academia, su palabra se ha teñido de emoción española. «¡Oh nación española—ha dicho—, desventurada y digna de mejor suerte! Capaz de sacrificios por el bien ajeno, origen de riquezas extrañas que labran tu propio infortunio, calumniada por todos. Ejemplo de nobleza y fidelidad a riguroso deberes; gloriosa cuando hallabas en ti sola el impulso generador de inmortales proezas y consumías en tu suelo tus propias energías, renovadas, como la fuerza de Anteo, al contacto de la madre tierra. ¡Tierra española, inmortal en

tu obra colonizadora, madre augusta de naciones libres, desfacedora de entuertos, como tu héroe literario; arrogante como el Cid y sufrida como tus santos y tus mártires! Que Dios te conceda don de acierto, alegría en el trabajo, confianza en ti misma, deseo de perfección, actividad en el comercio, habilidad en la industria. Y hallarás en el propio esfuerzo el aliciente de mayor ventura y la anhelada prosperidad que engendra a su vez la certeza del éxito. Quedan, por ventura, en tu subsuelo tesoros de materias primas; queda, seguramente, en tu albedrío la firme voluntad de triunfar. ¡Que Dios te conceda el don de aunar esfuerzos y organizar colectividades inteligentes; que los esfuerzos de todos tengan la misma dirección y sentido para lograr idéntico propósito: el mayor prestigio de España!»

Así ha hablado ahora, al tomar posesión de su puesto de académico, Esteban Terradas; así ha hablado, con este lenguaje de esperanza, de amor y de unidad, este español extraordinario, que es, ante el mundo, uno de los mejores exponentes de la vitalidad científica que palpita en nuestra Patria.

AUGE Y TAREA DE LAS ESCUELAS INDUSTRIALES

DURANTE el reinado de Carlos III, y bajo los auspicios del citado Monarca, se crea en Madrid el Gabinete de Máquinas del Buen Retiro, exposición de instrumentos y aparatos realizada con fines culturales. Mas demostrada la inutilidad de la misma, en tanto no fuera acompañada de las necesarias explicaciones acerca del funcionamiento y manejo de los aparatos, útiles y máquinas que figuraban en ella, no transcurrió mucho tiempo sin que se crearan distintas cátedras adscritas a dicho Gabinete, cuya misión específica era proporcionar enseñanzas a las clases artesanas. Puede decirse que en este hecho tenemos el origen de la enseñanza técnico-industrial en nuestra Patria.

Sin embargo, hasta la creación de estos estudios con carácter oficial transcurren todavía algunos lustros, y es por Real Decreto de 7 de septiembre de 1850 que se establecen en España algunos centros denominados «Escuelas de enseñanza industrial»; escuelas que posteriormente, en 20 de mayo de 1855, se dividen en Superiores y Elementales. Más tarde se cambia su nombre por el de «Escuelas de Artes e Industrias», divididas también en Superiores y Elementales, y en 17 de agosto de 1901 pasan las primeras a denominarse «Escuelas Superiores de Industrias».

En 16 de diciembre de 1910 sufren otro cambio en su nomenclatura, recibiendo el nombre de «Escuelas Industriales», título que perdura hasta que, durante el Gobierno del General Primo de Rivera, y al trasladarlas al Ministerio del Trabajo, se les adjudica el nombre de «Escuelas de Trabajo», con sus dos variedades de Superiores y Elementales. Con esta denominación continuaron al reintegrarse nuevamente al Ministerio de Instrucción Pública, más tarde de Educación Nacional; hasta que, en fecha reciente, se designó a las Escuelas Superiores de Trabajo con el título de «Escuelas de Peritos Industriales», continuando las Elementales con el que anteriormente tenían.

Y dicho este ligero bosquejo histórico, tratemos ahora del proceso de formación, evolución y progreso de las Escuelas Industriales (hoy de Peritos Industriales).

Antiguamente, siempre fueron difíciles los períodos formativos de organismos culturales, y no fué el menos grave de los problemas que se presentaron en este período el de la forma en que se reclutaba y nombraba el personal docente; así, en los primeros años y junto a verdaderos aciertos en la elección de personas perfectamente capacitadas para la difícil misión del profesorado, se acusan numerosos nombramientos de personal no idóneo, debidos al favoritismo político. Período es éste al que no pudieron sustraerse, en su mayoría, todos los establecimientos docentes de formación antigua, si bien hay que señalar el que quizá fué de mayor duración en estos centros de enseñanza media, últimos reductos que conservó el caciquismo en el campo docente para operar a sus anchas. Limpio ya, hace algunos años, de pasadas corruptelas, puede señalarse que ha sido el Excmo. Sr. D. José Ibáñez Martín quien ha dispuesto que el único procedimiento de acceso al profesorado de Escuelas Industriales sea el de oposición libre, al igual que ocurre en todos los centros docentes dependientes del Ministerio de Educación Nacional.

La notable mejora en la selección del profesorado (recientemente se han cubierto por oposición numerosas cátedras y se hallan anunciadas a oposición casi todas las vacantes que quedan

por cubrir); la implantación de un plan de estudios meditado y previamente ensayado en las Escuelas de Madrid, Tarrasa y Gijón; la nueva modalidad, creemos que única en España, relativa a la constitución de los Tribunales para juzgar los ejercicios de reválida, dentro de los cuales, y junto con profesores de cada especialidad, figuran destacados técnicos de la industria nacional, cuya presencia no cabe duda que constituye un poderoso acicate para la labor del profesorado, han comenzado a dar sus frutos, que no dudamos habrán de ser óptimos en un futuro próximo.

Desde principios del siglo, y debido a una más depurada selección, se hace notar ya una mejora sensible en el nivel de su profesorado, y son varios los casos de titulares de sus cátedras que más tarde alcanzan puestos destacados dentro del profesorado universitario o de Escuelas de Ingenieros, produciendo con su paso por las Escuelas de Peritos, a las que prestigiaron con su labor, un afán de emulación, un espíritu de superación, en los que quedan empeñados noblemente en sostener el rango a que sus antiguos compañeros elevaron las enseñanzas de los distintos peritajes industriales. Los nombres de los profesores universitarios doctores Fernández Baños (q. e. p. d.), Rius Miró e Ipiéns, junto al del Ingeniero y Profesor de la Escuela Central de Ingenieros Industriales don Manuel Lucini, merecerán siempre ser recordados entre justas alabanzas y profundo reconocimiento por cuantos forman parte del profesorado de Escuelas Industriales.

Tampoco desdeñan acudir a colaborar en las cátedras del peritaje industrial, con su valiosa aportación, directores técnicos de diversas industrias nacionales, que unen a sus vastos conocimientos técnico-científicos el valor inapreciable de «vivir» la industria, factor quizá el más importante en la eficacia de la labor a realizar en cátedra, laboratorios y talleres.

No es de extrañar, pues, que durante el transcurso de los últimos treinta años se haya operado una radical transformación, no sólo en la orientación dada a los estudios que nos ocupan, sino, sobre todo, en el nivel alcanzado por los mismos.

La labor de su profesorado ya no se reduce tan sólo a las ex-

plicaciones en cátedra y dirección de los trabajos prácticos, convencido de que, aparte esta misión, su prestigio se cimenta también con sus publicaciones. Y así vemos cómo las enseñanzas de Peritaje Industrial van enriqueciéndose con literatura científica y técnica propia. Muestra de ello son los recientes tratados de *Termotecnia*, del profesor Claver Salas, y de *Ampliación de Matemáticas*, del profesor Marín Tejerizo —este último en colaboración con el catedrático de la Universidad Central Dr. Navarro Borrás—; publicaciones que vienen a sumarse a las muy conocidas de *Electrotecnia*, del profesor Alsina; *Química de colorantes*, del profesor Riquelme; *Mecánica aplicada*, del profesor Rubio, y los distintos tratados de *Filatura y tisaje*, del profesor Blaxart, por no citar otras.

Si a lo dicho unimos la honda preocupación que hoy siente el Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional, eficazmente auxiliado en su labor por el Director general de Enseñanza Profesional y Técnica, Ilmo. Sr. D. Ramón Ferreiro, por dotar como es debido estas importantísimas enseñanzas, no reparando en dedicar, dentro de sus posibilidades, crecientes sumas destinadas a nuevas construcciones de Escuelas, material de talleres y laboratorios y cuanto precise, en fin, para que vivan con el mayor decoro y alcancen su máximo desarrollo y eficacia, no es difícil predecir que el ya halagüeño presente de las Escuelas de Peritos Industriales no es más que el alborear de su brillante y fecundo porvenir.

GERARDO GAVILANES.

LA UNIVERSIDAD DE SUECIA
IDIOMA ESPAÑOL

VENTANA AL MUNDO

VENTANA
AL MUNDO

LA UNIVERSIDAD DE SUECIA y el IDIOMA ESPAÑOL

SUECIA tiene dos Universidades del Estado: la de Upsala y la de Lund. La primera fué fundada en 1477 por el Arzobispo Jacobo Ulfasson, bajo el reinado de Sten Sture el Mayor; pero hasta los tiempos de Gustavo Adolfo II no obtuvo una organización más firme, y fué objeto de un desarrollo más intenso. La Universidad de Lund fué fundada en 1668 por el Gobierno de Regencia de Carlos XI, habiendo estado abierta desde entonces, con excepción de un breve período —de 1676 a 1682— durante las guerras que sostuvo dicho Rey. Además existe en Estocolmo una Facultad de Medicina del Estado, el Instituto Carolino («Karolinska Institutet»), fundada en el año 1813. Las dos Universidades del Estado tienen cuatro Facultades cada una: de Teología, Jurisprudencia, Medicina y Filosofía. Las Facultades de Filosofía están subdivididas en una sección («sektion») de ciencias filosóficas y una de matemáticas y ciencias naturales.

Además de las del Estado existen dos Universidades municipales, una en Estocolmo («Stockholms hogskola») y otra en Gotemburgo («Goteborghogskola»). La primera, fundada en 1876, tiene una sección de Facultad («sektion») completa de Matemáticas y Ciencias naturales, una Facultad completa de Derecho y Ciencias Políticas y

una sección incompleta de ciencias filosóficas. La Universidad de Gotemburgo, fundada en 1891, sólo tiene una sección de Humanidades. Las dos Universidades municipales, al igual que las del Estado, tienen derecho a celebrar exámenes y a conferir el grado de doctor.

Las Universidades del Estado y el Instituto Carolino están bajo la dirección del canciller de las Universidades («Universitetskanslern»), que también ejerce la supervisión sobre las dos Universidades municipales. Eligen a este canciller las Universidades y el Instituto Garolino, confirmando la designación el Gobierno. El Arzobispo de Upsala y el Obispo de Lund son sus representantes locales, en calidad de «procancilleres» («prokansler»). Este cargo desaparecerá, sin embargo, con sus actuales titulares.

Al frente de cada Universidad está un Rector Magnificus, elegido entre los catedráticos (profesores universitarios). Le asiste una Asamblea, compuesta de todos los catedráticos («Akademiska församlingen») y los Consistorios académicos, uno más amplio y otro más reducido, ambos formados por un número determinado de catedráticos. Además de los catedráticos hay en las Universidades profesores adjuntos («docenter»), encargados de los laboratorios, lectores extranjeros para la enseñanza de idiomas y otros profesores.

El año académico se compone de un semestre de primavera y uno de otoño.

En las Universidades de Upsala y Lund los estudiantes están obligados a ingresar en una de las Corporaciones estudiantiles regionales, las llamadas «naciones». En las Universidades del Estado la enseñanza pública es gratuita. En cambio, hay que satisfacer cuotas para participar en cursos privados. En las Universidades municipales se perciben cuotas, que no pasan de 300 coronas anuales. Muchos estudiantes faltos de medios reciben subsidios por medio de becas, tanto del Estado como particulares.

En todas las Facultades puede pasarse el «examen de candidato» («kandidatexamen») y la licenciatura después de haber aprobado un determinado número de disciplinas, siendo individual la du-

ración de los estudios. La licenciatura es una prueba científica superior, aprobada la cual puede obtenerse el grado de doctor redactando y defendiendo públicamente una tesis. Para los futuros profesores de las escuelas de segunda enseñanza existe un examen oficial especial («filosofisk ambetsexamen»), que da el título de «maestro en Filosofía» («filosofie magister»).

Para la instrucción científica y científico-técnica en terrenos especiales existen establecimientos de enseñanza superior de diversa índole, como la Real Universidad Técnica de Estocolmo (que puede otorgar el grado de doctor en Ciencias técnicas) y la Universidad Técnica Chalmers, de Gotemburgo. La primera tuvo su origen en el «Laboratorium Mechanicum», creado en 1697 por el inventor Polhem. Después de haber sufrido varias transformaciones, recibió su nombre actual en 1877. La Universidad Técnica Chalmers data de 1829, pero hasta 1937 no fué elevada a la categoría universitaria.

NUMERO DE ESTUDIANTES EN LAS UNIVERSIDADES Y ESCUELAS
SUPERIORES SUECAS EN 1943

CENTROS DOCENTES	Fundado en	ESTUDIANTES	
		Totales	Femeninos
Universidad de Upsala	1477	2.561	737
Universidad de Lund	1668	2.468	684
Instituto Carolino	1813	960	161
Universidad de Estocolmo	1877	2.010	641
Universidad de Gotemburgo	1891	516	166
Real Universidad Técnica	1877	1.787	21
Universidad Técnica Chalmers	1937	730	12
Escuela Superior de Veterinaria	1867	152	4
Instituto de Odontología	1898	480	188
Instituto Farmacéutico	1901	195	91
Escuela Superior de Agricultura	1848	130	3
Escuela Forestal Superior	1828	88	—
Escuela de Altos Estudios Mercantiles de Es- tocolmo	1909	634	29
Escuela de Altos Estudios Mercantiles de Go- temburgo	1923	287	13
Escuela Superior de Bellas Artes	1777	133	28
Escuela Superior de Música	1867	199	50
Instituto Central de Gimnasia	1813	79	38
<i>Totales</i>		13.431	2.876

ESTUDIOS DE LOS EXTRANJEROS EN SUECIA

Los ciudadanos extranjeros que tengan el grado de bachiller pueden obtener autorización para estudiar en una Universidad sueca en las mismas condiciones que los estudiantes nacionales, necesitando además un permiso especial para ser examinados. Para el fomento de las relaciones culturales internacionales hay numerosas becas de intercambio, cuya concesión requiere la de una beca semejante de otro país. Existen becas de esta índole para estudiantes de los países nórdicos, Alemania, Inglaterra, Francia, Italia y Hungría.

EL ESTUDIO DEL ESPAÑOL EN SUECIA

El español se enseña actualmente en cinco colegios de segunda enseñanza, todos ellos particulares, subvencionados por el Estado. Cuatro de éstos son colegios de niñas (dos en Estocolmo, uno en Gotemburgo y uno en Upsala). La enseñanza comprende cuatro clases semanales durante los dos últimos años escolares. Es bastante elemental, sin embargo, y sólo puede dedicarse poco tiempo a la lectura de obras literarias.

Los alumnos libres del grupo de idiomas modernos del bachillerato pueden incluir el español entre sus materias de examen. Se exige una buena pronunciación, la facultad de leer y comprender un texto español sencillo, cierta capacidad de entender el idioma hablado y alguna práctica en el empleo oral y escrito del idioma. El curso de literatura es el mismo que en los colegios particulares.

En la mayoría de los «gimnasios comerciales» se estudia el español como asignatura voluntaria, habiendo dos a tres clases por semana, tanto en el curso de un año como en el de dos años. Los estudios comprenden ejercicios de pronunciación, de audición y de lectura, partes de la morfología y de la sintaxis, ejercicios de aplicación orales y escritos, lectura, memorización y redacción de cartas comerciales sencillas.

Además se enseña el español en la Escuela Cívica de Estocolmo («Stockholms borgarskola») y en los Institutos de enseñanza por correspondencia, como el de Hermoda y otros, de que se hablará más adelante. En la Escuela Cívica de Estocolmo se estudia el español tres años, en clases nocturnas, cuatro a seis horas a la semana. En los últimos tres cursos se dedican dos horas a la semana a conversación. El examen de español de esta escuela corresponde al de francés del bachillerato sueco.

La persona que primero enseñó el español en un centro docente superior de Suecia fué probablemente el catedrático (profesor universitario) de la Universidad de Upsala Teodoro Hagberg (fallecido en 1893), que en la introducción a su obra «Tres dramas», de don Pedro Calderón de la Barca, traducidos al sueco, menciona que se ha dedicado a la enseñanza del español. En Lund el primero en enseñar este idioma ha sido probablemente Volter Eduardo Lidfors (fallecido en 1910), como catedrático de Filología europea moderna en dicha Universidad primero y como catedrático de Filología y Literatura modernas, después. A Lidfors se debe la traducción al sueco del «Quijote», de Cervantes.

Cuando la enseñanza de la literatura europea moderna quedó separada de la de los idiomas modernos y al establecerse dos cátedras de Filología europea moderna en lugar de una, o sea una cátedra de lenguas germánicas y otra de lenguas románicas, mejoró mucho la situación de la enseñanza del español. En la Universidad de Lund el catedrático Walberg (nacido en 1873) enseñó el español durante una treintena de semestres. Desde que, alrededor de 1930, comenzó la enseñanza de este idioma por lectores españoles, aumentó considerablemente la eficacia de aquélla. En la actualidad hay dos de estos lectores, uno en la Universidad de Upsala, que desempeña las mismas funciones en la de Estocolmo, y otro en Lund, ambos subvencionados por el Estado español. El progreso de las comunicaciones, las relaciones culturales cada vez más vivas y el creciente intercambio comercial han contribuído asimismo a la difusión del español en Suecia.

Como es natural y se ha indicado ya en lo que a una de ellas se

refiere, también se enseña el español en las Universidades municipales de Estocolmo y Gotemburgo, ambas mucho más recientes que las del Estado en Upsala y Lund, y lo mismo sucede en las Escuelas de Altos Estudios Mercantiles de Estocolmo y Gotemburgo. En esta última se creó en 1939 el Instituto Ibero-Americano, con objeto de constituir un centro para los estudios del español y de cosas hispánicas en Gotemburgo. El gran interés mostrado por personalidades pertenecientes a los círculos comerciales hizo posible la realización del proyecto, pero las actuales circunstancias internacionales y las deficientes comunicaciones en Suecia con España e Iberoamérica han levantado grandes obstáculos a la realización total de los proyectos formados. El Instituto ha organizado series de conferencias sobre temas lingüísticos y sobre las condiciones económicas, sociales y culturales en los países iberoamericanos. Dispone de una biblioteca, que tiene en la actualidad cerca de 4.000 volúmenes, y de personal español e hispanoamericano, que tiene establecido, entre otras cosas, un servicio telefónico, evacuando gratuitamente las consultas del público en las horas de oficina corrientes.

Existen Asociaciones de amistad sueco-españolas y sueco-sudamericanas en Estocolmo, Gotemburgo, Malmö y Halsingborg.

J. P.

LA ENSEÑANZA *en el* CANADÁ

COMO es sabido, las provincias canadienses gozan de una gran autonomía en materia de educación. Sin embargo, la Asamblea Pedagógica del Canadá y Terranova ha elaborado un programa-modelo, que ha desarrollado en la provincia de Ontario. Se comenzó por revisar los programas, libros de texto y métodos de enseñanza; publicándose un nuevo texto relativo a la historia del Canadá.

En las Escuelas de Segunda Enseñanza se ha introducido la instrucción militar obligatoria como parte integrante de la educación física y se ha establecido el sistema de cursar los estudios de dichos centros por medio de emisiones radiofónicas.

Ha sido incluido, con carácter oficial, en los programas de las escuelas públicas la enseñanza religiosa. Hasta ahora, esta enseñanza corría a cargo de las iglesias. Los pastores sólo tenían derecho a dar lecciones de Religión en la escuela una vez terminadas las clases. En lo venidero, los maestros se encargarán de esta enseñanza. El Departamento de Educación ha publicado con este fin un programa de enseñanza religiosa para las escuelas públicas de Ontario y una serie de consejos sobre la forma de dar esta enseñanza, la que continuará teniendo carácter voluntario, lo mismo para el alumno que para el maestro. Los Comités escolares po-

drán solicitar de los eclesiásticos que reemplacen a los maestros en caso necesario; pero el pastor no estará obligado a seguir el programa que el Departamento de Educación ha establecido para servir de guía a los maestros.

El Colegio de Educación de Ontario ha simplificado e intensificado los cursos destinados a la formación del profesorado de Segunda Enseñanza. Para obtener el certificado será preciso que los futuros profesores hayan demostrado prácticamente las aptitudes que poseen.

El Colegio para la formación del Profesorado de las Escuelas Técnicas ha vuelto a ser abierto, revisándose completamente el programa de estudios, que ahora encaja perfectamente con los cursos del Colegio de Educación.

Se ha constituido un Comité universitario, encargado del desarrollo sistemático de la educación de los adultos, favoreciendo la creación de Consejos e instructores locales, estimulando también las instituciones particulares que trabajan en este sentido.

Las circunstancias han obligado al Canadá a ocuparse de la educación y formación profesional de los soldados licenciados. Las autoridades del Dominio han elaborado un plan para crear centros especiales destinados a los soldados desmovilizados en las distintas provincias. La de Ontario ha creado ya varios centros de esta clase. El más completo es el de Toronto, el cual comprende tres secciones principales: Bachillerato, Técnica y Comercial, ofreciendo una gran variedad de cursos. Una vez orientados los soldados desmovilizados, llegan al Centro, dispuestos a seguir los cursos adecuados para la profesión escogida. Con el objeto de que cada alumno pueda adelantar rápidamente, y de acuerdo con su capacidad, la enseñanza es de carácter individual.

Siempre y cuando las circunstancias lo permiten, cada escuela posee un Comité consultivo. Este Comité nombra los profesores necesarios y contribuye a la adquisición del material, a la fijación de nuevos programas y a la colocación de los alumnos que han terminado los cursos.

Las Universidades de Ontario han tomado también las medidas

necesarias en favor de los hombres y mujeres desmovilizados. Todo esto supone la utilización de locales provisionales para los laboratorios y cursos, el nombramiento de nuevos profesores y la creación de un servicio de orientación y colocación de estudiantes.

El Dominio del Canadá ha desarrollado también el sistema de becas. La provincia de Ontario ha combinado su propio plan con el del Dominio, concediendo en el último curso 455 becas para las Escuelas Normales, Universidades y demás establecimientos de Enseñanza Superior como para el último curso de la Segunda Enseñanza.

LOS LIBROS

NATURALEZA Y FIN DE LA EDUCACIÓN
UNIVERSITARIA, por el CARDENAL
NEWMAN.-Madrid, 1946.-Ediciones y Pu-
blicaciones Españolas, S. A. 332 págs.

La aparición de las obras del Cardenal Newman traducidas al español se había convertido ya en una necesidad para nosotros. Precisamente la conferencia de inauguración del curso académico 1945-46 en el Colegio Mayor «Ximénez de Cisneros», de la Universidad de Madrid, a cargo del profesor don Antonio de Luna, versó sobre «El Cardenal Newman y la misión de la Universidad». Aquella conferencia bien pudiera valernos de reseña bibliográfica para el presente libro, que Julio Mediavilla acaba de traducir al más puro castellano.

Cuando la idea de la Universidad es el tema más actual en la mente de nuestro Gobierno, supone un acierto y una colaboración altamente patriótica patrocinar la edición de obras como esta del Cardenal Newman. Su contenido lo componen ocho conferencias escritas en el año 1852 para ser pronunciadas en Dublín por su autor con ocasión de posesionarse del rectorado de la Universidad católica irlandesa.

Parecería natural que el tiempo hubiera restado importancia, interés o actualidad a las ideas que el paladín del Movimiento de Oxford vertiera en las páginas que comentamos; pero, lejos de tal extremo, un ligero estudio de los temas tratados nos hará ob-

servar cómo parecen escritas para eliminar actuales problemas de complicada solución. Casi podríamos decir que la quiebra actual de la Humanidad sólo hallará solución por los cauces de una Universidad humanística y formadora como la que el Cardenal propugna a lo largo de sus páginas aleccionadoras.

Componen la obra tres conferencias sobre la Teología como rama del conocimiento, en las que se lamenta de la exclusión de dicha disciplina en los cuadros universitarios. Nosotros, desde este olvidado rincón, nos hacemos eco de la idea del «leader» del catolicismo inglés, y recomendamos la lectura de sus páginas, sencillas y profundas, a quienes puedan tener interés en el tema.

Las cuatro conferencias siguientes, que componen el núcleo central de la obra, se refieren al conocimiento liberal en relación con los profesionales. Por último, en la octava conferencia trata de los deberes de la Iglesia con relación al conocimiento liberal.

Para Newman era la convivencia entre los escolares uno de los factores más importantes en el logro de una perfecta educación liberal. Se pregunta el Cardenal qué se entiende por «educación liberal»: primeramente, dice, en su sentido gramatical, significa todo aquello opuesto a lo servil, y, concretamente en el orden de la cultura, todo aquello que debe su origen y su método a la causalidad y al intelecto, que llevan, no al conocimiento en sentido vago y ordinario, sino a aquel otro conocimiento que podemos llamar filosófico.

Insiste en que es preciso ampliar los estudios de la Universidad, aun cuando los estudiantes no puedan seguir todos los cursos que se organicen; la solución a este problema queda sometida a la organización residencial universitaria, que permitiría, al vivir todos los alumnos en régimen de colegio, el que la totalidad del círculo de estudios estuviera representado en conjunto, con lo cual y dada por supuesto la convivencia, todos participarían de todas las disciplinas.

Para una interpretación recta del pensar del Cardenal Newman es preciso tener siempre presente lo que él entendía por fin de la educación universitaria, fin que no era otro que el propio conocimiento universal: «Es tal la constitución del entendimiento humano, que cualquier clase de conocimiento, si es realmente tal, constituye su propia recompensa.» La misión de la Universidad será, pues, el conocimiento filosófico, que el autor condensa y resume en la palabra *ciencia*.

El universitario ha de cifrar sus anhelos en lograr que cuando llegue el momento de abandonar las aulas haya alcanzado, más bien que aquellos conocimientos técnicos inmediatamente dirigidos a la práctica profesional, esa eficiencia intelectual equivalente a la salud con respecto al cuerpo físico. O, como decía el Sr. Luna en la conferencia a que hemos aludido, «habido que sea el conocimiento universal por sí mismo, lo demás vendrá por añadidura, toda vez que la salud mental es el presupuesto de toda auténtica profesión». ¿Quiere ello decir que la Universidad ha de desdeñar el estudio de las disciplinas meramente técnicas? Es posible que sea éste el reparo de mayor monta que pueda hacerse a la idea del Cardenal. Su argumentación, no obstante, desbarata el propósito. Cuando se habla del fin único de la Universidad, se opina rectamente, pero no se precisa con todo el detalle requerido. Cier- to es que el fin de la Universidad es esa eficiencia intelectual cita- da, pero sólo en sentido genérico; especificando la cuestión, nos hallamos ante una pluralidad de fines que el Cardenal ya advierte con meticulosa precisión. Tres son, a su entender, los fines espe- cíficos de la educación universitaria, según la relacionemos:

- a) Con el mero conocimiento;
- b) Con el conocimiento profesional, y
- c) Con el conocimiento religioso.

Y a todos comprende el fin genérico de la salud mental, y to- dos pueden y deben ser exigidos a una Universidad que pretenda ser perfecta.

Adviertan nuestros teóricos de la Educación la exactitud de es- tos conceptos, y vean de acoplar estas ideas, valederas para todos los tiempos, a la actual idea de la Universidad; tengan presente que no existe verdadera cultura sin conocimiento, y que la filoso- fía presupone el conocimiento. Para ello, que nuestros universita- rios lean constantemente—es consejo del Cardenal—, tengan ade- cuada información, que les permita poseer y mantener sus propias opiniones, y, en suma, que se hallen en disposición o con los pre- supuestos para el ejercicio de toda auténtica profesión. Presupues- tos que no son, ni más ni menos, que el conocimiento en sentido amplio; éste, dice Newman, es la condición indispensable a la in- teligencia y el instrumento necesario para su expansión. Es preci- so, por tanto, hacer eficientes los medios con que cuenta nuestra Universidad para alcanzar dicho conocimiento; la proporcionali- dad entre medios y destinatarios es absolutamente precisa. Si nues-

tra población universitaria sigue el patológico crecimiento actual, pronto, muy pronto, observaremos con dolor la inutilidad de nuestro esfuerzo por falta de medios y de destino para tanta actividad en potencia.

Únicamente el ya iniciado sistema de Colegios Mayores universitarios puede evitar un colapso a nuestra *Alma Mater*. Ellos son, ni más ni menos, que las claras ideas del Cardenal Newman llevadas al difícil terreno de la realidad en la Nueva Universidad española. Y a tan alta empresa aporta el libro que comentamos valiosa ayuda.

JOSÉ MANUEL ALONSO.

MOTIVOS DE LA ESPAÑA ETERNA.

por CORTS GRAU, José. - Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1946. 332 págs.

He sido discípulo de Corts Grau en la Universidad de Valencia; y desde la primera clase que le escuché quedé plenamente injertado en la manera de pensar del catedrático valenciano. Lo que entonces podemos decir que fué un impulso, más de corazón que de inteligencia, se ha convertido en potencia razonada al ir siguiendo paso a paso su labor en la cátedra, en las páginas escritas que va lanzando a la publicación y en cuantas conferencias ha pronunciado cerca de mi residencia habitual.

Por eso, hoy, con satisfacción de discípulo, saludo el libro del maestro que, bajo el título de *Motivos de la España eterna*, viene a reunir varios trabajos aparecidos en dos prestigiosas revistas españolas: *Escorial* y *Estudios Políticos*.

La crítica, el análisis frío del libro, va a resultar tarea imposible para mí por dos razones: por mi simpatía hacia el autor y por tratarse de «motivos de España»; esta España nuestra, tan traída y llevada hoy día por las Cancillerías del mundo, que no da lugar a la observación reposada de los que sentimos correr arrebatadamente su sangre por nuestras venas y su espíritu en nuestro anhelo de superación al obrar.

Por ello no será el comentario de un libro más, sino, más bien, una exposición de lo que Corts nos ha hecho sentir en el trans-

curso de la lectura de su obra. Este sentimiento, este oleaje de reacia españolidad que la lectura nos ha producido, ha estado retiniendo en nosotros días enteros, hasta que el alborotado mar de las sensaciones experimentadas se ha aquietado en ese mínimo de tranquilidad imprescindible para poder fijar sobre el papel nuestras impresiones.

En seis partes se halla dividido el libro: seis ensayos, llenos de contenido científico y patriótico, tratados con erudición humanística, sin pretensiones de hacer pesada la lectura, cosa que logra maravillosamente este docto profesor de Filosofía del Derecho.

De intento —ya nos lo advierte el autor al comienzo de la obra— ha frenado, en lo posible, el lirismo; es decir: la palabra fácil y bonita, el párrafo retórico y enfático, a que se presta, peligrosamente, la materia de su trabajo; no —dice Corts— porque desdeñe la lírica, sino porque ésta se debe emplear al mínimo en una obra destinada a ser meditada en soledad.

Y el libro se inaugura con una composición de lugar; ni más ni menos que si de seguir unos ejercicios espirituales, según el método de Iñigo de Loyola, se tratase. Y, verdaderamente, éste parece ser el propósito del autor y no tiene otra significación ese «imaginémonos en el Escorial», ya que, como obra de un Rey «prudente» y poderoso, por marcar el punto álgido de nuestra España y ser el centro geográfico en el cruce de todos los caminos, estaremos en condiciones para abarcar el *todo* de lo que Corts nos va a presentar para que lo asimilemos.

Ese *todo*, que es el «sentido del patriotismo», y que le lleva a repudiar el tan conocido de «opereta», señalado gráficamente por Corts con mano maestra al decir: «Hay quienes, porque se les saltan las lágrimas al paso de la bandera, se creen ya perfectos patriotas»; con la repudiación que ello implica para el sentimentalismo, lastre de todo quehacer útil en la vida. Ese mismo sentimiento de Patria es el que le lleva más adelante a escribir: «Hay una comunión de la Patria, como hay —con las debidas salvedades— una Comunión de los Santos.» Expresión rotundamente lograda, de cálida solidaridad para con lo pasado y frente a lo por venir; expresión que nos hace partícipes del mérito y del esfuerzo de los mejores en el quehacer de la Patria; incluso frente a nuestra pasividad, cuando no abstención. Y, apurando más todavía la frase, podemos entender con esto el encuentro ante Dios de los que lucharon arriscadamente por España.

Comunidad de la Patria, sentida por Corts en todos los momentos de su actividad y de su vida; y con más hondura en los momentos en que se tiene conciencia de la inminente quiebra con lo que ésta representa, en los momentos preñados de peligro y que con maravillosa humanidad nos muestra al decir, en el ensayo *Aco-taciones de un liberado*, lo siguiente: «Nunca como ahora nos pudimos dar cuenta de la fragilidad y del valor de la vida, sin riquezas, sin comodidades, sin nombre. De cómo se puede vivir sin todo aquello que parecía imprescindible. De cómo se renuncia con alegría a todas las cosas con sólo pensar que podíamos estar ya en una cuneta y que vivimos.» Y un poco antes: «Ninguno hemos muerto aún de vergüenza. Por esta angustia sorda de las cosas que dejamos perder, por esta soledad ciega que nos abate desde que *entre todos* (el subrayado es mío) hemos lanzado a Dios, dejo correr la pluma, que no debiera ser la pluma... Corriente abajo, pasan de cuando en cuando hermanos nuestros... Una noche, ésta quizá, Señor, vendrán por mí.» Es aquí cuando el hombre se enfrenta cara a cara con el final, donde vemos también en Corts esa preocupación, ese sentirse inserto en la comunidad hispana y sentirse responsable del «lanzamiento de Dios».

Y más todavía: ese mismo sentido de «comunidad de la Patria» le hace hablar en posesivo, y nos arrastra también a nosotros para que lo hagamos de «nuestro» catolicismo, de «nuestro» movimiento, de «nuestro» individualismo, de «nuestro» imperio... de algo, en suma, con lo que estamos vinculados por pasión, por razonamiento, por tensión y por dolor; de algo que requiere de nosotros más que un aliento, que un deseo de buena voluntad; de algo que nos incita a la acción, a obrar, a hacer realidad esa pasión, tensión, razonamiento y dolor; ese amor, por cifrarlo todo en una palabra, para con lo que fué y para con lo que es, con el fin de anudarlo sólidamente y que sirva de norma de actuación a lo que vendrá.

A la luz de un conocimiento perfecto de Vives, Corts nos muestra agudamente la posición del gran pensador valenciano, frente a problemas tan de actualidad como la referencia a que «el comunismo ahoga toda idea de libertad», con una clasificación del mismo en tres grupos. Referencia de jugosa doctrina que nos permite ver, en la mente de Vives, una clara antelación de lo que experimentaremos en nuestra Patria; al mismo tiempo nos muestra, en los brillantes párrafos que le dedica a su paisano, el magnífico luchador que fué Vives en su avanzadilla ortodoxa en tierras de Reforma.

Es por eso, con este ejemplo de luchador por la verdad a la vista, que Corts dice: «Y la verdad se ha de amar sobre todas las cosas, y el bien común, más, incluso, que el propio prestigio.» Que es la consideración, en todos los planos, de nuestra vida española; la del «veritatem agere» escolástico, que informa nuestra concepción del Poder, frente a la que fundamenta las leyes en la autoridad y no en la verdad. Misión de la verdad, que es seguir la máxima divina que nos ordena «Buscad el Reino de Dios», dándonos lo «demás» —aquí el propio prestigio y muchas otras cosas— por añadidura. Por eso dice Marañón, en su obra *El Conde-Duque de Olivares*, que la clave de la psicología de la decadencia española «es la pérdida del espíritu de sacrificio, de la fe en el ideal generoso».

Dos ensayos, transidos de advertencias, nos muestran la lucha que dos figuras señeras del pensamiento español —Donoso Cortés y Balmes— sostuvieron con la creciente marejada en el descenso de nuestra Patria.

A nuestro juicio, son los que tienen un mayor interés, ya que están muy cerca de nosotros, y entonces se comenzaba a incubar mucho de lo que hemos padecido. Precisamente porque fueron como «voces clamando en el desierto» del olvido a lo eterno de nuestra política, nos sirven de lección y de estímulo para no recaer en lo que repugnamos.

Indudablemente que entre el filósofo de Vich y el extremeño Marqués de Valdegamas hay una notable diferencia. Balmes tiene «ideas claras, buena voluntad y sano optimismo cuando se acerca a la realidad española», como muy bien apunta Corts; Donoso, por el contrario, es menos realista, más sentimental y, por tanto, más fácil de influenciar por la situación momentánea. Sin embargo, como dice Corts, no hay que extremar diferencias, ya que ambos vienen a completarse, y entre los dos —en frase de Menéndez y Pelayo— «sacaron la política del empirismo grosero y del utilitarismo infecundo y la hicieron entrar en el cauce de las grandes ideas éticas y sociales».

Balmes ve claro en el problema de España y propugna la forma monárquica tradicional; por este ver con claridad va derecho a la institución, superando el pleito dinástico. Ello le hace ser el paladín del enlace de Isabel II con el Conde Montemolín, y que no se logró porque nuestros parlamentarios no quisieron o no supieron ver en ello el fin de una situación embarazosa.

Al tratar sobre «Perfil actual de Donoso Cortés», Corts nos da magníficamente y de una forma nueva conceptos e ideas que nos sirven de mucho en la actualidad. Al presentarnos la coyuntura en que Donoso pronuncia su «discurso de las Dictaduras», nos dice que entonces —año de 1848— «cunde una fauna híbrida: la de los prudentes —entiéndase bien: la prudencia de la carne—, que insinúan concesiones parciales para salvar el Trono y las instituciones básicas de la nación». Con lo cual Corts nos señala, con visos de máxima actualidad, la imposibilidad de compaginar «l'sprit» del «progreso importado» con la manera bíblica de ser prudentes. Lo cual hace exclamar, a propósito de las ovaciones interminables con que se recibían las intervenciones parlamentarias de Donoso: «Luego, esas ovaciones no dejaban más huella que las dedicadas a un torero o a un divo; el fervor se disolvía... y, al margen del sentido común..., continuaba el calvario de España.»

El último ensayo, *Sentido español de la democracia*, tiene el valor de la actualidad más inmediata. Precisamente ahora en que se airea el nombre de España ante la faz del mundo, y cuando muchos espíritus —con buena y mala intención— están pendientes de nuestros gestos y acciones, es cuando, con una diafanidad que maravilla, Corts analiza, a la luz de las enseñanzas pontificias, qué sea la democracia, para asentar sólidamente lo que se tiene por tal en el concepto español; es decir: la identidad absoluta de nuestros principios con los de la Iglesia y la demostración de que en España «hubiera abortado cualquier programa político que oliera, ni de lejos, a panteísmo estatal».

Precisamente porque nosotros, España, tenemos una conciencia individual muy acusada, es por lo que podemos comprender y calibrar el sentido auténtico de la democracia católica; como muy bien escribe Corts en las primeras páginas, «en la vida española juegan un enorme papel los solitarios», pero con el enorme tino de compaginar esta individualidad —de concertarla sería mejor— con la universalidad de los principios; de donde resulta ese genio español, capaz de crear —en la máxima extensión de la palabra— la solidez de un Imperio y de no contaminarse, cuando es tan fácil, con la creencia de endiosado. Y es que en nosotros está viva la constancia de que cumplimos una «misión», con la categoría de SERVICIO. Nada más, pero tampoco nada menos.

* * *

El libro de Corts se ha cerrado; ya tiene en nuestra librería un lugar predilecto; seguramente que volveremos a él en muchas ocasiones; y siempre, siempre, nos alegrará el corazón, porque estos «motivos» se hicieron, con su lectura, de todos nosotros. Y en la soledad el alma se siente iluminada.

VICENTE BEGUER ESTEVE.

EL MUNDO POLÍTICO DE CARLOS V,
por PETER RASSOW.-Versión directa de F. González
Vicen. Introducción de RAMÓN CARANDE.-Colección «los
cuatro vientos».-Madrid.

La mejor crítica que pudiera hacerse a este libro, la lleva a cabo en su introducción don Ramón Carande, al decir que estas conferencias, «tratando cada una un tema amplio, logran todas—sin que padezca la visión de conjunto—abarcarlo ceñido, mientras sus pasajes ofrecen numerosas observaciones nuevas, y aunque presenten hechos bien conocidos, derraman juicios personales y citas sabrosas».

Peter Rassow, en efecto, historiador de prestigio, estudia en el presente volumen las características más esenciales del mundo político de Carlos V, la idea rectora que preside su Imperio, y ese concepto de la unidad «en su esfera de poder» que guió desde sus comienzos al joven y voluntarioso emperador.

Una nota sorprende en este libro del profesor alemán: su riqueza de datos, la minuciosidad y hondura del comentario, su exposición sistemática, la abundancia de textos a que hace referencia y el profundo conocimiento que revela el autor del tema que trata.

Peter Rassow analiza en la presente obra—traducida con esmero y fidelidad por González Vicen—tres aspectos diversos de la política de Carlos V. En la primera nos brinda una visión de conjunto; en la segunda, la actitud del emperador frente al luteranismo y en defensa de la Cristiandad; en la tercera, la personalidad del gran monarca, desde un punto de vista español.

Rassow describe asimismo la grandeza del Imperio carlosquiniano y la magnitud de sus problemas, que tuvo que ir venciendo con verdadero tacto, cautela y decisión.

La política de Carlos V es un constante equilibrio, que exige soluciones maduras y eficaces, y, al final, una serie de renunciaciones que acaban con la abdicación del Imperio y su retiro voluntario al Monasterio de Yuste.

El libro de Peter Rassow tiene más de erudito que de humano; pero a través de los documentos que el profesor alemán cita, presentimos la humanidad del enérgico emperador en sus decisiones.

Es sumamente interesante el estudio que Rassow hace de la posición de Carlos V en la Dieta de Ausburgo, así como la intervención de Erasmo, que pretendió evitar el cisma, aconsejando que se transigiera con los luteranos y se llegara a un compromiso, sin reparar en concesiones.

Para el famoso humanista, el luteranismo se limitaba a una enfermedad curable. Refiriéndose al Concilio, dice Rassow: «Aparece aquí una diferencia característica en la concepción fundamental de las tres más importantes potencias. Para Campeggio no había sino compromiso o guerra. Para el Emperador, compromiso; si no, Concilio, y sólo después guerra. Para Erasmo no había solución alguna fuera de negociaciones con vistas a un compromiso.»

Cierra el volumen del ilustre escritor germano una interesante disertación sobre la influencia que tuvo Carlos V en el futuro de nuestra patria, y, también, como fundador del Imperio hispánico.

En su obra, en suma, Peter Rassow pone de relieve sus dotes de brillante historiador.

EUGENIO DE SABOYA, por ALEJANDRO TASSONI
ESTENSE. - Traducción de ISABEL DE AMBÍA. - Colección
«Grandes Biografías», de Espasa-Calpe. Madrid.

La Editorial Espasa-Calpe publica en su colección de Grandes Biografías una, muy interesante, de Eugenio de Saboya, ese gran militar del setecientos, hombre de su siglo, figura representativa de su época, que encarna todas las virtudes castrenses, guerrea bajo la bandera del Imperio austríaco, vence a los turcos, se bate heroicamente por la Cristiandad, alcanza el grado de mariscal a los treinta años y aureola de fama y de gloria su nombre.

Vive Eugenio de Saboya en un tiempo en el que se lucha sin tregua en los campos de Europa, y en el que las armas y la diplomacia entablan una batalla tenaz para conseguir ese equilibrio europeo que ha sido siempre la preocupación de la política inglesa.

En esa fecha, como dice Alejandro Tassoni en su notable obra, la guerra «es la profesión elegida por los mejores». Y para el príncipe Eugenio, la carrera de las armas constituye su mayor ambición. Hasta el extremo de que, al rechazar el Rey de Francia sus legítimas aspiraciones, huye a Viena y se ofrece al Emperador Leopoldo para combatir a los otomanos.

Como hace destacar Tassoni en esta biografía —que Isabel de Ambía ha traducido correctamente—, la vocación militar de Eugenio de Saboya es tan firme, que no vacila ante nada para seguir la voz de su destino.

El biógrafo italiano va describiendo en los capítulos de su libro todo el panorama de la Europa setecentista y siguiendo paso a paso la vida castrense del gran general, al que estudia a través de sus victorias, tan rápidas como brillantes, de su historia guerrera, de su habilidad como experto y sutil diplomático; pero la imagen humana del hombre escapa a la observación de Tassoni, y los acentos cálidos y apasionados están ausentes en su libro.

Sin embargo, no por ello resta interés al retrato de aquella gran figura, tanto en el combate como en la paz, a la que analiza en su labor organizadora y administrativa, como Gobernador de los Países Bajos, Ministro y hombre amante de las letras.

El diseño de Eugenio de Saboya es certero y feliz en sus trazos.

Alejandro Tassoni desecha la idea de que el príncipe fuera «una especie de héroe exilado», reconoce sus excelentes dotes y elogia sus cualidades como guerrero y estadista con una visión serena y objetiva.

Isabel de Ambía ha vertido limpiamente al castellano la obra de Tassoni, a la que precede un bien escrito prólogo de su traductora, en el que sitúa al lector frente al paisaje político y militar de España, debilitada entonces por la guerra de Sucesión.

R. N.

Esta biografía de Jovellanos, debida a la pluma de don Joaquín A. Bonet, además de ser sugerente y aleccionadora, está muy bien escrita.

De un lado, el biógrafo rinde tributo de admiración a la memoria del gran patriota, y, de otro, reivindica la labor del desventurado polígrafo, que, por amar sobre todo a España, sufrió persecuciones, tristezas sin cuento, destierro y cautiverio, primero en Valldemosa y luego en la fortaleza de Bellver, de la que había de librarle una orden de Fernando VII.

Jovellanos asiste a uno de los períodos más turbulentos de nuestra historia. La Corte de Carlos IV es un baldón para España, y la política de Godoy, tan combatida, funesta a sus destinos.

A Gaspar Melchor de Jovellanos se le arranca de su dichoso y tranquilo retiro, en el que se dedica apaciblemente al estudio y fomento de la cultura española, para llevarlo al torbellino de las pasiones políticas. ¡Es curioso observar la pesadumbre que invade al ilustre sabio al tener conocimiento de habersele nombrado Embajador, primero, y Ministro de Gracia y Justicia, después! Jovellanos, que nada ambiciona, comprende que al aceptar dichos cargos se juega su felicidad; de ahí que oponga reparos, y sólo ante los consejos de sus amigos, que le hacen ver cómo España necesita en tales momentos sus valiosos servicios, accede.

El espíritu del insigne autor está admirablemente captado por su feliz biógrafo, señor Bonet, que destaca en su libro la tragedia íntima de Jovellanos, que únicamente aspiró al bien de su país, y a conseguir tan noble empeño dedicó su vida, sin que le arredraran los obstáculos ni el riesgo que pudiera correr su persona, si a cambio de él se beneficiaba su Patria.

La biografía de don Joaquín A. Bonet sobre Jovellanos es muy completa, así como el cuadro de la época que retrata, cuya visión es atinada y perspicaz.

El libro, bien trazado, tiene, además, un auténtico valor documental, puesto que los papeles que sirvieron al señor Bonet para dar cima a su trabajo, desaparecieron durante la revolución de octubre entre las llamas, con lo que el amor, el cuidado y la

pasión que Jovellanos puso en conservar sus documentos para la posteridad, en sus archivos familiares, resultaron estériles.

Otro de los aspectos que don Joaquín A. Bonet hace resaltar en su semblanza es el cariño que Gaspar Melchor de Jovellanos experimentó siempre hacia su ciudad natal. Los rasgos generosos del poeta, en este sentido, son frecuentes, como lo demuestra el Instituto por él fundado, y las constantes pruebas de afecto que recibió de sus paisanos, y que contribuyeron a consolar sus muchas penas.

El señor Bonet describe asimismo las virtudes y los méritos de Jovellanos, su honradez, la nobleza de sus afectos y su claro talento. No falta en esta biografía la nota sentimental y afectiva, que tanto la humaniza y le infunde un hálito de vida.

UNA LUZ EN LA SOMBRA, Novela de RAFAEL
NARBONA.-Editorial Carlos-Jaime. Madrid.

A romper la monotonía de una larga ausencia del mundillo literario llega un libro pulcramente editado: *Una luz en la sombra*, novela de Rafael Narbona.

Lás páginas sucédense rápidas y amenas por todo extremo, ubérrimas de vida y emoción, y, aunque quien las escribió se cuida muy bien de advertir al lector suspicaz que nada hay en ellas de autobiográfico, tienen, sin embargo, todo el aroma de una confesión que dejara su recia raíz en lo más hondo de un corazón atormentado por el recuerdo; un recuerdo sentido y dolorido, de los que perduran toda la vida.

Todo, desde la primera página hasta la última, tiene un nostálgico aroma de cosa vivida, aplicado, sin duda, por el autor al servicio de la ficción novelesca. Los días lejanos de la niñez en un colegio de provincia, con aquel dómine a la bárbara usanza de la cruel y vieja pedagogía española; los comezones e inquietudes literarias de los que, lejos de la revuelta mar de la ex corte, sueñan con la gloria de los que piensan que allá les aguarda con los brazos abiertos, aunque para llegar hasta ella tengan que caminar descalzos, por entre zarzas y espinos, pero con la seguridad de que, al fin, habrá de entregárseles rendida, si no es que la propia egola-

tría y demasiada confianza en sí mismos les hace pensar, envidiosamente, que en Madrid se logra todo por el favor y la influencia; aquel amor puro entre la ciénaga de una familia amoral y desaprensiva... La huída hacia la ciudad de los ensueños, para buscar en ella, con el triunfo de las nobles aspiraciones, la redención de la mujer querida; la lucha dura y desesperada y el triunfo rotundo, al fin.

Y ¿a qué seguir, página a página, el proceso de la novela, que de la misma realidad parece arrancada?

A veces el naturalismo, crudo y fuerte, pone en el lienzo chafarrinones hartos descarnados sobre el vivir diáfano y honesto del protagonista.

El dolor y la muerte... hasta la torturante obsesión del más allá, para que nada falte de cuanto es esencia y preocupación del hombre, en su breve y agitado paso por la vida, tienen su sitio en esta novela, tan real y tan honda, que no será extraño que el lector ingenuo piense que, como el *Amor de Caridad*, de Ricardo León, y *La hermana San Sulpicio*, de Palacio Valdés, están arrancadas de la misma vida del autor.

Y todo ello en un estilo limpio, sobrio, elegante y ameno en grado sumo.

Si éste es, si no el primer libro, sí la primera novela de Rafael Narbona, atendiendo a la maestría con que está escrita, bien podría decirse, como cuentan que dijo la Reina Gobernadora viendo el debut de Julián Romea con una comedia titulada *El testamento*:

—Este muchacho empieza por donde otros acaban.

D. S. J.

DOCUMENTACION LEGISLATIVA

LEY de la Jefatura del Estado, de 18 de diciembre de 1946, sobre la mayor difusión posible del libro español, tanto en el Interior como en el Extranjero.

La desfavorable condición y desamparo en que se encuentra el libro español en los mercados extranjeros, así como los precios, inaccesibles para las economías modestas, que alcanza en el mercado interior, con evidente perjuicio para la difusión de todo orden de cultura, requieren una acción inmediata y eficaz que corte tan precaria situación y sienta las bases de la expansión futura a que el libro español está llamado, principalmente en Hispanoamérica, por la universalidad de nuestra lengua y la catolicidad de nuestro espíritu.

Pero una política protectora exclusivamente de la exportación del libro español, por medio de primas o subvenciones análogas, sería, sobre poco acorde con la política económica general del Gobierno, insuficiente para solucionar en todo su alcance el grave problema que España tiene planteado, pues que dejaría sin atender esa otra necesidad, no menos estimable, que el libro ha de servir dentro de las fronteras de nuestra propia nación.

Hay, pues, que atacar la cuestión en su propio origen, que se halla, indudablemente, en el precio del libro; tomar las medidas precisas para que ese precio sea rebajado, abaratando en primer lugar el factor que más lo encarece, esto es, el papel, sin perjudicar con ello los legítimos intereses de la industria papelera y regulando, en segundo término, el precio de venta al público del libro ya editado, para que aquella rebaja cumpla el alto fin que

con ella se persigue. Como complemento de estas medidas, se plantea también la conveniencia de conceder las exenciones tributarias pertinentes a favor del capital privado que venga a incrementar en lo sucesivo la industria editorial española mediante la constitución de nuevas empresas o la ampliación y mejora de las ya existentes.

Todo ello ha suscitado, por primera vez en la historia legislativa del Nuevo Estado, la iniciativa de las Cortes Españolas, de cuyo seno, y a través de la Comisión Especial del Libro Español, ha nacido el deseo de solucionar el problema del libro. Pero esta Ley que ahora se sanciona no es más que el primer paso de una más vasta política protectora del libro español; su índole, esencialmente económica, no espera al margen, sino perfectamente encauzada dentro de la línea espiritual que tal protección presupone y que garantiza la política general del Estado, actuante por medio de los organismos correspondientes del Ministerio de Educación Nacional. Por eso el múltiple alcance de esta Ley, que afecta a las actividades de diversos Departamentos ministeriales, requiere la constitución de una Comisión interministerial, no sólo encargada de desarrollar cuanto se refiere a precios, tasas y cupos de importación de papel, sino también dotada del amplio haz de facultades cuyo desenvolvimiento pueda facilitar en el futuro la mejor difusión del libro español.

En su virtud, y de conformidad con la propuesta elaborada por las Cortes Españolas,

DISPONGO :

Artículo primero.—Quedan exentas de la obligación de contribuir por los conceptos de Derechos reales, Timbre e Impuesto especial de Emisión, durante el período de cinco años, las aportaciones de capitales para la constitución, ampliación y mejora de empresas editoriales, sea cualquiera la forma jurídica que afecten.

Artículo segundo.—Quedan, asimismo, exentos del impuesto de Utilidades los beneficios obtenidos por las empresas editoriales que sean invertidos en mejoras o ampliaciones de la propia empresa.

Artículo tercero.—A solicitud de las empresas interesadas se devolverá a éstas por el Ministerio de Hacienda, previas las adecuadas comprobaciones y cumplimiento de los requisitos reglamentarios, el importe de la contribución de Usos y Consumos devengados sobre el papel invertido en los libros cuya exportación se justifique.

Artículo cuarto.—Los fabricantes de papel no podrán vender a los editores matriculados el papel de edición a un precio superior al promedio de la cotización internacional del papel de esta clase y calidad análoga, promedio que semestralmente fijará una Comisión integrada por representantes de los Ministerios de Hacienda, Educación Nacional e Industria y Comercio y del Sindicato Nacional del Papel, Prensa y Artes Gráficas.

Por el Ministerio de Industria y Comercio, a propuesta de la expresada Comisión, se autorizará el aumento necesario sobre el precio del papel no editorial, exceptuando el papel de prensa y el de fumar, para compensar a la industria papelera de la reducción fijada para el editorial. Este gravamen, aplicado según la escala del cinco al quince por ciento que por calidades y precios se establezca, no podrá en ningún caso exceder de un promedio de diez céntimos por kilogramo de papel no editorial. Estos fondos nutrirán una Caja de Compensación, que será administrada por la mencionada Comisión.

Si, no obstante la compensación que se establece en el párrafo precedente, la industria española no pudiera suministrar el papel solicitado por los editores en las condiciones fijadas al principio de este artículo, se autorizará, a propuesta de la Comisión antes referida, la importación de cupos sucesivos de papel editorial, cuyos derechos arancelarios se abonarán con cargo a los ingresos de la Caja de Compensación. Tan pronto como se autoricen estas importaciones quedará en suspenso y dejará de aplicarse a los fabricantes de papel la compensación a que antes se hace referencia.

Se autoriza a los editores para que, con destino exclusivo a sucesivas ediciones destinadas a otros países, importen, libre de derechos arancelarios, el papel tarifado en las partidas mil veintiocho y mil veintinueve de los vigentes Aranceles de Aduanas, en cantidad igual a la que previamente hayan exportado en libros editados por la industria nacional en idioma español, debiendo establecerse por el Ministerio de Hacienda las normas de procedimiento a que reglamentariamente haya de ajustarse la práctica de tales operaciones.

Artículo quinto. — La Comisión constituida para entender en cuanto se refiere a determinación de precios y cupos de importación de papel editorial destinado al libro queda facultada para proponer a los respectivos Departamentos ministeriales de que dependen las tasas o precios de venta de los libros editados al amparo de los be-

neficios que esta Ley concede y, asimismo, las disposiciones conducentes al abaratamiento y a la difusión del Libro español, procurando que se mantenga con rendimiento suficiente la producción nacional de papel destinado a la edición de libros.

Artículo sexto.—Por los Ministerios de Educación Nacional, Hacienda e Industria y Comercio se dictarán, en lo que a su particular competencia afecte y cuando así proceda, las órdenes complementarias precisas para la ejecución de esta Ley.

Dada en El Pardo, a dieciocho de diciembre de mil novecientos cuarenta y seis.

FRANCISCO FRANCO

INDICE

DE SUMARIOS
DE LA REVISTA

AÑO 1946

interrogantes las cosas, y en las cosas
debe de haber un orden y una armonía
que se manifiesta en la naturaleza
y en el arte. El hombre debe
buscar en la naturaleza el modelo
de su conducta y de su vida.
El arte debe ser una imitación
de la naturaleza, pero no una
copieda servil, sino una creación
que se inspira en ella y que la
mejora y la perfecciona.

El arte es una ciencia que
enseña a hacer cosas bellas y
útiles. El arte es una ciencia
que enseña a vivir bien y a
ser feliz. El arte es una ciencia
que enseña a amar y a ser amado.
El arte es una ciencia que enseña
a ser libre y a ser responsable.
El arte es una ciencia que enseña
a ser humano y a ser digno.

El arte es una ciencia que enseña
a ser bueno y a ser virtuoso.
El arte es una ciencia que enseña
a ser noble y a ser generoso.
El arte es una ciencia que enseña
a ser fuerte y a ser valiente.
El arte es una ciencia que enseña
a ser paciente y a ser perseverante.
El arte es una ciencia que enseña
a ser humilde y a ser modesto.

El arte es una ciencia que enseña
a ser feliz y a ser libre.
El arte es una ciencia que enseña
a ser humano y a ser digno.
El arte es una ciencia que enseña
a ser bueno y a ser virtuoso.
El arte es una ciencia que enseña
a ser noble y a ser generoso.

1881

INDICE

DE SUMARIOS
DE LA REVISTA

AÑO 1946

INDICE

DE SUMARIOS

DE LA REVISTA

AÑO 1946

INDICE DE SUMARIOS DE LA REVISTA

AÑO 1946

SUMARIO DEL NUM. 58

EDITORIAL

Lorenzo Riber: EL SENTIMIENTO RELIGIOSO EN LAS OBRAS
DE HORACIO

David Thurlow: COLEGIOS RURALES DE GRAN BRETAÑA

LA OBRA DEL ESPIRITU

VI REUNION DEL CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES
CIENTIFICAS

MR. VAN HORNE EN LA UNIVERSIDAD DE MADRID

GLOSA AL MUSEO BARCELONES DE ARTE MODERNO

HECHOS

DIPLOMAS A LOS INGENIEROS AGRONOMOS

GRATITUD DE LA MUTUALIDAD ESCOLAR AL MINISTRO
DE EDUCACION

NUEVOS RECTORES

DE LA EDUCACION POPULAR ESPAÑOLA

NOTAS DE LIBROS

La prudencia política, por Leopoldo Eulogio Palacios.—Instituto
de Estudios Políticos.—Madrid, 1945.—210 págs.

Report of Commission on Higher Education in West Africa.—Lon-
don His Majesty's Stationery Office, 1945.

SUMARIO DEL NUM. 59

EDITORIAL

**S. J. Davies: INSTRUCCION DE LOS INGENIEROS
EN GRAN BRETAÑA**

**Douglas Lauriel: LAS MODERNAS UNIVERSIDADES BRITA-
NICAS**

Gaspar Gómez de la Serna: INCISOS SOBRE EL ROMANTICISMO

LA OBRA DEL ESPIRITU

**LA BIBLIOTECA NACIONAL Y SU IMPONDERABLE TESORO
UNA NUEVA ESCUELA PARA LA INGENIERIA NAVAL
INAUGURACION DEL MUSEO DE BELLAS ARTES
DE VALENCIA**

**1.012 ALUMNOS EN LA FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS
Y ECONOMICAS**

HECHOS

**EL INSTITUTO DE ENSEÑANZA MEDIA «LOPE DE VEGA»
AUMENTO DE LAS DOTACIONES DEL PRESUPUESTO DO-
CENTE**

ESTUDIANTES CHILENOS EN ESPAÑA

**MARCELIANO SANTA MARIA, GRAN CRUZ DE ALFONSO X
EL SABIO**

NOTAS DE LIBROS

***The apprenticeship for a skilled trade* («El aprendizaje en los ofi-
cios»).—Pr. F. Twyman.—Londres, 1944.**

SUMARIO DEL NUM. 60

EDITORIAL

**Luis Araujo Costa: LOS SOFISTAS Y LA HISTORIA DEL PEN-
SAMIENTO**

Víctor Espinós: LOS QUIJOTES MUSICALES ESPAÑOLES

J. Rogerio Sánchez: EL MAGISTERIO DE FRANCISCO
DE VITORIA

Lillo Rodelgo: PANORAMA EDUCATIVO DE «LA VIDA
ES SUEÑO»

LA OBRA DEL ESPIRITU

DON JOSE ORTEGA Y GASSET Y LA IDEA DEL TEATRO
WILLIAM BEVERIDGE EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL
NUEVO PERFIL DEL ATENEIO MADRILEÑO

VENTANA AL MUNDO

EL FUTURO DE LA EDUCACION BRITANICA, *por H. C. Dent.*
UNIVERSIDADES ESCOCESAS, *por Sir J. Graham.*
LA ENSEÑANZA PROGRESIVA EN LOS ESTADOS UNIDOS,
por P. C. H.

HECHOS

LA ESCUELA ESPECIAL DE INGENIEROS INDUSTRIALES
LA CIENCIA Y LA TECNICA RUBRICANDO EL TRABAJO
ANTE LA PROXIMA CONMEMORACION DE ANTONIO
DE NEBRIJA

NOTAS DE LIBROS

Natalio Rivas: SAGASTA

SUMARIO DEL NUM. 61

EDITORIAL

José Ibáñez Martín: LA LENGUA HISPANICA

J. Sánchez Cantón: LA PINTURA DE GOYA DENTRO
DE LA EUROPEA

Ernest Barken: ESTUDIO Y TRADICION DE LA EDUCACION
BRITANICA

LA OBRA DEL ESPIRITU
EVOCACION DEL COLEGIO DE SAN CLEMENTE
DE LOS ESPAÑOLES
APORTACION DE ESPAÑA A «PAX ROMANA»
GLOSA A LA EXPOSICION CERVANTINA

HECHOS

EL INSTITUTO ANATOMICO DE SEVILLA
UN GRUPO ESCOLAR DEDICADO A NEBRIJA
ESPAÑA CUENTA CON UN NUEVO MUSEO DE BELLAS ARTES
UN MUSEO ARQUEOLOGICO EJEMPLAR

NOTAS DE LIBROS

- Cavour, artífice de la unidad italiana*, por Alberto Panzini.
Medida de la inteligencia. Método para el empleo de las pruebas Stanford Binet, por Lewis M. Terman y Maurid H. Merilts.
Health And Social Welfare 1945-1946. Advisory Eritor The Rt. Hon Lord Hoeder G. C. V. O., M. D., B. Sc., F. R. C. P. Todd Publishing Company, Ltd. London and New York.—Sole British Distributors: Geo. C. Harrap.
Arbor, núm. 10. Revista General del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
Nuevo Cancionero Salmantino (Colección de canciones y temas folklóricos inéditos), por Aníbal Sánchez Fraile.—Prólogos de Gabriel Ruiz García y José Artero. — Salamanca, 1943.—Imprenta Provincial (Núñez).—Edit. Diputación Provincial de Salamanca.
The Education of the Adolescent (La educación de los jóvenes).—Informe del Ministerio de Educación (*Board of Education*).
O'Donnell, por Melgar (Francisco).—Editorial Gran Capitán.

SUMARIO DEL NUM. 62

EDITORIAL

José Ortega y Gasset: IDEA DEL TEATRO
William Gaunt: OSCAR WILDE, ESCRITOR
Víctor Espinós: ELOGIO DE LA INVENCION

HECHOS

LA PRIMERA ASAMBLEA NACIONAL DE DIRECTORES DE
COLEGIOS MAYORES

AUMENTO DE MATRICULA EN LAS ESCUELAS DE ARTES
INDUSTRIALES

LAS EXPOSICIONES GOYESCAS

HOMENAJE AL DIRECTOR DEL MUSEO DE ARTE MODERNO

LA ENCOMIENDA DE ALFONSO X EL SABIO

A D. FERNANDO FRESNO

VENTANA AL MUNDO

UNIVERSIDADES INGLESAS DE ABOLENGO HISTORICO
ESTAMPA DE UN COLEGIO FEMENINO EN CAMBRIDGE

ORIENTACION EDUCATIVA DE LA POSTGUERRA

EN TORNO AL ESTUDIANTE BRITANICO

NOTAS DE LIBROS

Historia de Numancia, por Adolfo Schulten.

El Atlántico, geopolítica de un Océano, por J. Sievers.

Introducción a la contemplación artística y a la Historia del Arte,
por Wihelm Waetzoldt.

Derecho Penal, por E. Cuello Calón.

Volta y el desarrollo de la electricidad, por Aldo Mieli.

Mi madre, por la Princesa de Hohenlohe Langenberg.

La ciudad se aleja, por José María Sánchez-Silva.

DOCUMENTACION LEGISLATIVA

SUMARIO DEL NUM. 63

EDITORIAL

José Ibáñez Martín: POLITICA DEL LIBRO ESPAÑOL

John Van Horne: ORGANIZACION DE LAS UNIVERSIDADES
NORTEAMERICANAS

*Darío Fernández-Flórez: SOBRE LA LITERATURA FANTASTICA
Y ALGO MAS*

*Alfredo Robles Alvarez de Sotomayor: LA UNIVERSIDAD ESPA-
ÑOLA Y LOS COLEGIOS MAYORES*

VENTANA AL MUNDO

SEMBLANZA DE JULIAN HUXLEY, por el Prof. Zuckerman.

*H. G. WELLS Y SUS PRINCIPALES OBRAS,
por Norman Nicholson.*

LA SEGUNDA ENSEÑANZA EN ESCOCIA, por Albert Mackie.

HECHOS

*NUEVAS ESCUELAS DE ORIENTACION AGRICOLA
LA LEY DE ENSEÑANZA PRIMARIA Y SU APLICACION
AUGE DE LA ACTIVIDAD MUSICAL ESPAÑOLA
MOMENTO ACTUAL DE LOS TEATROS NACIONALES
CURSOS UNIVERSITARIOS DE LA RABIDA Y JACA
PRESENCIA DE ESPAÑA EN SU ARTE POPULAR*

NOTAS DE LIBROS

La epopeya de las Cruzadas, por René Grousset.

*El teatro desde la antigüedad hasta nuestros días, por Cristian
Gaehde.*

*La educación visual y el maestro moderno (Visual education and the
new teacher), por Patrick Mredit.*

Total education (Educación total), por M. L. Jans.

DOCUMENTACION LEGISLATIVA

SUMARIO DEL NUM. 64

EDITORIAL

*Araujo Costa: INTERPRETACIONES DE UN MOTIVO LITE-
RARIO*

Katharine Moore: UN SIMBOLO DE VOCACION DOCENTE
Lillo Rodelgo: BALTASAR GRACIAN O LA VOLUNTAD

HECHOS

CURSOS DE VERANO UNIVERSITARIOS
EL NUEVO INSTITUTO DE ENSEÑANZAS PROFESIONALES
DE LA MUJER
DON JACINTO BENAVENTE CUMPLE OCHENTA AÑOS

VENTANA AL MUNDO

FIGURAS DEL HISPANISMO: WALTER STARKIE
LA BIBLIOTECA DEL CONGRESO DE WASHINGTON
Y LA FUNDACION HISPANICA
PERFIL Y CARACTER DE LA ENSEÑANZA EN CHECOSLO-
VAQUIA
UN TESTIMONIO SOBRE EL CONSEJO SUPERIOR
DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS

NOTAS DE LIBROS

Experimentos con niños retrasados, por Elizabeth A. Taylor.
El maestro de nuevo ingreso, por E. R. Hamilton.

SUMARIO DEL NUM. 65

EDITORIAL

DISCURSO DE S. E. EL JEFE DEL ESTADO
José Ibáñez Martín: SIMBOLOS DE UNA POLITICA CULTURAL
INSTAURADORA

HECHOS

DIECISEIS NUEVOS EDIFICIOS CULTURALES EN MADRID
LA IGLESIA DEL ESPIRITU SANTO, CAPILLA DEL C. S. I. C.
EL INSTITUTO «TORRES QUEVEDO», IMPULSO DE LA TEC-
NICA ESPAÑOLA

SE INAUGURA EL EDIFICIO CENTRAL DEL C. S. I. C.
EL INSTITUTO «RAMIRO DE MAEZTU», ARQUETIPO
DE INSTITUCIONES PEDAGOGICAS

NOTAS DE LIBROS

- El primer año en la Universidad*, por Bruce Truscot.
Los antiguos soldados como maestros, por M. M. Lewis.
El tratamiento de los niños y la terapia del juego, por Lydia Jackson.
El Catolicismo y la Cultura frente a los nuevos tiempos, por Albertos Bonet.
Prueba de inteligencia para niños, por C. W. Valentine.

DOCUMENTACION LEGISLATIVA



